MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

EJERCICIOS ESPIRITUALES
DADOS CON TEXTOS DE SANTA TERESA

Imprenta de los Hijos de G. Fuentenebro, Bordadores, 10

EJERCICIOS ESPIRITUALES

DADOS CON

TEXTOS DE SANTA TERESA

ESCOGIDOS Y ORDENADOS

POR EL

P. Fr. Gabriel de Jesús, C. D.

Audiat terra
verba oris mei,
concrescat ut pluvia,
doctrina mea,
fluat ut ros
eloquium meum.

DEUT. XXXII, 1-2.

MADRID
Hijos de Gregorio del Amo
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6
1923

LICENCIAS DE LA ORDEN Y DEL ORDINARIO

Imprimi potest.

FR. CONRADUS A S. JOSEPH,

Provincialis Carmelitarum Discalceatorum Castellæ Veteris.

Nihil Obstat:

GREGORIUS SANCHO PRADILLA,

Can. Lect., Censor.

Imprimatur:

PRUDENTIUS, *Episcopus Matritens-Complut.*

Jhs.

AL QUE LEYERE

He aquí un libro que me han de agradecer todos los encargados de dar Ejercicios espirituales, lo mismo al clero secular que a las comunidades religiosas, colegios y seminarios, y a toda clase de seglares, por los materiales del todo nuevos que en él se ofrecen a los que entienden en tan santa labor.

Es mucha la obligación que pesa sobre los hijos de Santa Teresa de dar a conocer los escritos y doctrina de su Santa Madre, secundando con esto los planes y deseos de la Iglesia Católica, quien, confiada y amorosamente pide al Dador de todo bien que todos sus hijos sean alimentados con el sólido y nutritivo alimento de la celestial doctrina teresiana. *Cœlestis ejus doctrinæ pabulo nutriamur.*

Esta obligación de hijos, para con tal

Madre, aparece aún más apretada, si se tiene en cuenta que son y han sido siempre los Carmelitas los depositarios y principales intérpretes de la doctrina de la Santa. Como que ellos son juntamente con sus hermanas las Carmelitas Descalzas de todo el mundo el *cuerpo místico* de Santa Teresa, que así lo afirmó en la segunda sesión extraordinaria del Congreso Teresiano aquí en Madrid, y ante inmenso público, el R. P. Torres, insigne orador y teólogo de la Compañía de Jesús.

Por eso, deseando yo, en alguna manera, responder a esta obligación, y contribuir con mis escasas fuerzas a que se cumplan los autorizados y santos deseos de la Iglesia, he anotado y recogido en los inmortales escritos de Nuestra Santa Madre los textos más esmaltados, las sentencias más vibrantes, y los dichos más profundos y sabrosos que en la última búsqueda teresiana se presentaron a mi vista, del todo admirada en presencia de tanta riqueza doctrinal ascético-mística.

Entretegido y combinado he los textos teresianos con el por tantos títulos admirable método ignaciano de hacer y dar Ejercicios, tantas veces alabado y recomendado por los Sumos Pontífices, incluso el actual, Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XI, quien además ha declarado a San Ignacio Patrón de ellos.

De ahí el que los textos de la Santa aparezcan paralelos y como acoplados a los títulos, que en su libro trae el Fundador y primer General de la Compañía de Jesús.

No quiere decir esto que los textos teresianos expliquen siempre de una manera directa las meditaciones de dichos Ejercicios, sino que los pensamientos y doctrina de la insigne Doctora son del todo admirables, muy nuevos y eficaces para con variedad y fruto dar los puntos de los Ejercicios, y aun para las conferencias y pláticas que tienen lugar durante los mismos.

¡Qué sentencias, que pensamientos tan nunca oídos los que en las medita-

ciones del *Pecado*, del *Infierno*, de *Reino de Cristo*, etc., se leen en este nuevo libro!

Ingenuamente confieso, que, en componerle, he pasado los mejores días del anterior y caluroso verano. Sí, allá en las vertientes de la sierra de Gredos, junto al famoso y real monasterio de Yuste, en cuya soledad leía y meditaba Carlos V las verdades eternas; en la hospitalaria casona de un mi amigo, paisano y condiscípulo de la juventud, católico práctico, de los que comulgan a menudo y leen y hacen leer buenos libros a sus hijos; allí fué en aquella solitaria y bellísima tierra de la Vera, donde en compañía del amigo querido, y su hijo mayor, sabio e ilustre abogado, dedicábamos durante las frescas mañanas del estío, que diría San Juan de la Cruz, horas y horas, yo a leer y señalar textos de la Santaza, y ellos a prepararlos en cuartillas para la imprenta.

¡Oh, cuánto se habló de Santa Teresa los días que yo allí estuve! ¡Y con cuánto amor!

Porque es lo cierto que, cuantos acudían allí de visita, hasta los pequeñuelos de la casa, hasta las mismas criadas, cuando, al barrer el patio, se encontraban con los recortes teresianos, que el aire repartía por todas partes, todos, en leyéndolos, luego se tenían que ocupar de la Gran Santa, haciéndome mil preguntas acerca de ella. Ni qué decir tiene el gusto y placer con que yo respondía a estas preguntas, ya que es mucha verdad que de hablar de Santa Teresa jamás me cansé.

Que tampoco se cansen los directores de Ejercicios y santos retiros de leer y manejar este libro teresiano. Léanlo y aprovéchense de él para hacer mucho fruto en sus predicaciones, y para alabar a Dios, porque nos ha dado una tan admirable Maestra de espíritu que es y ha sido siempre la envidia de todas las naciones.

Léanlo también, finalmente, todas aquellas personas que los hacen en particular, pues para éstas puede servir, durante los Santos Ejercicios, de pro-

vechosa e insustituíble lectura espiritual.

¡Que todos, directores y dirigidos, saquemos mucho fruto de esta celestial doctrina teresiana, cuyos textos, encerrados en este libro, yo dedico y consagro, con todo respeto y cariño, al Santo de los Ejercicios y a la Santa de las Moradas en este año, tres veces centenario de su gloriosa Canonización, tan celebrada en todo el mundo católico.

FR. GABRIEL DE JESÚS,
C. D.

Madrid 19 de Marzo, Fiesta de Nuestro Padre y Señor San José, de 1923.

CITAS ABREVIADAS

QUE SE USAN EN ESTE LIBRO

V.—Autobiografía o vida de Santa Teresa escrita por ella misma.

R.—Libro de las Relaciones o cuenta de espíritu.

C.—Camino de Perfección.

M.—Moradas o Castillo Interior.

Conc.—Conceptos o Exposición del Cantar de los Cantares.

E.—Exclamaciones.

A.—Avisos.

P.—Poesías.

F.—Libro de las Fundaciones.

Ep.—Epistolario.

Los números arábigos que siguen a las iniciales, indican los capítulos (donde los hay) y el número de las Exclamaciones o Cartas.

Las palabras o frases puestas entre estos signos [ ] no son de la Santa, sino que se ponen allí para completar o aclarar el sentido del texto teresiano.

Menos en el Epistolario, que aún no se ha terminado de publicar, nos atenemos en las citas a la Edición Crítica, hecha en los PP. Carmelitas de Burgos, en la Imprenta de *El Monte Carmelo,* bajo la dirección del R. P. Fr. Silverio de Santa Teresa, C. D. de la que se han publicado dos ediciones económicas, en uno y en cinco tomos, hallándose todas de venta en la librería de Hijos de Gregorio del Amo, Paz, 6, Madrid.

Jhs.

I

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

PRIMERA PARTE

FIN DEL HOMBRE

1.—Todas las cosas son como se principian. Ep. 77.

2.—En todas las cosas se gana mucho en mirar en los principios, para que los fines sean buenos. Ep. 314.

3.—Si erramos en el principio... ¿qué firmeza puede llevar este edificio? M. II. 1.

4.—Se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento: que es considerar nuestra alma como un Castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, ansí como en el cielo hay muchas moradas *(Joan.*, XIV, 2.) Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el

alma del justo, sino un paraíso, adonde dice El tiene sus deleites (*Prov.*, VIII, 31.) Pues ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y su gran capacidad. Y verdaderamente, apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que sean, a comprenderla; ansí como no pueden llegar a considerar a Dios, pues El mismo dice, que nos creó a su imagen y semejanza (*Gen.*, I, 26.)

Pues si esto es, como lo es, no hay para qué nos cansar en querer comprender la hermosura de este Castillo; porque puesto que hay la diferencia de él a Dios, que del Creador a la criatura, pues es criatura, basta decir Su Majestad que es hecha a su imagen, para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima. No es pequeña lástima y confusión que, por nuestra culpa, no entendamos a nosotros mismos, ni sepamos quien somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fué su padre, ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotros, cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en

estos cuerpos, y ansí a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos alma. Mas qué bienes puede haber en esta alma, o quién está dentro en esta alma, o el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos; y ansí se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste o cerca de este Castillo, que son estos cuerpos. M. I, 1.

5.—Paréceme ahora a mí que cuando una persona la ha llegado Dios a claro conocimiento de lo que es el mundo y qué cosa es el mundo, y que hay otro mundo, y la diferencia que hay de lo uno a lo otro, y que lo uno es eterno y lo otro soñado, o qué cosa es amar al creador o a la criatura, esto visto por experiencia, que es otro negocio que sólo pensarlo y creerlo, o ver y probar qué se gana con lo uno y se pierde con lo otro, y qué cosa es creador y qué cosa es criatura, y otras muchas cosas que el Señor enseña a quien se quiere dar a ser enseñado de él en la oración, o a quien Su Majestad quiere, que aman muy diferentemente de los que no hemos llegado aquí. C. 6.

6.—Abrazándonos con sólo el Creador y no se nos dando nada por todo lo creado, Su Majestad infunde de manera las virtudes, que tra-

bajando nosotros poco a poco lo que es en nosotros, no tendremos mucho más que pelear, que el Señor toma la mano contra los demonios y contra todo el mundo en nuestra defensa. C. 7.

7.—Decíame poco ha un gran letrado, que son las almas que no tienen oración, como un cuerpo con perlesía o tullido, que aunque tiene pies y manos, no los puede mandar; que ansí son, que hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores, que no hay remedio, ni parece que pueden entrar dentro de sí; porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están en el cerco del Castillo, que ya casi está hecha como ellas; y con ser de natural tan rica, y poder tener su conversación, no menos que con Dios, no hay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estatuas de sal, por no volver la cabeza hacia sí, ansí como lo quedó la mujer de Lot por volverla. (*Gen.*, XIX, 26). M. I, 1.

8.—¡Oh Jesús, que es la baraúnda que aquí ponen los demonios, y las aflicciones de la pobre alma, que no sabe si pasar adelante o tornar a la primera pieza! Porque la razón, por otra parte, le representa el engaño que es pensar que todo esto vale nada en comparación de

lo que pretende; la fe la enseña cuál es lo que le cumple. M. II, 1.

9.—¿Qué podemos hacer por un Dios tan generoso, que murió por nosotros y nos creó y da ser, que no nos tengamos por venturosos en que se vaya desquitando algo de lo que le debemos, por lo que nos ha servido (de mala gana dije esta palabra, mas ello es ansí, que no hizo otra cosa todo lo que vivió en el mundo), sin que le pidamos mercedes de nuevo y regalos? M. III, 1.

10.—¿Qué no dará quien es tan amigo de dar, y puede dar todo lo que quiere? M. III, 1.

11.—Creo que quien no creyere que puede Dios mucho más, y que ha tenido por bien, y tiene algunas veces comunicarlo a sus criaturas, que tiene bien cerrada la puerta para recibirlas. M. V, 4.

12.—No hay para que nos meter en esto, sino con simpleza de corazón y humildad servir a Su Majestad, y alabarle por sus obras y maravillas. M. V, 1.

13.—Haya propio conocimiento y humildad de ver cómo cosa tan baja, en comparación del Creador de tantas grandezas, le ha osado ofender, ni osa mirarle; y tener en muy poco todas las cosas de la tierra, si no fueren las que puede aplicar para servicio de tan gran Dios. M. VI, 5.

14.—De tal manera ha querido juntarse con la criatura, que ansí como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar El de ella. M. VII, 2.

15.—Espántame como deja Dios así una criatura que le deseaba servir. ¡Grandes son sus juicios! Harta lástima me ha hecho verle. Está gran negociador de su hacienda y amigo de ella. Dicen que dice, que ha miedo, que le ha de tornar el deseo que tenía [de entrar en religión.] En esto se ve la gran tentación. Ep. 306.

16.—Es negocio de nuestro Señor, y sólo Su Majestad puede mover; y harta gran merced nos hace en dar a V. S. luz de cosas y deseos; que en tan gran entendimiento imposible es sino que poco a poco obren estas dos cosas. Ep. 300.

17.—No entiendo ahora otra [cosa] que más alegrase mi alma, que ver a V. S. señor de sí. Y es verdad que lo he pensado, que a persona tan valerosa sólo Dios puede henchir sus deseos.

No se contenta [Dios] con que sea vuestra señoría muy bueno, sino muy santo. Yo tengo más bajos pensamientos: contentarme hía con que V. S. se contentare con sólo lo que ha menester para sí sólo. Ep. 300.

18.—Yo veo que si V. S. con su discurso

sólo tuviese cuenta, le podía ya tener y ocuparse en adquirir bienes perpetuos, y servir a quien para siempre le ha de tener consigo, no no se cansando de dar bienes. Ep. 300.

19.—Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgábame de oirla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto, a mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oirlo. Comenzóme a contar cómo ella había venido a ser monja por sólo leer lo que dice el Evangelio: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos». Decíame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejan por El. Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas. V. 3.

20.—Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado y de grandes virtudes, viudo, a quien también andaba el Señor disponiendo para sí; que en su mayor edad dejó todo lo que tenía y fué fraile, y acabó de suerte, que creo goza de Dios. Quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo. Hacíame le leyese, y aunque no era amiga de ello, mostraba que sí; porque en esto de dar

contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar; tanto, que en otras fuera virtud, y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción. ¡Oh, válame Dios, por qué términos me andaba Su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que, sin quererlo yo, me forzó a que me hiciese fuerza! Sea bendito por siempre. Amén. V. 3.

21.—Estoy con harto cuidado de Agustín de Ahumada, por no saber cómo va en las cosas de nuestro Señor. Harto se lo ofrezco. Ep. 18.

22.—¿Por qué están los del mundo perdidos, sino por buscar descanso? ¡Válame Dios, oh, válame Dios! ¿Qué es esto, Señor? ¡Oh qué lástima! ¡Oh que gran ceguedad, que le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Creador mío, de estas vuestras criaturas. E. 8.

23.—¿Qué mayor ni más miserable cautiverio que estar el alma suelta de la mano de su Creador? Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos e inhabilitados para no ser poderosos para soltarse. E. 17.

24.—Vuestra soy, pues me creasteis,
Vuestra, pues me redimisteis,
Vuestra, pues «que» me sufristeis,
Vuestra, pues «que me llamasteis,

Vuestra, pues me conservásteis,
Vuestra, pues no me perdí.
Vuestra soy, para Vos nací,
«¿Qué queréis Señor de mí?» (P.).

25.—¿Ahora no ven qué es lo que Dios obra en Lorenzo de Cepeda? Mas me parece que mira la comodidad con que se salven sus hijos, que con que tengan mucha hacienda. ¡Oh Jesús, por qué de partes le debo, y qué poco le sirvo. No hay contento para mí tan grande, como es que, a quien tanto quiero como a mis hermanos, tengan luz para querer lo mejor. ¿No les decía yo que dejasen a Nuestro Señor, que El tenía el cuidado? Ansí lo digo ahora, que pongan sus negocios en sus manos, que Su Majestad hará en todo lo que más nos conviene.

No escribo ahora más largo, porque he hoy escrito mucho, y es tarde. En forma quedo alegre de pensar han de tener contento: dénosle el Señor adonde dura, que todos los de esta vida son sospechosos. Ep. 9.

26.—Estando en Maitines, el mismo Señor, por visión intelectual, tan grande que parecía imaginaria, se me puso en los brazos a manera de como se pinta la sexta angustia. Hízome temor harto esta visión, porque era muy patente y tan junta mí que me hizo pensar si era ilusión. Díjome: «No te espantes de esto, que

con mayor unión, sin comparación, está mi Padre con tu ánima » R. 12.

27.—Muy ordinario la mueve su espíritu (a la misma Santa) a alabanzas de Dios, y querría que todo el mundo entendiese en esto, aunque a ella la costase muy mucho.

De aquí la viene el deseo del bien de las almas; y de ver cuan basuras son las cosas exteriores de este mundo y cuan preciosas las interiores, que no tienen comparación, ha venido a tener en poco las cosas de él. R. 4.

Jhs.

II

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

SEGUNDA PARTE

FIN DE LAS CRIATURAS

1.—En todas las cosas criadas mire la providencia de Dios y sabiduría, y en todas le alabe. A. 15.

2.—Aprovechábame a mí también ver campos, agua, flores. En estas cosas hallaba yo memoria del Creador, digo que me despertaban y recogían, y servían de libro. V. 19.

3.—Querría primero serviros, Bien mío, pues ha de gozar mi alma de lo que Vos, sirviéndola a ella, le ganásteis. E. 11.

4.—Dios tanto se huelga algunas veces que consideremos sus criaturas y el poder que tuvo en crearlas como pensar en el mismo Creador. F. 6.

5.—No quiero ningún bien sino adquirido

por quien nos vinieron todos los bienes. Sea para siempre alabado. Amén. M. VI, 7.

6.—Hay personas que cualquier cosa, aunque sea mala, desean con gran vehemencia; éstas no creo serán las muy mortificadas, que para todo aprovecha la mortificación. C. 19.

7.—Era aficionada [mi madre] a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor; sino desenvolviámonos para leer en ellos, y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. V. 2.

8.—No hallo cosa más a propósito para declarar algunas de espíritu que esto del agua; y es (como sé poco y el ingenio no ayuda, y soy tan amiga de este elemento) que le he mirado con más advertencia que otras cosas.

Que en todas las que crió un tan gran Dios, tan sabio, debe haber hartos secretos, de que nos podemos aprovechar, y ansí lo hacen los que lo entienden, aunque creo que en cada cosita que Dios crió hay más de lo que se entiende, aunque sea una hormiguita. M. IV, 2.

9.—Pues pasando de esta edad que comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado, que según decían eran muchas, cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé a ayudar para ofenderle. V. 2.

10.—Comencé a traer galas, y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Duróme mucho esta curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecía a mí no eran ningún pecado, muchos años; ahora veo cuán malo debía ser. Tenía primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado, y pluguiera a Dios que lo fuera de éstos también; porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad, que se han de comenzar a criar virtudes, con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despier-

tan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo. Andábamos siempre juntos; teníanme gran amor, y en todas las cosas que les daba contento, los sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, nonada buenas, y lo que peor fué, mostrarse el alma a lo que fué causa de todo su mal. V. 2. (Todos los biógrafos y confesores de Sta. Teresa contestemente opinan, que esta ponderación exagerada de sus faltas no implica culpa grave, que jamás ella cometió, sino el peligro más o menos expuesto a que estuvo, de continuar por aquel camino de vanos entretenimientos.)

11. Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor. Ansí me acaeció a mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, de ésta no tomaba nada y tomé todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A ésta que digo, me afi-

cioné a tratar. Con ella era mi conversación y pláticas; porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas y daba parte de sus conversaciones y vanidades.

Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce años, y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas), no me parece había dejado a Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Este tuvo fuerza para no la perder del todo, ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona de él que a esto me hiciese rendir. V. 2.

12. —Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad; reprendíanmela muchas veces. Como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias; porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha.

Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer; en especial en tiempo de mocedad, debe ser mayor el mal que hace. Querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es ansí, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural, y alma virtuosa, no me dejó casi nin-

guna [virtud], y me parece me imprimía sus condiciones ella y otra que tenía la misma manera de pasatiempos. V. 2.

13.—Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía, y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara a temer a Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. V. 2.

14.—Al principio dañáronme las cosas dichas, a lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía; porque después mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo. Que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; mas el interés las cegaba, como a mí la afición. Nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino a pasatiempos de buena conversación; mas puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro, y ponía en él a mi padre y hermanos. De los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese.

Era tan demasiado el amor que mi padre me tenía y la mucha disimulación mía, que no habia creer tanto mal de mí, y ansí no quedó en

desgracia conmigo. Como fué breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certeza; porque como yo temía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo a quien todo lo ve. ¡Oh, Dios mío, que daño hace en el mundo tener esto en poco y pensar que ha de haber cosa secreta que sea contra Vos! Tengo por cierto que se excusarían grandes males si entendiésemos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros a Vos. V. 2

15.—Siempre he visto en mi Dios harto mayores y más crecidas muestras de amor de lo que yo he sabido pedir ni desear. E. 5.

16.—¡Oh, Dios mío, Dios, Dios Hacedor de todo lo creado! ¿Y qué es lo creado, si Vos, Señor, quisiéredes crear más? Sois todopoderoso; son incomprensibles vuestras obras. Pues haced, Señor, que no se aparten de mi pensamiento. E. 8.

17.—Yo he conocido algunas almas, y aun creo puedo decir hartas, de las que han llegado a este estado, y estado y vivido muchos años en esta rectitud y concierto, alma y cuerpo, a lo que se puede entender, y después de ellos, que ya parece habían de estar señores del mundo, al menos bien desengañados dél, probarlos Su Majestad en cosas no muy gran-

des, y andar con tanta inquietud y apretamiento de corazón, que a mí me traían tonta, y aun temerosa harto. Pues darles consejo, no hay remedio, porque como ha tanto que tratan de virtud, paréceles que pueden enseñar a otros, y que les sobra razón en sentir aquellas cosas.

En fin, que yo no he hallado remedio, ni le hallo para consolar a semejantes personas, si no es mostrar gran sentimiento de su pena; y a la verdad se tiene de verlos sujetos a tanta miseria, y no contradecir su razón, porque todas las conciertan en su pensamiento, que por Dios las sienten, y ansí no acaban de entender que es imperfección; que es otro engaño para gente tan aprovechada que de lo que sientan, no hay que espantarse, aunque, a mi parecer, había de pasar presto el sentimiento de cosas semejantes. Porque muchas veces quiere Dios que sus escogidos sientan su miseria, y aparta un poco su favor, que no es menester más, que a osadas que nos conozcamos bien presto. Y luego se entiende esta manera de probarlos, porque entienden ellos su falta muy claramente, y a las veces les da más pena ésta de ver que, sin poder más, sienten cosas de la tierra, y no muy pesadas, que lo mismo de que tienen pena. Esto téngolo yo por muy gran misericordia de Dios; y aunque es falta, muy gananciosa para la humildad.

En las personas que digo, no es ansí, sino que canonizan, como he dicho, en sus pensamientos, estas cosas; y ansí querrían que otros las canonizasen. Quiero decir algunas de ellas, porque nos entendamos y nos probemos a nosotras mismas, antes que nos pruebe el Señor, que sería muy gran cosa estar apercibidas y habernos entendido primero. M. III, 2.

18. Viene a una persona rica sin hijos, ni para quien querer la hacienda, una falta de ella, mas no es de manera que en lo que le queda le pueda faltar lo necesario para sí y para su casa, y sobrado; si éste anduviese con tanto desasosiego e inquietud, como si no le quedara un pan que comer, ¿cómo ha de pedirle Nuestro Señor que lo deje todo por El? Aquí entra el que lo siente, porque lo quiere para los pobres. Yo creo que quiere Dios más que yo me conforme con lo que Su Majestad hace, y aunque lo procure, tenga quieta mi alma, que no esta caridad. Y ya que no lo hace, porque no ha llegádole el Señor a tanto, enhorabuena; mas entienda que le falta esta libertad de espíritu, y con esto se dispondrá para que el Señor se la dé, porque se la pedirá. Tiene una persona bien de comer, y aun sobrado; ofrécesele poder adquirir más hacienda: tomarlo, si se lo dan, enhorabuena, pase; mas procurarlo, y después de tenerlo, procurar más y más, ten-

ga cuan buena intención quisiere, que sí debe tener, porque, como he dicho, son estas personas de oración y virtuosas, que no hayan miedo que suban a las Moradas más juntas al Rey.

Pareceros ha, hermanas, que hablo fuera de propósito y no con vosotras, porque estas cosas no las hay acá, que ni tenemos hacienda, ni la queremos, ni procuramos, ni tampoco nos injuria nadie; por eso las comparaciones no es lo que pasa, mas sácase de ellas otras muchas cosas que pueden pasar, que ni sería bien señalarlas, ni hay para qué. Por éstas entenderéis si estáis bien desnudas de lo que dejasteis, porque cosillas se ofrecen, aunque no tan de esta suerte, en que os podéis muy bien probar y entender si estáis señoras de vuestras pasiones. Y creedme, que no está el negocio en tener hábito de religión o no, sino en procurar ejercitar las virtudes, y rendir nuestra voluntad a la de Dios en todo, y que el concierto de nuestra vida sea lo que Su Majestad ordenare de ella, y no queramos nosotras que se haga nuestra voluntad, sino la suya. Ya que no hayamos llegado aquí, como he dicho, humildad, que es el ungüento de nuestras heridas; porque si la hay de veras, aunque tarde algún tiempo, vendrá el cirujano, que es Dios, a sanarnos. M. III, 2.

19.—Dadme riqueza o pobreza,
Dad consuelo o desconsuelo,
Dadme alegría o tristeza,
Dadme infierno, o dadme cielo,
Vida dulce, sol sin velo,
Pues del todo me rendí.
«¿Qué mandáis hacer de mí?»
Si queréis que me esté holgando,
Por amor quiérome holgar;
Si me mandáis trabajar,
Morir quiero trabajando.
Decid, ¿dónde, cómo o cuando?
Decid, dulce Amor, decid.
«¿Qué mandáis hacer de mí?»
Dadme Calvario o Tabor,
Desierto o tierra abundosa,
Sea Job en el dolor,
O Juan que al pecho reposa,
Sea yo viña frutuosa
O estéril, si cumple así.
«¿Qué mandáis hacer de mí?» (P.)

20.—Creo que ha cuarenta años que no tuve tanta salud, con guardar lo que todas, y no comer carne nunca, sino a gran necesidad.

Habrá un año tuve unas cuartanas, que me han dejado mejor. Estaba en la fundación de Valladolid, que me mataban los regalos de la señora D.ª María de Mendoza, mujer que fué del secretario Cobos, que es mucho lo que me

quiere. Ansí que cuando el Señor ve que es menester para nuestro bien, da salud; cuando no, enfermedad. Sea por todo bendito. Ep. 10.

21.—Ha tiempo tenía aborrecidos dineros y negocios [y ahora], quiere el Señor que no trate en otra cosa, que no es pequeña cruz. Plega a Su Majestad le sirva yo en ello, que todo se pasará. Ep. 18.

22.—No creo tendría más salud, sino menos, si se estuviese en la quietud que dice, y esto tengo por muy cierto, porque la conozco la complexión, y así paso porque trabaje, que de alguna manera ha de ser santa; y ese desear soledad le está mejor que tenerla. Ep. 45.

23.—No sé qué me diga de que no me dice cuán mala está, y darme harta pena: es gran bobería andar mirando perfecciones en cosas de su regalo, pues ve lo que va en su salud.

Yo estoy muy discreta en cosas semejantes: a la verdad siempre tuve poca perfección, y ahora paréceme que tengo más ocasión, según estoy vieja y cansada, que se espantará de verme. Estos días traigo un relajamiento de estómago, que vinieron bien las nueces, aunque de las que aquí me han enviado, aún había: muy buenas están. Coma ella las que allá quedan, por amor de mí, y dé un gran recaudo de mi parte a la Condesa de Osorno. Ep. 47.

24.—Yo no tengo ya cuartanas. Cuando el

Señor quiere que haga algo, luego me da más salud. Ep. 48.

25.—En lo demás, días me han venido que de mí no me acuerdo, cuanto más de la comida. Ep. 54

26.—Espero en Dios no será tanto que me deje de alcanzar el frío de Avila. Al menos por el mal que me había de hacer yo no lo dejara, ni me detener un día que, cuando Dios quiere, en toda parte da salud. Ep. 82.

27. - Paréceme es poca confianza en nuestro Señor pensar que nos ha de faltar lo necesario; pues Su Majestad tiene cuidado hasta del más mínimo animalico de proveerle de sustento. Hijas mías, pongan su cuidado y diligencia en nuestro buen Jesús, y procuren servirle, que yo aseguro que no nos falte, ni nos desampare. Ep. 84.

28.—¡Oh, válgame Dios, y qué libertad tan grande tiene esta mujer (la misma Santa) en todos los sucesos! Ninguno le parece vendrá, que le esté mal. Ep. 143.

29 —Me da mucho contento saber de vuestras mercedes y ver cómo las tiene nuestro Señor en sus buenos propósitos; que no es pequeña merced estando en esta Babilonia, adonde siempre oirán cosas, más para divertir el alma que no para recogerla Verdad es que en buenos entendimientos, ver tantos y tan dife-

rentes sucesos, será parte para conocer la vanidad de todo y lo poco que dura. Ep. 229.

30.—Bien nos enseña Dios el poco caso, que hemos de hacer de las criaturas, por buenas que sean, y cómo hemos menester tener malicia, y no tanta llaneza, y plega a Dios que baste. Ep. 237.

31.—Si hubiésemos de andar a escoger lo que queremos, no sería imitar a nuestro Esposo, que, con sentir tanto en la Oración del Huerto su Pasión, el remate era: *Fiat voluntas tua.* Esta voluntad hemos menester hacer siempre, y haga El lo que quisiere de nosotros. Ep. 250.

32.—En forma me ha cansado a mí acá ese pariente. Así se ha de pasar la vida, pues los que de razón habíamos de estar tan apartados del mundo, tenemos tanto que cumplir con él. Ep. 256.

33.—Los cocos recibí: es cosa de ver. Las hermanas se holgaron mucho de ver esta fruta, y yo también. Bendito sea el que lo creó, que cierto es de ver. Ep. 161.

34.—Harto se debe perder de aquella hacienda, mas como se gane en lo principal, poco va en ello Ya que estoy mejor, no me darán tanta pena las cosas; que la enfermedad mucho debe enflaquecer el corazón. Ep. 303.

35.—Yo digo a vuestra merced que estos ca-

minos son harto cansosos; aunque no lo puedo decir por el que fuí desde ahí a Soria antes me fué recreación, porque era llano, y muchas veces a vista de ríos, que me hacía harta compañía. Ep. 351.

36.—Fué hija Teresa de Layz, la fundadora del monasterio de la Anunciación de Nuestra Señora de Alba de Tormes, de padres nobles, muy hijosdalgo y de limpia sangre. Tenían su asiento por no ser tan ricos como pedía la nobleza de sus padres, en un lugar llamado Tordillos, que es dos leguas de la dicha villa de Alba. Es harta lástima que por estar las cosas del mundo puestas en tanta vanidad, quieren más pasar la soledad que hay en estos lugares pequeños de doctrina y otras muchas cosas, que son medios para dar luz a las almas, que caer un punto de los puntos, que esto que ellos llaman honra traen consigo. Pues habiendo ya tenido cuatro hijas, cuando vino a nacer Teresa de Layz, dió mucha pena a sus padres de ver que también era hija.

Cosa cierto mucho para llorar, que sin entender los mortales lo que les está mejor, como los que del todo ignoran los juicios de Dios, no sabiendo los grandes bienes que pueden venir de las hijas, ni los grandes males de los hijos, no parece que quieren dejar al que todo lo entiende y los crea, sino que se mata por lo

que se habían de alegrar. Como gente que tiene dormida la fe, no van adelante con la consideración, ni se acuerdan que es Dios el que ansí lo ordena, para dejarlo todo en sus manos; y ya que están tan ciegos que no hagan esto, es gran ignorancia no entender lo poco que les aprovecha estas penas. ¡Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente entenderemos estas ignorancias en el día adonde se entenderá la verdad de todas las cosas! Y ¡cuántos padres se verán ir al infierno por haber tenido hijos, y cuántas madres también se verán en el cielo por medio de sus hijas!

Pues, tornando a lo que decía, vienen las cosas a términos, que como cosa que les importaba poco la vida de la niña, al tercer día de su nacimiento se la dejaron sola, y sin acordarse nadie de ella desde la mañana hasta la noche Una cosa habían hecho bien, que la habían hecho bautizar a un clérigo luego en naciendo. Cuando a la noche vino una mujer que tenía cuenta con ella, y supo lo que pasaba, fué corriendo a ver si era muerta, y con ella otras algunas personas, que habían ido a visitar a la madre, que fueron testigos de lo que ahora diré. La mujer la tomó llorando en los brazos, y le dijo: «¿Cómo, mi hija, vos no sois cristiana?» a manera de que había sido crueldad. Alzó la cabeza la niña y dijo: «Sí soy»; y

no habló más hasta la edad que suelen hablar todos. Los que la oyeron quedaron espantados, y su madre la comenzó a querer y regalar desde entonces, y ansí decía muchas veces que quisiera vivir hasta ver lo que Dios hacía de esta niña. Criábalas muy honestamente, enseñándolas todas las cosas de virtud.

Venido el tiempo que la querían casar, ella no quería, ni lo tenía deseo. Acertó a saber cómo la pedía Francisco Velázquez, que es el fundador también de esta casa, marido suyo; y en nombrándosele, se determinó de casarse, si la casaban con él, no habiéndole visto en su vida; mas veía el Señor que convenía esto para que se hiciese la buena obra que entrambos han hecho para servir a Su Majestad. Porque dejado de ser hombre virtuoso y rico, quiere tanto a su mujer, que la hace placer en todo, y con mucha razón, porque todo lo que se puede pedir en una mujer casada, se lo dió el Señor muy cumplidamente: que junto con el gran cuidado que tiene de su casa, es tanta su bondad, que como su marido la llevase a Alba, de donde era natural, y acertasen a aposentar en su casa, los aposentadores del Duque un caballero mancebo, sintió tanto, que comenzó a aborrecer el pueblo; porque ella, siendo moza y de muy buen parecer, a no ser tan buena, según el demonio comenzó a poner en él ma-

los pensamientos, pudiera suceder algún mal.

Ella, en entendiéndolo, sin decir nada a su madre, le rogó la sacase de allí; y él hízolo ansí, y llevóla a Salamanca, adonde estaba con gran contento y muchos bienes del mundo, por tener un cargo, que todos los deseaban mucho con tentar, y regalaban. Sólo tenían una pena, que era no les dar Nuestro Señor hijos, y para que se los diese, eran grandes las devociones y oraciones que ella hacía, y nunca suplicaba al Señor otra cosa sino que le diese generación, para que, acabada ella, alabasen a Su Majestad; que le parecía recia cosa que se acabase en ella, y no tuviese quien después de sus días alabase a Su Majestad. Y decíame ella a mí, que jamás otra cosa se le ponía delante para desearlo, y es mujer de gran verdad y tanta cristiandad y virtud como tengo dicho, que muchas veces me hace alabar a Nuestro Señor ver sus obras, y alma tan deseosa de siempre contentarle, y nunca dejar de emplear bien el tiempo.

Pues andando muchos años con este deseo, y encomendándolo a San Andrés, que le dijeron era abogado para esto, después de otras muchas devociones que había hecho, dijéronle una noche, estando acostada: «No quieras tener hijos, que te condenarás». F. 20.

Jhs.

III

FIN DE LA RELIGIOSA

1. – En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin, e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era y aun es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por él se determina a dejar-

lo todo. Y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tendrían fuerza mis faltas, y podria yo contentar en algo al Señor, y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traían aquéllos, a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores, y que no tuviese adonde reclinar la cabeza. C. 1.

2. – ¡Oh, hermanas mías en Cristo!, ayudadme a suplicar esto al Señor, que para eso os junto aquí; este es vuestro llamamiento, estos han de ser vuestros negocios, estos han de ser vuestros deseos, aquí vuestras lágrimas, estas vuestras peticiones. C 1.

3.—No penséis, hermanas mías, que por no andar a contentar a los del mundo os ha de faltar de comer; yo os aseguro que jamás por artificios humanos pretendáis sustentaros, que moriréis de hambre, y con razón. Los ojos en vuestro esposo, que El os ha de sustentar. Contento El, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo habéis visto por experiencia. Si haciendo vosotras esto muriéseis de hambre, bienaventuradas las monjas de San José. Esto no se os ol-

vide, por amor del Señor, pues dejáis la renta, dejad el cuidado de la comida, si no todo va perdido. Los que quiere el Señor que la tengan, tengan enhorabuena esos cuidados, que es mucha razón, pues es su llamamiento; mas nosotras, hermanas, es disparate. Cuidado de rentas ajenas me parece a mí sería estar pensando en lo que los otros gozan; sí, que por vuestro cuidado no muda el otro su pensamiento ni se le pone deseo de dar limosna. Dejad ese cuidado a quien los puede mover a todos, que es el Señor de las rentas y de los renteros. Por su mandamiento venimos aquí; verdaderas son sus palabras; no pueden faltar, antes faltarán los cielos y la tierra. No le faltemos nosotras, que no hayáis miedo que falte; y si alguna vez os faltare, será para mayor bien, como faltaban las vidas a los santos cuando los mataban por el Señor, y era para aumentarles la gloria por el martirio. Buen trueco sería acabar presto con todo y gozar de la hartura perdurable. C. 2.

4.—¿Qué se me da a mí de los reyes y señores, si no quiero sus rentas, ni tenerlos contentos, si un tantico se atraviesa haber de descontentar en algo por ellos a Dios? ¿Ni qué se me da de sus honras, si tengo entendido en lo que está ser muy honrado un pobre, que es en ser verdaderamente pobre? C. 2.

5.—La verdadera pobreza trae una honraza consigo que no hay quien la sufra; la pobreza que es tomada por sólo Dios digo, no ha menester contentar a nadie sino a El, y es cosa muy cierta, en no habiendo menester a nadie, tener muchos amigos; yo lo tengo bien visto por experiencia. C. 2

6.—Tornando a lo principal para lo que el Señor nos juntó en esta casa, y por lo que yo mucho deseo seamos algo para que contentemos a Su Majestad, digo que viendo tan grandes males, que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego de estos herejes, con que se ha pretendido hacer gente, para si pudieran a fuerza de armas remediar tan gran mal, que va tan adelante, hame parecido es menester, como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra, y viéndose el Señor de ella apretado se recoge a una ciudad que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar en los contrarios, y ser tales los que están en la ciudad, como es gente escogida, que pueden más ellos a solas que con muchos soldados, si eran cobardes, pudieron; y muchas veces se gana de esta manera victoria; al menos aunque no se gane, no los vencen, porque como no haya traidor, si no es por hambre, no los pueden ganar. Acá esta hambre no la puede haber que baste a que se rin-

dan; a morir sí, mas no a quedar vencidos. C. 3.

7.—Mas ¿para qué he dicho esto? Para que entendáis hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios es que en este castillito que hay ya de buenos cristianos no se nos vaya ya ninguno con los contrarios, y a los capitanes de este castillo o ciudad los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos; y pues los más están en las Religiones, que vayan muy adelante en su perfección y llamamiento, que es muy necesario; que ya, ya, como tengo dicho, nos ha de valer el brazo eclesiástico, y no el seglar; y pues para lo uno ni lo otro no valemos nada para ayudar a nuestro Rey, procuremos ser tales que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras y buena vida y trabajado para ayudar ahora al Señor. C. 3.

9.—Aun no creo entendéis bien lo mucho que debéis al Señor en traeros adonde tan quitadas estáis de negocios y ocasiones y tratos. Es grandísima merced ésta. C. 3.

10.—Conque procuremos guardar cumplidamente nuestra Regla y Constituciones con gran cuidado, espero en el Señor admitirá nuestros ruegos. Que no os pido cosa nueva, hijas mías, sino que guardemos nuestra profesión, pues es nuestro llamamiento y a lo que estamos obli-

gadas, aunque de guardar a guardar va mucho. C. 4.

11.—Y cómo se holgarán, si ven alguno por la limosna que les ha hecho librarse del infierno; que todo es posible, porque están muy obligadas a rogar por ellos muy continamente, pues os dan de comer, que también quiere el Señor, que aunque viene de su parte, lo agradezcamos a las personas por cuyo medio nos lo da, y de esto no haya descuido. C. 4.

12.—Pues son nuestras armas la santa pobreza y lo que al principio de la fundación de nuestra Orden tanto se estimaba y guardaba en nuestros santos Padres, que me ha dicho quien lo sabe, que de un día para otro no guardaban nada. C. 3.

13.—No penséis, amigas y hermanas mías, que serán muchas las cosas que os encargaré, porque plega al Señor hagamos las que nuestros santos Padres ordenaron y guardaron, que por este camino merecieron este nombre. Yerro sería buscar otro ni aprenderle de nadie. C. 4.

14.—¡Oh hermanas mías! que no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos, ni cuanto pudiéremos hacer por un Dios que ansí se quiere comunicar a un gusano! Y si tenemos esperanza de aun en esta vida gozar de este bien, ¿qué hacemos? ¿en qué nos detenemos? ¿qué es bastante, para que un momento de-

jemos de buscar a este Señor, como lo hacía la Esposa por barrios y plazas? *(Cant.* III, 2). ¡Oh, que es burlería todo lo del mundo, si no nos llega y ayuda a esto, aunque duraran para siempre sus deleites y riquezas y gozos, cuantos se pudieren imaginar! ¡que es todo asco y basura, comparado a estos tesoros que se han de gozar sin fin! Ni aun éstos no son nada en comparación de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros y del Cielo y de la tierra.

¡Oh ceguedad humana! ¿Hasta cuando, hasta cuándo se quitará esta tierra de nuestros ojos? Que aunque entre nosotras no parece es tanta que nos ciegue del todo, veo unas motillas, unas chinillas, que si las dejamos crecer, bastarán a hacernos gran daño; sino que, por amor de Dios, hermanas, nos aprovechemos de estas faltas, para conocer nuestra miseria, y ellas nos den mayor vista, como la dió el lodo del ciego que sanó nuestro Esposo (Joan., XI, 6 y 7.); y ansí, viéndonos tan imperfectas, crezca más el suplicarle saque bien de nuestras miserias, para en todo contentar a Su Majestad. M. VI, 4.

15.—Mucho me he divertido sin entenderlo; perdonadme, hermanas, y creed que llegada a estas grandezas de Dios, digo, a hablar en ellas, no puede dejar de lastimarme mucho ver lo que perdemos por nuestra culpa. Porque

aunque es verdad que son cosas que las da el Señor a quien quiere, si quisiésemos a Su Majestad como El nos quiere, a todas las daría; no está deseando otra cosa, sino tener a quien dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas. M. VI, 4.

16.—Tengo para mí, que si los que andan muy perdidos por el mundo, se les descubriese Su Majestad, como hace a estas almas, que aunque no fuese por amor, por miedo no le osarían ofender. Pues ¡oh, cuán obligadas estarán las que han sido avisadas por camino tan subido a procurar con todas sus fuerzas no enojar a este Señor! Por El os suplico, hermanas, a las que hubiere hecho Su Majestad estas mercedes u otras semejantes, que no os descuidéis con no hacer más que recibir; mirad que quien mucho debe (Matth. XXV, 29), mucho ha de pagar. M. VI, 5.

Para esto también es menester gran ánimo, que es una cosa que acobarda en gran manera; y si Nuestro Señor no se le diese, andaría siempre con gran aflicción; porque mirando lo que Su Majestad hace con ella, y tornándose a mirar a sí, cuán poco sirve para lo que está obligada, y eso poquillo que hace lleno de faltas y quiebras y flojedad, que por no se acordar de cuán imperfetamente hace alguna obra, si la hace, tiene por mejor procurar que

se le olvide, y traer delante sus pecados, y meterse en la misericordia de Dios; que pues no tiene con que pagar, supla la piedad y misericordia que siempre tuvo con los pecadores.

Quizá le responderá lo que a una persona (la misma Santa), que estaba muy afligida delante de un crucifijo, en este punto, considerando qué nunca había tenido qué dar a Dios, ni qué dejar por El. Díjole el mismo Crucificado consolándole, que El le daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su Pasión, que los tuviese por propios para ofrecer a su Padre. Quedó aquel alma tan consolada y tan rica, según de ella he entendido, que no se le puede olvidar, antes cada vez que se ve tan miserable, acordándosele, queda animada y consolada. Algunas cosas de éstas podría decir aquí, que como he tratado tantas personas santas y de oración, sé muchas; porque no penséis que soy yo, me voy a la mano. Esta paréceme de gran provecho, para que entendáis lo que se contenta Nuestro Señor de que nos conozcamos, y procuremos siempre mirar y remirar nuestra pobreza y miseria, y que no tenemos nada, que no lo recibamos. Ansí que, hermanas mías, para esto y otras muchas cosas que se ofrece a un alma, que ya el Señor la tiene en este punto, es menester ánimo; y a mi parecer, para esto postrero más que para nada,

si hay humildad. Dénosla el Señor por quien es. M. VI, 5.

17.—¡Oh desventurados tiempos y miserable vida en la que ahora vivimos, y dichosas a las que les ha cabido tan buena suerte, que estén fuera de él! Algunas veces me es particular gozo cuando, estando juntas, las veo a estas hermanas tenerle tan grande interior, que la que más puede, más alabanzas da a Nuestro Señor de verse en el monasterio; porque se les ve muy claramente que salen aquellas alabanzas de lo interior del alma. Muchas veces querría, hermanas, hiciésedes esto, que una que comienza, despierta a las demás. ¿En qué mejor se puede emplear vuestra lengua cuando estéis juntas, que en alabanzas de Dios, pues tenemos tanto por qué se las dar? M. VI, 6.

18.—Esta casa es un cielo, si le puede haber en la tierra. Para quien se contenta sólo de contentar a Dios y no hace caso de contento suyo, tiénese muy buena vida; en queriendo algo más, se perderá todo, porque no lo puede tener. Y alma descontenta es como quien tiene gran hastío, que por bueno que sea el manjar, la da en rostro; y de lo que los sanos toman gran gusto comer, le hace asco en el estómago. En otra parte se salvará mejor, y podrá ser que poco a poco llegue a la perfección que aquí no pudo sufrir por tomarse por junto. Que

aunque en lo interior se aguarde tiempo para del todo desasirse y mortificarse, en lo exterior ha de ser luego; y a quien con ver que todas lo hacen, y con andar en tan buena compañía siempre, no le aprovecha en un año, temo que no aprovechará en muchos, más, sino menos. No digo que sea tan cumplidamente como en las otras, mas que se entienda va cobrando salud, que luego se ve cuando el mal es mortal. C. 13.

19.—Bastara ¡oh sumo Bien y descanso mío! las mercedes que me habíais hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad y grandeza a estado tan seguro y a casa adonde había muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar, para ir creciendo en su servicio. No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesión y la gran determinación y contento con que la hice, y el desposorio que hice con Vos. Esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habían de ser de sangre y quebrárseme el corazón, y no era mucho sentimiento para lo que después os ofendí. Paréceme ahora que tenía razón de no querer tan gran dignidad, pues tan mal había de usar de ella. Mas Vos, Señor mío, quisisteis, casi veinte años que usé mal de esta merced, ser el agraviado, porque yo fuese mejorada. No parece, Dios mío, sino que prometí

no guardar cosa de lo que os había prometido, aunque entonces no era esa mi intención; mas veo tales mis obras después, que no sé qué intención tenía, para que más se vea quién Vos, sois, Esposo mío, y quién soy yo. Que es verdad, cierto, que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me da que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias.

¿En quien, Señor, pueden ansí resplandecer como en mí, que tanto he escurecido con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzasteis a hacer? ¡Ay de mí, Criador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzásteis a mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediaba todo. Pues no lo merecí, ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia. V. 4.

20.—Por esto me parece a mí me hizo harto daño no estar en monasterio encerrado; porque la libertad que las que eran buenas podían tener con bondad, porque no debían más, que no se prometía clausura, para mí, que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno, si con tantos remedios y medios, el Señor, con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado de este peligro; y ansí me pa-

rece lo es grandísimo monasterio de mujeres con libertad, y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines, que remedio para sus flaquezas. Esto no se tome por el mío, porque hay tantas que sirven muy de veras y con mucha perfección al Señor, que no puede Su Majestad dejar, según es bueno, de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religión, sino de otros que yo sé y he visto.

Digo que me hace gran lástima, que ha menester el Señor hacer particulares llamamientos, y no una vez sino muchas, para que se salven, según están autorizadas las honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido a lo que están obligadas, que plega a Dios no tengan por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacía; y hay tan gran dificultad en hacerlo entender, que es menester que el Señor ponga muy de veras en ello su mano. Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar a poner sus hijas adonde vayan camino de salvación, sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca a su honra, y quieran más casarlas muy bajamente, que meterlas en monasterios semejantes, sino son muy bien inclinadas, y plega a Dios aproveche, o se las tenga en su casa. Porque si quiere ser ruin, no se podrá encu-

brir sino poco tiempo, y acá muy mucho, y, en fin, lo descubre el Señor; y no sólo daña a sí, sino a todas; y a las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan. Y es lástima de muchas que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van a servir al Señor y a apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer, ni remediar: que la mocedad, y sensualidad y demonio las convida e inclina a seguir algunas cosas que son del mismo mundo. Ve allí que lo tienen por bueno, a manera de decir. Paréceme como los desventurados de los herejes en parte, que se quieren cegar y hacer entender que es bueno aquello que siguen, y que lo creen ansí sin creerlo; porque dentro de sí tienen quien les diga que es malo. V. 7.

21.—¡Oh grandísimo mal! grandísimo mal de religiosos, no digo ahora más mujeres que hombres, adonde no se guarda religión, adonde en un monasterio hay dos caminos de virtud y religión, y falta de religión, y todos casi se andan por igual; antes, mal dije, no por igual, que por nuestros pecados caminase más el más imperfecto, y como hay más de él, es más favorecido. Usase tan poco el de la verdadera religión, que más ha de temer el fraile y la monja que ha de comenzar de veras a seguir del

todo su llamamiento a los mismos de su casa, que a todos los demonios. Y más cautela y disimulación ha de tener para hablar en la amistad que desea tener con Dios, que en otras amistades y voluntades que el demonio ordena en los monasterios. Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia; pues los que habían de ser los dechados para que todos sacasen virtudes, tienen tan borrada la labor que el espíritu de los Santos pasados dejaron en las religiones. Plega la Divina Majestad ponga remedio en ello, como ve que es menester. Amén. V. 7.

22.—Pues comenzando yo a tratar estas conversaciones, no pareciéndome, como veía que se usaban, que había de venir a mi alma el daño y distraimiento que después entendí era semejantes tratos, pareciéndome que cosa tan general como es este visitar en muchos monasterios, que no me haría a mí más mal que a las otras, que yo veía eran buenas; y no miraba que eran muy mejores, y que lo que en mí fué peligro, en otras no le sería tanto; que alguno dudo yo le deja de haber, aunque no sea sino tiempo mal gastado. Estando con una persona, bien al principio de conocerla, quiso el Señor darme a entender que no me convenían aquellas amistades, y avisarme y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante

con mucho rigor, dándome a entender lo que de aquello le pesaba. Vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan impreso, que ha esto más de veintiséis años, y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada, y turbada, y no quería ver más a con quien estaba.

Hízome mucho daño no saber yo que era posible ver nada, si no era con los ojos del cuerpo; y el demonio, que me ayudó a que lo creyese ansí, y hacerme entender era imposible, y que se me había antojado, y que podía ser el demonio, y otras cosas de esta suerte; puesto que siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo. Mas como no era a mi gusto, yo me hacia a mí misma desmentir; y yo, como no lo osé tratar con nadie, y tornó después a haber gran importunación, asegurándome que no era mal ver persona semejante, ni perdía honra, antes que la ganaba, torné a la misma conversación, y aun en otros tiempos a otras, porque fué muchos años los que tomaba esta recreación pestilencial, que no me parecía a mí, como estaba en ello, tan malo como era, aunque a veces claro veía no era bueno; mas ninguna no me hizo el distraimiento que esta que digo, porque la tuve mucha afición. V. 7.

23.—Estando otra vez con la misma perso-

na, vimos venir hacia nosotros, y otras personas que estaban allí también lo vieron, una cosa a manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar. De la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del día, ni nunca la ha habido, y la operación que hizo en mí, me parece no era sin misterio; y tampoco esto se me olvidó jamás. ¡Oh grandeza de Dios, y con cuánto cuidado y piedad me estabais avisando de todas maneras y qué poco me aprovechó a mí! V. 7.

24.—Tenía allí una monja, que era mi parienta, antigua y gran sierva de Dios y de mucha religión. Esta también me avisaba algunas veces; y no sólo no la creía, mas disgustábame con ella, y parecíame se escandalizaba sin tener por qué. He dicho esto para que se entienda mi maldad y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno por tan grande ingratitud; y también porque si el Señor ordenare y fuere servido en algún tiempo lea esto alguna monja, escarmienten en mí; y les pido yo, por amor de Nuestro Señor, huyan de semejantes recreaciones. Plega a Su Majestad se desengañe alguna por mí de cuantas he engañado, diciéndoles que no era mal, y asegurando tan gran peligro con la ceguedad que yo tenía, que de propósito no las quería yo engañar; y por

el mal ejemplo que las di, como he dicho, fuí causa de hartos males, no pensando hacía tanto mal. V. 7.

25.—Este Padre Dominico que era muy bueno y temeroso de Dios, me hizo harto provecho; porque me confesé con él y tomó a hacer bien a mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdición que traía. Hacíame comulgar de quince a quince días, y poco a poco, comenzándole a tratar, tratéle de mi oración. Díjome que no la dejase, que en ninguna manera me podía hacer sino provecho. Comencé a tornar a ella, aunque no a quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios. Teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos, y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y ansí no me podía encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración, sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé ansí muchos años, que ahora me espanto, que sujeto bastó a sufrir, que no dejase lo uno o lo otro. Bien

sé que dejar la oración no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes.

¡Oh, válgame Dios, si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba, y cómo me tornaba yo a meter en ellas, y de los peligros de perder del todo el crédito que me libró! Yo a hacer obras para descubrir la que era, y el Señor a encubrir los males y descubrir alguna pequeña virtud, si tenía, y hacerla grande en los ojos de todos, de manera que siempre me tenían en mucho; porque, aunque algunas veces se traslucían mis vanidades, como veían otras cosas que les parecían buenas, no lo creían. Y era que había ya visto el sabedor de todas las cosas, que era menester ansí, para que en las que después he hablado de su servicio, me diesen algún crédito, y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenía de servirle, y la pena por no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra. V. 7.

26.—¡Oh, Señor de mi alma! ¡Cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicistes! ¡Y cómo en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad, tomábades, Rey mío, el más delicado y penoso

castigo por medio que para mí podía ser, como quien bien entendía lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien que estuviese desatinada, tornando a la memoria ahora de nuevo mi ingratitud y maldad. Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, cuando había caído en graves culpas, que recibir castigos; que una de ellas me parece, cierto, me deshacía y confundía más y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos juntos; porque lo postrero veía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, según ellos eran muchos; mas verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible, y creo para todos los que tuvieren algún conocimiento o amor de Dios, y esto por una condición virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome de suerte que estaba en víspera de tornar a caer, aunque mis determinaciones y deseos entonces, por aquel rato, digo, estaban firmes. V. 7.

27.—Gran mal es un alma sola entre tantos peligros. Paréceme a mí que si yo tuviera con quien tratar todo esto, que me ayudara a no tornar a caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios. Por eso aconsejaría yo a

los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo; es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos a otros con sus oraciones, cuanto más que hay muchas más ganancias. Y no sé yo por qué (pues de conversaciones y voluntades humanas, aunque no sean muy buenas, se procuran amigos con quien descansar, y para más gozar de contar aquellos placeres vanos), se han de permitir que quien comenzare de veras a amar a Dios y a servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos, que de todo tienen los que tienen oración. Porque si es de verdad la amistad que quiere tener con Su Majestad, no haya miedo de vanagloria; y cuando el primer movimiento le acometa, salga de ello con mérito. Y creo que el que tratando con esta intención lo tratare, que aprovechará a sí, y a los que le oyeren, y saldrá más enseñado: aun sin entender cómo, enseñará a sus amigos.

El que de hablar en esto tuviere vanagloria, también la tendrá en oir misa con devoción, si le ven, y en hacer otras cosas que, so pena de no ser cristiano, las ha de hacer, y no se han de dejar por miedo de vanagloria. Pues es tan importantísimo esto para almas que no están fortalecidas en virtud, como tienen tantos contrarios y amigos para incitar al mal, que no sé

cómo lo encarecer. Paréceme que el demonio ha usado de este ardid como cosa que muy mucho le importa, que se escondan tanto de que se entienda que de veras quieren procurar amar y contentar a Dios, como ha incitado se descubran otras voluntades mal honestas, con ser tan usadas, que ya parece se toma por gala y se publican las ofensas que en este caso se hacen a Dios. V. 7.

28.—Andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos a otros los que le sirven, para ir adelante, según se tiene por bueno andar en las vanidades y contentos del mundo, y para éstos hay pocos ojos; y si uno comienza a darse a Dios, hay tantos que murmuren, que es menester buscar compañía para defenderse, hasta que ya estén fuertes en no les pesar de padecer, y si no, veránse en mucho aprieto. Paréceme que por esto debían usar algunos santos irse a los desiertos; y es un género de humildad no fiar de sí, sino creer que para aquellos con quien conversa le ayudará Dios; y crece la caridad con ser comunicada, y hay mil bienes que no los osaría decir si no tuviese gran experiencia de lo mucho que va en esto. Verdad es que yo soy más flaca y ruin que todos los nacidos; mas creo no perderá quien humillándose, aunque sea fuerte, no lo crea de sí y

creyere en esto a quien tiene experiencia. De mí sé decir, que si el Señor no me descubriera esta verdad y diera medios para que yo muy ordinario tratara con personas que tienen oración, que cayendo y levantando iba a dar de ojos en el infierno; porque para caer había muchos amigos que me ayudasen; para levantarme, hallábame tan sola, que ahora me espanto cómo no me estaba siempre caída, y alabo la misericordia de Dios, que era sólo El el que me daba la mano. Sea bendito por siempre jamás. Amén. V. 7.

29.—Pues ya andaba mi alma cansada, y aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme que entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe El con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.

Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena, y muy muchas veces pensaba en su conversión,

en especial cuando comulgaba; que como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas; y no sabía lo que decía, que harto hacía quien por sí me las consentía derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento; y encomendábame aquesta gloriosa Santa para que me alcanzase perdón.

Mas esta postrera vez, de esta imagen que digo, me parece me aprovechó más, porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fuí mejorando mucho desde entonces. V. 9.

30.—En este tiempo me dieron las «Confesiones de San Agustín», que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada a San Agustín, porque el monesterio adonde estuve seglar era de su Orden, y también por haber sido pecador, que en los santos, que después de serlo el Señor tornó a sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda; y que, como los había el Señor perdonado, podía hacer a mí; salvo que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que a ellos sola una vez los había el Señor llamado, y no

tornaban a caer, y a mí eran ya tantas, que esto me fatigaba. Mas considerando en el amor que me tenía, tornaba a animarme, que de su misericordia jamás desconfié; de mí muchas veces.

¡Oh, válame Dios, cómo me espanta la recia dumbre que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo, y cuán atada me veía para no me determinar a darme del todo a Dios. Como comencé a leer las «Confesiones», paréceme me veía yo allí; comencé a encomendarme mucho a este glorioso Santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió a mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí misma con gran aflicción y fatiga. ¡Oh, qué sufre un alma, válame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podía vivir en tanto tormento; sea Dios alabado, que me dió vida para salir de muerte tan mortal. V. 9.

31.—Paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la Divina Majestad, y que debía oir mis clamores y haber lástima de tantas lágrimas. Comenzóme a crecer la afición de estar más tiempo con El, y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luego me volvía a

amar a Su Majestad; que bien entendía yo, a mi parecer, le amaba, mas no entendía en qué está el amar de veras a Dios, como lo había de entender. No me parece acababa yo de disponerme a quererle servir, cuando Su Majestad me comenzaba a tornar a regalar. No parece sino que lo que otros procuran con gran trabajo adquirir, granjeaba el Señor conmigo, que yo lo quisiese recibir, que era ya en estos postreros años darme gustos y regalos. Suplicar yo me los diese, ni ternura de devoción, jamás a ello me atreví; sólo le pedía me diese gracia para que no le ofendiese, y me perdonase mis grandes pecados. Como los veía tan grandes, aun desear regalos, ni gusto, nunca de advertencia osaba. Harto me parece hacía su piedad, y con verdad hacía mucha misericordia conmigo en consentirme delante de sí y traerme a su presencia, que veía yo, si tanto El no lo procurara, no viniera. Sola una vez en mi vida me acuerdo haberle pedido gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacía, quedé tan confusa, que la misma fatiga de verme tan poco humilde, me dió lo que me había atrevido a pedir. Bien sabía yo era lícito pedirlo, mas parecíame a mí, que lo es a los que están dispuestos, con haber procurado lo que es verdadera devoción con todas sus fuerzas, que es no ofender a Dios, y estar dispuestos y

determinados para todo bien. Parecíame que aquellas mis lágrimas eran mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Pues con todo, creo me valieron; porque, como digo, en especial después de estas dos veces de tan gran compunción de ellas y fatiga de mi corazón, comencé más a darme a oración y a tratar menos en cosas que me dañasen, aunque aun no las dejaba del todo, sino, como digo, fuéme ayudando Dios a desviarme. Como no estaba Su Majestad esperando sino algún aparejo de mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré. Cosa no usada darlas el Señor, sino a los que están en más limpieza de conciencia. V. 9.

32.—Válame Dios, ¿qué hacemos los religiosos en el monasterio? ¿a qué dejamos el mundo? ¿a qué venimos? ¿en qué mejor nos podemos emplear que hacer aposentos en nuestras almas a nuestro Esposo y llegar a tiempo, que le podamos decir que nos dé beso con su boca? Venturosa será la que tal petición hiciere, y cuando venga el Señor no halle su lámpara muerta, y de harto de llamar se torne. ¡Oh, hijas mías, que tenemos gran estado, que no hay quien nos quite decir esta palabra a nuestro Esposo, pues le tomamos por tal cuando hicimos profesión; sino nosotras mismas! Conc. 2.

33.—El día de Nuestra Señora de la Nativi-

dad tengo particular alegría. Cuando este día viene, paréceme sería bien renovar los votos, y queriéndolo hacer, se me representó la Virgen, Señora nuestra, por visión iluminativa, y parecióme los hacía en sus manos, y que le eran agradables. Quedóme esta visión por algunos días, como estaba, junto conmigo, hacia el lado izquierdo. R. 17.

34.—Miremos lo que Su Majestad hace por nosotras y [veremos] cuán poco servimos para lo que estamos obligadas. Lo poquillo que hacemos por El, está todo lleno de faltas y quiebras y flojedad. M. VI, 5.

35.—Gran remedio es para ésto traer muy continuo el pensamiento en la vanidad que es todo, y cuán presto se acaba, para quitar la afición de todo, y ponerla en lo que siempre ha de durar. C. 10.

36.—Nunca pongan su contento en cosas que se acaban, que se hallarán burladas. Ep. 59.

37.—Cuando vamos por respetos humanos, el fin que se pretende por ellos nunca se consigue, antes al revés. Ep. 195.

38.—Pues sabemos el camino como hemos de contentar a Dios, [o sea] por los mandamientos y consejos, en ésto andemos muy diligentes, y en pensar su vida y muerte, y lo mucho que le debemos, lo demás venga cuando el Señor quisiere. M. VI, 7.

39.—Todo aprovecha para Dios, cuando la raíz es para servirle. Ep. 358.

40.—Hemos de servir a Dios como El quiere, no como nosotros queremos. Ep. 132.

41.—Dice un libro que yo leí que si dejamos a Dios cuando El nos quiere, que cuando le querremos no le hallaremos. Ep. 129.

42.—La primera piedra [de este edificio espiritual] ha de ser buena conciencia, y con todas vuestras fuerzas libraros aun de pecados veniales, y seguir lo más perfecto. C. 5.

43.—¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios. M. VII, 40.

44.—¿Pensáis que es poco bien, procura este bien de darnos todas a El todo, sin hacernos partes? En El están todos los bienes. C. 12.

45.—Todo es nada y menos que nada lo que se acaba y no contenta a Dios. V. 21.

46.—Esforcémonos a servir a un Señor que tan bien paga aun acá en la tierra, por donde podemos entender algo de lo que nos ha de dar en el cielo. M. V, 4. Suave es el yugo [del Señor] y es gran negocio no traer el alma arrastrada, como dicen, sino llevarla con suavidad para su mayor aprovechamiento. V. 11.

47.—Pues no hay tasa en el galardonar, no ha de haber parar en procurar servir al Señor, sino cada día un poquito siquiera ir más adelante, y con fervor. Ep. 1.

Jhs.

IV

PECADO

1.—Estando una vez con mucha pena de haber ofendido a Dios; me dijo:

«Todos tus pecados son delante de mí como si no fueran. En lo porvenir, esfuérzate, que no son acabados tus trabajos.» R. 20.

2.—Hartas veces permite el Señor una caída, para que el alma quede más humilde. Y cuando con rectitud y conocimiento torna, va después más aprovechando en el servicio de nuestro Señor, como vemos en muchos santos. Ep. 271.

3.—Dios por su misericordia nos libre de tan gran mal como el pecado, que no hay cosa mientras vivimos que merezca este nombre de mal, sino ésta, pues acarrea males eternos para sin fin. M. I, 2.

4.—Miren que es peor la recaída que la caída. Confíen en la misericordia de Dios, y nonada en sí. M. II. 1.

5.—¿Ya no había pagado bastantísimamente por el pecado de Adán? ¿Siempre que tornamos a pecar, lo ha de pagar este amantísimo Cordero? C.

6.—Ahora vengamos al temor de Dios. Es cosa también muy conocida de quien le tiene, y de los que le tratan. Aunque quiero entendáis que a los principios no está tan crecido si no es algunas personas, a quien, como he dicho, el Señor hace grandes mercedes, que en breve tiempo las hace ricas de virtudes; y ansí no se conoce en todos a los principios, digo. Va aumentando el valor creciendo más cada día; aunque desde luego se entiende, porque luego se apartan de pecados y de las ocasiones y de malas compañías, y se ven otras señales.

Aunque mucho con aviso se miren estas personas, no las verán andar descuidadas; que por grande que le tengamos a mirarlas, las tiene el Señor de manera, que si gran interés se les ofreciese, no harán de advertencia un pecado venial; los mortales temen como el fuego.

7.—Yo sé de una persona a quien quiso Nuestro Señor mostrar cómo quedaba un alma cuando pecaba mortalmente. Dice aquella persona que le parece, si lo entendiesen, no sería posible ninguno pecar, aunque se pusiese a mayores trabajos que se pueden pensar por

huir de las ocasiones. Y ansí le dió mucha gana que todos lo entendieran; y ansí os la dé a vosotras, hijas, de rogar mucho a Dios por los que están en este estado, todos hechos una oscuridad, y ansí son sus obras. Porque ansí como de una fuente muy clara lo son todos los arroyicos que salen de ella, como es un alma que está en gracia, que de aquí le viene ser sus obras tan agradables a los ojos de Dios y de los hombres; porque proceden de esta fuente de vida adonde el alma está como un árbol plantado en ella, que la frescura y fruto no tuviera, si no le procediere de allí; que esto le sustenta y hace no secarse, y que dé buen fruto. Ansí el alma que por su culpa se aparta de esta fuente, y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la misma desventura y suciedad. M. I. 2.

8.—Es de considerar aquí, que la fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma, no pierde su resplandor y hermosura, que siempre está dentro de ella y cosa no puede quitar su hermosura. Mas si sobre un cristal que está al sol se pusiese un paño muy negro, claro está que aunque el sol dé en él, no hará su claridad operación en el cristal. M. I, 2.

9.—Oí una vez a un hombre espiritual, que no se espantaba de cosas que hiciese uno que

está en pecado mortal, sino de lo que no hacía. M. I. 2.

10.—Antes que pase adelante, os quiero decir que consideréis qué será ver este Castillo tan resplandeciente y hermoso del alma esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios, cuando cae en un pecado mortal. No hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más. No queráis más saber de que con estarse el mismo Sol, que le daba tanto resplandor y hermosura, todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar de El, con ser tan capaz para gozar de Su Majestad, como el cristal para resplandecer en él el sol. Ninguna cosa le aprovecha, y de aquí viene que todas buenas obras que hiciere, estando ansí en pecado mortal, son de ningún fruto para alcanzar gloria; porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de El, no puede ser agradable a sus ojos; pues, en fin, el intento de quien hace un pecado mortal, no es contentarle, sino hacer placer al demonio, que como es las mismas tinieblas, ansí la pobre alma queda hecha una misma tiniebla.

¡Oh Jesús! ¡qué es ver a un alma apartada de ella! ¡cuáles quedan los pobres aposentos del

castillo! ¡qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en ellos! Y las potencias, que son los alcaides y mayordomos y maestresalas, ¡con qué ceguedad, con qué mal gobierno! En fin, como adonde está plantado el árbol, que es el demonio, ¿qué fruto puede dar?

¡Oh almas redimidas por la sangre de Jesucristo, entendeos y habed lástima de vosotras! ¿Cómo es posible que entendiendo esto no procuráis quitar esta pez de este cristal? Mirad que si se os acaba la vida, jamás tornaréis a gozar de esta luz. M. II. 1.

11.—A los que son desagradecidos, la grandeza de la merced les daña. E. 6.

12.—Sólo me consuela, que será alabada para siempre vuestra misericordia, cuando se sepa mi maldad. E. 11.

13.—¡Ah, Señor mío! Aquí es menester vuestra ayuda, que sin ella no se puede hacer nada. Por vuestra misericordia, no consintáis que esta alma sea engañada para dejar lo comenzado. Dazle luz, para que vea como está en esto todo su bien, y para que se aparte de malas compañías; que grandísima cosa es tratar con los que tratan de esto; allegarse no sólo a los que viere en estos aposentos que él está, sino a los que entendiere que han entrado a los de más cerca; porque le será gran ayuda, y tanto los puede conversar, que le metan consigo.

Siempre esté con aviso de no se dejar vencer; porque si el demonio le ve con una gran determinación de que antes perderá la vida y el descanso, y todo lo que le ofrece, que tornar a la pieza primera, muy más presto le dejará. Sea varón, y no de los que se echaban a beber de bruces, cuando iban a la batalla, no me acuerdo con quien; sino que se determine, que va a pelear con todos los demonios, y que no hay mejores armas que las de la cruz. M. II. 1.

14.—Paz, paz, hermanas mías, dijo el Señor, y amonestó a sus Apóstoles tantas veces; pues creedme, que si no la tenemos y procuramos en nuestra casa, que no la hallaremos en los extraños. Acábese ya esta guerra; por la sangre que derramó por nosotros lo pido yo a los que no han comenzado a entrar en sí, y los que han comenzado, que no baste para hacerlos tornar atrás. M. II. 1.

15.—Pues pensar que hemos de entrar en el cielo, y no entrar en nosotros, conociéndonos y considerando nuestra miseria y lo que debemos a Dios, y pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino. M. II. 1.

16.—Comenzaba a llorar por la Pasión, no sabía acabar, si por mis pecados, lo mesmo. Harta merced me hacía Nuestro Señor. M. II. 1.

17.—De una cosa aviso mucho a quien se viere en este estado, que se guarde muy mucho

de ponerse en ocasiones de ofender a Dios; porque aquí no está aún el alma criada, sino como un niño que comienza a mamar, que si se aparta de los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar de él sino la muerte? M. IV, 3.

18.—El dolor de los pecados crece más, mientras más se recibe de nuestro Dios. Y tengo yo para mí, que hasta que estemos adonde ninguna cosa puede dar pena, que ésta no se quitará.

Verdad es, que unas veces aprieta más que otras, y también es de diferente manera; porque no se acuerda de la pena que ha de tener por ellos, sino de cómo fué tan ingrata a quien tanto debe, y a quien tanto merece ser servido; porque en estas grandezas que le comunica, entiende mucho más la de Dios. Espántase cómo fué tan atrevida; llora su poco respeto; parécele una cosa tan desatinada su desatino, que no acaba de lastimarse jamás, cuando se acuerda por las cosas tan bajas que dejaba una tan gran Majestad. Mucho más se acuerda de esto que de las mercedes que recibe, siendo tan grandes como las dichas, y las que están por decir; parece que las lleva un río caudaloso, y las trae a sus tiempos. Esto de los pecados está como un cieno, que siempre parece se avivan en la memoria, y es harto gran cruz.

Yo sé de una persona, que dejado de querer

morirse por ver a Dios, lo deseaba por no sentir tan ordinariamente pena de cuán desagradecida había sido a quien tanto debió siempre, y había de deber; y ansí no le parecía podía llegar maldades de ninguno a las suyas; porque entendía que no le habría a quien tanto hubiese sufrido Dios y tantas mercedes hubiese hecho. En lo que toca a miedo del infierno, ninguno tienen; de si han de perder a Dios, a veces aprieta mucho, mas es pocas veces. Todo su temor es no las deje Dios de su mano para ofenderle, y se vean en estado tan miserable, como se vieron en algún tiempo, que de pena ni gloria suya propia, no tienen cuidado; y si desean no estar mucho en Purgatorio, es más por no estar ausentes de Dios, lo que allí estuvieren, que por las penas que han de pasar. M. VI. 7.

19.—Yo no tendría por seguro, por favorecida que un alma esté de Dios, que se olvidase de que en algún tiempo se vió en miserable estado; porque, aunque es cosa penosa, aprovecha para muchas. Quizá como yo he sido tan ruin, me parece esto, y esta es la causa de traerlo siempre en la memoria; las que han sido buenas, no tendrán que sentir, aunque siempre hay quiebras mientras vivimos en este cuerpo mortal. Para esta pena ningún alivio es pensar que tiene Nuestro Señor ya perdonados los peca-

dos y olvidados, antes añade a la pena ver tanta bondad, y que se hacen mercedes a quien no merecía sino infierno. Yo pienso que fué éste un gran martirio en San Pedro y la Magdalena; porque, como tenían el amor tan crecido, y habían recibido tantas mercedes, y tenían entendida la grandeza, y majestad de Dios, sería harto recio de sufrir, y con muy tierno sentimiento. M. VI, 7.

20.—¡Oh Señor mío, qué de veces os hacemos andar a brazos con el demonio! ¿no bastara que os dejastes tomar en ellos cuando os llevó al pináculo para enseñarnos a vencerle? Mas, ¿qué sería, hijas, ver junto a aquel Sol con las tinieblas, y qué temor llevaría aquel desventurado sin saber de qué, que no permitió Dios lo entendiese? Bendita sea tanta piedad y misericordia; que vergüenza habíamos de haber los cristianos de hacerle andar cada día a brazos, como he dicho, con tan sucia bestia. Bien fué menester, Señor, los tuviésedes tan fuertes; mas, ¿cómo no os quedaron flacos de tantos tormentos como pasásteis en la cruz? C. 16.

21.—Pues no hayáis miedo, que si no es para más bien del que le ama, consienta hablar contra vos. No quiere tan poco a quien le quiere. C. 16.

22.—Acaece, cuando el Señor es servido, estando el alma en oración y muy en sus senti-

dos, venirle de presto una suspensión, adonde le da el Señor a entender grandes secretos, que parece los ve en el mismo Dios; que éstas no son visiones de la sacratísima Humanidad, ni aunque digo que ve, no ve nada; porque no es visión imaginaria, sino muy intelectual, adonde se le descubre, cómo en Dios se ven todas las cosas, y las tiene todas en sí mismo. Y es de gran provecho, porque aunque pasa en un momento, quédase muy esculpido, y hace grandísima confusión; y vese más claro la maldad de cuando ofendemos a Dios, porque en el mismo Dios, digo, estando dentro en El, hacemos grandes maldades. Quiero poner una comparación, si acertare, para dároslo a entender, que aunque esto es así y lo oímos muchas veces, o no reparamos en ello, o no lo queremos entender; porque no parece sería posible, si se entendiese como es, ser tan atrevidos.

Hagamos ahora cuenta que es Dios, como una Morada o palacio muy grande y hermoso, y que este palacio, como digo, es el mismo Dios. Por ventura ¿puede el pecador, para hacer sus maldades, apartarse de este palacio? No por cierto; sino que dentro, en el mismo palacio, que es el mismo Dios, pasan las abominaciones, y deshonestidades y maldades que hacemos los pecadores. ¡Oh, cosa temerosa y digna de gran consideración, y muy provechosa

para los que sabemos poco, que no acabamos de entender estas verdades, que no sería posible tener atrevimiento tan desatinado! Consideremos, hermanas, la gran misericordia y sufrimiento de Dios en no nos hundir allí luego; y démosle grandísimas gracias, y hayamos vergüenza de sentirnos de cosa que se haga ni se diga contra nosotras, que es la mayor maldad del mundo ver que sufre Dios nuestro Creador tantas a sus criaturas dentro en Sí mismo, y que nosotras sintamos alguna vez una palabra, que se dijo en nuestra ausencia, y quizá con no mala intención. M. VI, 10.

23.—Estas desventuradas almas es así que están como en una cárcel oscura, atadas de pies y manos para hacer ningún bien que les aproveche para merecer, y ciegas y mudas; con razón podemos compadecernos de ellas, y mirar que algún tiempo nos vimos así, y que también puede el Señor haber misericordia de ellas. M. VII.

Tomemos, hermanas, particular cuidado de suplicárselo, y no nos descuidar, que es grandísima limosna rogar por los que están en pecado mortal; muy mayor que sería si viésemos un cristiano atadas las manos atrás con una fuerte cadena, y él amarrado a un poste, y muriendo de hambre, y no por falta de qué coma, que tiene cabe sí muy extremados manjares,

sino que no los puede tomar para llegarlos a la boca; y aun está con grande hastío, y ve que va ya a expirar, y no muerte como acá, sino eterna. ¿No sería gran crueldad estarle mirando, y no le llegar a la boca que comiese? ¿Pues qué, si por vuestra oración le quitasen las cadenas? Ya lo véis. Por amor de Dios os pido, que siempre tengáis acuerdo en vuestras oraciones de almas semejantes. M. VII, 1.

24.—Pues así comencé de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme a llegar a Dios; y ayudóme a esto, que, como crecieron los pecados, comenzóme a faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud. (Para que el lector sepa a qué atenerse en estas ponderaciones, tan humildes como exageradas, que de sus propias faltas en los primeros años de monja hace la Santa, lea las siguientes líneas del doctísimo P. Domingo Báñez que, como confesor que fué suyo muchos años, conocía bien su vida. Al Art. segundo del Proceso de beatificación y canonización hecho en Salamanca, dice: «En la vida que hizo en la Encarnación en su mocedad, no entiende que hubiese otras faltas en ella más de las que co-

múnmente se hallan en semejantes religiosas que se llaman mujeres de bien, y que en aquel tiempo, que tiene por cierto se señaló siempre en ser grande enfermera y tener más oración de la que comúnmente se usa, aunque por su buena gracia y donaire ha oído decir que era visitada de muchas personas de diferentes estados; lo cual ella lloró toda la vida, después que Dios la hizo merced de dalle más luz y ánimo para tratar de perfección en su estado. Y esto lo sabe, no sólo por haberlo oído decir y otros que antes la habían tratado, sino también por relación de la misma Teresa de Jesús».

En materia de honestidad la Santa fué extremada. Ella misma nos dice, que las «cosas deshonestas naturalmente las aborrecía» y cuantos trataron de cerca a la esclarecida Fundadora, dan testimonio de lo mismo). Veía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba esto a mí, por faltaros yo a Vos. V. 7.

25.—Y es cierto que me acaeció lo que ahora diré, y de esto hay muchos testigos, en especial quien ahora me confiesa, que lo vió por escrito en una carta; sin decirle yo quién era la persona cuya era la carta, bien sabía él quién era.

Vino una persona a mí que había dos años y medio que estaba en un pecado mortal, de los más abominables que yo he oído, y en todo este

tiempo, ni le confesaba ni se enmendaba, y decía misa. Y aunque confesaba otros, éste decía que cómo le había de confesar cosa tan fea. Y tenía gran deseo de salir de él, y no se podía valer a sí. A mí hízome gran lástima, y ver que se ofendía Dios de tal manera, me dió mucha pena. Prometíle de suplicar mucho a Dios le remediase, y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mejores que yo, y escribía a cierta persona que él me dijo podía dar las cartas. Y es ansí que a la primera se confesó; que quiso Dios, por las muchas personas muy santas que lo habían suplicado a Dios, que se lo había yo encomendado, hacer con esta alma esta misericordia, y yo, aunque miserable, hacía lo que podía con harto cuidado. Escribióme que estaba ya con tanta mejoría, que [ha]bía días que no caía en él; mas que era tan grande el tormento que le daba la tentación, que parecía estaba en el infierno según lo que padecía, que le encomendase a Dios. Yo lo torné a encomendar a mis hermanas, por cuyas oraciones debía el Señor hacerme esta merced, que lo tomaron muy a pechos. Era persona que no podía nadie atinar en quien era. Yo supliqué a Su Majestad se aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios a atormentarme a mí, con que yo no ofendiese en nada al Señor. Es así, que pasé un mes de

grandísimos tormentos; entonces eran estas dos cosas que he dicho.

Fué el Señor servido que le dejaron a él; así me lo escribieron, porque yo le dije lo que pasaba en este mes. Tomó fuerza su alma y quedó del todo libre, que no se hartaba de dar gracias al Señor y a mí, como si yo hubiera hecho algo, sino que ya el crédito que tenía de que el Señor me hacía mercedes le aprovechaba. Decía que cuando se veía muy apretado, leía mis cartas y se le quitaba la tentación, y estaba muy espantado de lo que yo había padecido y cómo se había librado él. Y aun yo me espanté, y lo sufriera otros muchos años por ver aquel alma libre. Sea alabado por todo, que mucho puede la oración de los que sirven al Señor, como yo creo lo hacen en esta casa estas hermanas; sino que, como yo lo procuraba, debían los demonios indignarse más conmigo, y el Señor por mis pecados lo permitía. V. 31.

26.—Estando en estos mismos días, el de Nuestra Señora de la Asunción, en un monasterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado y cosas de mi ruin vida. Vínome un arrobamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Sentéme, y aun paréceme que no pude ver alzar ni oir misa, que después quedé con escrú-

pulo de esto. Parecióme estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no veía quién me la vestía. Después vi a Nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi padre San José al izquierdo, que me vestían aquella ropa. Dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. V. 33.

27.—Cuando estas almas se acuerdan de algunos que dice la Escritura que parecía eran favorecidos del Señor, como un Salomón, que tanto comunicó con Su Majestad, no pueden dejar de temer, como tengo dicho. Y la que se viere de vosotras con mayor seguridad en sí, ésa tema más; porque «bienaventurado el varón que teme a Dios», dice David. Su Majestad nos ampare siempre; suplicárselo para que no le ofendamos, és la mayor seguridad que podemos tener. Sea por siempre alabado. Amén.

Quise decir que es poco, en comparación de lo mucho más que es que conformen las obras con los actos y palabras, y que la que no pudiere por junto, sea poco a poco. Vaya doblando su voluntad si quiere que le aproveche la oración, que dentro de estos rincones no faltarán hartas ocasiones en que lo podáis hacer. M. VII, 4.

28.—Tened esta cuenta y aviso, que importa mucho, que hasta que os veáis con tan gran determinación de no ofender al Señor, que per-

deríais mil vidas antes que hacer un pecado mortal, y de los veniales estéis con mucho cuidado de no hacerlos; esto de advertencia, que de otra suerte, ¿quién estará sin hacer muchos más? Hay una advertencia muy pensada; otra tan de presto, que casi haciéndose el pecado venial y advirtiendo es todo uno, que no nos podemos entender; mas pecado muy de advertencia, por chico que sea, Dios nos libre de él; cuánto más, que no hay poco siendo contra una tan gran Majestad, y viendo que nos está mirando. Que esto me parece a mí es pecado sobrepensado, y como quien dice: Señor, aunque os pese, haré esto; ya veo que lo veis, y sé que no lo queréis, y lo entiendo; mas quiero más seguir mi antojo y apetito que no vuestra voluntad. Y que en cosa de esta suerte hay poco, a mí no me lo parece, por leve que sea la culpa, sino mucho y muy mucho.

Mirad, por amor de Dios, hermanas, si queréis ganar este temor de Dios, que va mucho entender cuán grave cosa es ofensa de Dios, y tratarlo en vuestros pensamientos muy ordinario; que nos va la vida, y mucho más, tener arraigada esta virtud en nuestras almas. Y hasta que entendáis muy de veras que le tenéis, es menester andar siempre con mucho, mucho cuidado, y apartarnos de todas las ocasiones y compañías, que no nos ayuden a lle-

garnos más a Dios. Tener gran cuenta con todo lo que hacemos, para doblar en ello nuestra voluntad y cuenta con que lo que hablare vaya con edificación; huir de donde hubiere pláticas que no sean de Dios. Ha menester mucho que en sí quede muy impreso este temor; aunque si de veras hay amor, presto se cobra más, en teniendo el alma visto con gran determinación en sí, que como he dicho, por cosa criada no hará una ofensa de Dios, aunque después se caiga alguna vez, porque somos flacos y no hay que fiar de nosotros. Cuando más determinados, menos confiados de nuestra parte, que de donde ha de venir la confianza ha de ser de Dios.

Cuando esto que he dicho entendamos de nosotros, no es menester andar tan encogidos ni apretados, que el Señor nos favorecerá, y ya la costumbre nos será ayuda para no ofenderle; sino andar con una santa libertad, tratando con quien fuere justo, y aunque sean destraídas; porque las que antes que tuviéseis este verdadero temor de Dios os fueran tóxico y ayuda para matar el alma, muchas veces después os la harán para amar más a Dios y alabarle porque os libró de aquello que veis ser notorio peligro; y si antes fuérais parte para ayudar a sus flaquezas, ahora lo seréis para que se vayan a la mano en ellas por estar de-

lante de Vos, que sin quereros hacer honra acaece esto. C. 41.

29.—¿Cómo es posible, Señor, se olvide todo esto, y que tan olvidados estén los mortales de Vos cuando os ofenden? ¡Oh Redentor mío, y cuán olvidados se olvidan de sí! ¡Y que sea tan grande vuestra bondad, que entonces os acordéis Vos de nosotros, y que habiendo caído por heriros a Vos de golpe mortal, olvidado de esto, nos tornéis a dar la mano, y despertéis de frenesí tan incurable para que procuremos y os pidamos salud? Bendito sea tal Señor, bendita tan gran misericordia, y alabado sea por siempre por tan piadosa piedad. E. 3.

30 —Al que Vos habéis levantado, y él ha conocido cuán míseramente se perdió por ganar un muy breve contento, y está determinado a contentaros siempre, y ayudándole vuestro favor (pues no faltáis, Bien mío de mi alma, a los que os quieren, ni dejáis de responder a quien os llama), ¿qué remedio, Señor, para poder después vivir, que no sea muriendo, con la memoria de haber perdido tanto bien como tuviera estando en la inocencia que quedó del bautismo? E. 3.

31.—¡Oh qué tarde se han encendido mis deseos, y qué temprano andábales Vos, Señor, granjeando y llamando para que toda me emplease en Vos! E. 4.

32. ¡Oh Señor mío! ¿cómo os osa pedir mercedes quien tan mal os ha servido y ha sabido guardar lo que le habéis dado? ¿Qué se puede confiar de quien muchas veces ha sido traidor? Pues ¿qué haré, consuelo de los desconsolados, y remedio de quien se quiere remediar de Vos? ¿Por ventura será mejor callar con mis necesidades, esperando que Vos las remediéis? No, por cierto, que Vos, Señor mío y deleite mío, sabiendo las muchas que habían de ser, y el alivio que nos es contarlas a Vos, decís que os pidamos, y que no dejaréis de dar. E. 5.

33.—Si no me quejo de lo mucho que vuestra benignidad me ha sufrido, no tengo de que. E. 5.

¡Oh esperanza mía y Padre mío, y mi Criador y mi verdadero Señor y Hermano! Cuando considero en cómo decís que son vuestros deleites con los hijos de los hombres, mucho se alegra mi alma. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! ¡Y qué palabras éstas para no desconfiar ningún pecador! E. 6.

34.—¡Oh qué recia cosa os pido, verdadero Dios mío, que queráis a quien no os quiere, que abráis a quien no os llama, que deis salud a quien gusta de estar enfermo, y anda procurando la enfermedad! Vos decís, Señor mío, que venís a buscar los pecadores; éstos, Señor,

son los verdaderos pecadores; no miréis nuestra ceguedad, mi Dios, sino a la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros; resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad; mirad, Señor, que somos hechura vuestra. Válganos vuestra bondad y misericordia. E. 9.

35.—Haced piedad de los que no la tienen de sí; ya que su desventura los tiene puestos en estado que no quieren venir a Vos, venid Vos a ellos, Dios mío. Yo os lo pido en su nombre, y sé que, como se entiendan y tornen en sí, y comiencen a gustar de Vos, resucitarán estos muertos. E. 9.

36. ¡Oh mi Dios y mi verdadera fortaleza! ¿Qué es esto, Señor, que para todo somos cobardes, si no es para contra Vos? Aquí se emplean todas las fuerzas de los hijos de Adán. Y si la razón no estuviese tan ciega, no bastarían las de todos juntos para atreverse a tomar armas contra su Criador, y sustentar guerra continua contra quien los puede hundir en los abismos en un momento; sino, como está ciega, quedan como locos, que buscan la muerte, porque en su imaginación les parece con ella ganar la vida; en fin, como gente sin razón. ¿Qué podemos hacer, Dios mío, a los que están con esta enfermedad de locura? Dicen que el mismo mal les hace tener grandes fuer-

zas; ansí es los que se apartan de mi Dios, gente enferma, que toda su furia es con Vos, que les hacéis más bien.

¡Oh Sabiduría, que no se puede comprender! Cómo fué necesario todo el amor que tenéis a vuestras criaturas para poder sufrir tanto desatino, y aguardar a que sanemos, y procurarlo con mil maneras de medios y remedios. Cosa es que me espanta, cuando considero que falta el esfuerzo para irse a la mano de una cosa muy leve, y que verdaderamente se hacen entender a sí mismos, que no pueden, aunque quieren, quitarse de una ocasión, y apartarse de un peligro, adonde pierden el alma, y que tengamos esfuerzo y ánimo para acometer a una tan gran Majestad como sois Vos. ¿Qué es esto, bien mío? ¿qué es esto? ¿quién da estas fuerzas? ¿Por ventura el capitán a quien siguen en esta batalla contra Vos, no es vuestro siervo, y puesto en fuego eterno? ¿por qué se levanta contra Vos? ¿cómo da ánimo el vencido? ¿cómo siguen al que es tan pobre, que le echaron de las riquezas celestiales? ¿qué puede dar quien no tiene nada para sí, sino mucha desventura? ¿qué es esto, mi Dios? ¿qué es esto, mi Creador? ¿de dónde vienen estas fuerzas contra Vos, y tanta cobardía contra el demonio? ¡Aun si Vos, Príncipe mío, no favoreciérais a los vuestros! Aun si debiéramos algo a

este príncipe de las tinieblas, no llevaba camino, por lo que para siempre nos tenéis guardado, y ver todos sus gozos, y prometimientos falsos y traidores. ¿Qué ha de hacer con nosotros, quien lo fué contra Vos?

¡Oh ceguedad grande, Dios mío! ¡oh que grande ingratitud, Rey mío! ¡oh qué incurable locura, que sirvamos al demonio con lo que nos dais Vos, Dios mío! ¡Que paguemos el gran amor que nos tenéis con amar a quien ansí os aborrece, y ha de aborrecer para siempre; que la sangre que derramaste por nosotros, y los azotes y grandes dolores que sufristéis, y los grandes tormentos que pasastéis, en lugar de vengar a vuestro Padre Eterno, ya que Vos no queréis venganza, y lo perdonastéis de tan gran desacato como se usó con su Hijo, tomamos por compañeros y por amigos a los que ansí le trataron! Pues seguimos a su infernal capitán, claro está que hemos de ser todos unos, y vivir para siempre en su compañía, si vuestra piedad no nos remedia de tornarnos el seso y perdonarnos lo pasado.

¡Oh mortales, volved, volved en vosotros! Mirad a vuestro Rey, que ahora le hallaréis manso; acábese ya tanta maldad; vuélvanse vuestras furias y fuerzas contra quien os hace la guerra, y os quiere quitar vuestro mayorazgo. Tornad, tornad en vosotros, abrid los ojos,

pedid con grandes clamores y lágrimas luz a quien la dió al mundo. Entendeos, por amor de Dios, que vais a matar con todas vuestras fuerzas a quien por daros vida perdió la suya; mirad que es quien os defiende de vuestros enemigos. Y si todo esto no basta, básteos conocer que no podéis nada contra su poder, y que tarde o temprano habéis de pagar con fuego eterno tan gran desacato y atrevimiento. ¿Es porque veis a esta Majestad atado, y ligado con el amor que nos tiene? ¿Qué más hacían los que le dieron la muerte, sino después de atado darle golpes y heridas?

¡Oh mi Dios, cómo padecéis por quien tan poco se duele de vuestras penas! Tiempo vendrá, Señor, donde haya de darse a entender vuestra justicia, y si es igual, de la misericordia. Mirad, cristianos, considerémoslo bien, y jamás podremos acabar de entender lo que debemos a nuestro Señor Dios, y las magnificencias de sus misericordias. Pues si es tan grande su justicia, ¡ay dolor! ¡ay dolor! ¿qué será de los que hayan merecido que se ejecute, y resplandezca en ellos? E. 12.

37.—¡Oh cristianos, cristianos! mirad la hermandad que tenéis con este gran Dios; conocedle, y no le menospreciéis; que ansí como este mirar es agradable para sus amadores, es terrible, con espantable furia, para sus perse-

guidores. ¡Oh que no entendemos que es el pecado una guerra campal contra Dios de todos los sentidos del alma!; el que más puede, más traiciones inventa contra su Rey. E. 14.

38.—¡Oh hermanos, oh hermanos y hijos de este Dios! Esforcémonos, esforcémonos, pues sabéis que dice Su Majestad que en pesándonos de haberle ofendido, no se acordará de nuestras culpas y maldades. ¡Oh piedad tan sin medida! ¿Qué más queremos? ¿Por ventura hay quien no tuviera vergüenza de pedir tanto? Ahora es tiempo de tomar lo que nos da este Señor piadoso y Dios nuestro; pues quiere amistades, ¿quién las negará a quien no negó derramar toda su sangre y perder la vida por nosotros? Mirad que no es nada lo que pide, y que por nuestro provecho nos está bien el hacerlo. E. 14.

39.—Dios os libre de muchas maneras de paz que tienen los mundanos; nunca Dios nos la deje probar, que es para guerra perpetua. Cuando uno de los del mundo anda muy quieto, andando metido en grandes pecados, y tan sosegado en sus vicios, que en nada le remuerde la conciencia; esta paz, ya habéis leído, que es señal que el demonio y él están amigos; mientras viven, no les quiere dar guerra, porque según son malos por huir della, y no por amor de Dios, se tornarían algo a El. Mas los que

van por aquí, nunca duran en servirle; luego como el demonio lo entiende, tórnales a dar gusto a su placer, y tórnanse a su amistad, hasta que los tiene adonde les da a entender cuán falsa era su paz. En estos no hay que hablar; allá se lo hayan.

Ansí que, hijas, por muchos caminos lleva el Señor; mas siempre os temed, como he dicho, cuando no os doliere algo la falta que hiciéredes, que de pecado, aunque sea venial, ya se entiende os ha de llegar al alma, como, gloria a Dios, creo y veo lo sentís ahora. Notad una cosa, y esto se os acuerde por amor de mí. Si una persona está viva, poquito que la lleguen con un alfiler ¿no lo siente, o una espinita por pequeñita que sea? Pues si el alma no está muerta, sino que tiene vivo un amor de Dios, ¿no es merced grande suya, que cualquiera cosita que se haga contra lo que hemos profesado y estamos obligadas, se sienta? Oh, que es un hacer la cama Su Majestad de rosas y flores para Sí en el alma, a quien da este cuidado, y es imposible dejarse de venir a regalarla a ella, aunque tarde.

Entiéndanme las almas, de las que fueren escrupulosas, que no hablo por alguna falta alguna vez, o faltas, que no todas se pueden entender, ni aun sentir siempre; sino con quien las hace muy ordinarias, sin hacer caso, pare-

ciéndole nonada, y no la remuerde ni procura enmendarse de ésta. Torno a decir, que es peligrosa paz, y que estéis advertidas de ella. Pues ¿qué será de los que la tienen en mucha relajación de su Regla? No plega a Dios haya ninguna. De muchas maneras la debe dar el demonio, que lo permite Dios por nuestros pecados. Conc. 2.

40.—Hay unas personas que han ya alcanzado la amistad del Señor, porque confesaron bien sus pecados, y se arrepintieron, mas no pasan dos días que se tornan a ellos. Conc. 1.

41.—Procurad no ir al confesor cada vez a decir una falta.

Verdad es, que no podemos estar sin ellas mas siquiera múdense, porque no echen raíces, que serán más malas de arrancar, y aun podrán venir de ella a nacer otras muchas, que si una yerba o arbolillo ponemos y cada día le regamos, cuál se para tan grande, que para arrancarle después es menester pala y azadón. Ansí me parece es hacer cada día una falta, por pequeña que sea, si no nos enmendamos de ella; y si un día, o diez se pone, y se arranca luego, es fácil. En la oración lo habéis de pedir al Señor, que de nosotras poco podemos, antes añadiremos que se quitarán. Mirad que en aquel espantoso juicio de la hora de la muerte, no se

nos hará poco, en especial a las que tomó por esposas el Juez en esta vida. Conc. 2.

42.—Estando una noche en oración, comenzó el Señor a decirme algunas palabras, trayéndome a la memoria por ellas cuán mala había sido mi vida, que me hacían harta confusión y pena; porque, aunque no van con rigor, hacen un sentimiento y pena que deshacen, y siéntese más aprovechamiento de conocernos con una palabra de éstas, que en muchos días que nosotros consideremos nuestra miseria; porque trae consigo esculpida una verdad que no la podemos negar. Representóme las voluntades con tanta vanidad que había tenido, y díjome que tuviese en mucho querer que se pusiese en El voluntad que tan mal se había gastado, como la mía, y admitirla El. Otras veces me dijo que me acordase cuando parece tenía por honra el ir contra la suya. Otras, que me acordase lo que le debía, que cuando yo le daba mayor golpe, estaba El haciéndome mercedes. Si tenía algunas faltas, que no son pocas, de manera me las da Su Majestad a entender, que toda parece me deshago, y como tengo muchas, es muchas veces. Acaecíame reprehenderme el confesor, y quererme consolar en la oración, y hallar allí la reprehensión verdadera.

Pues tornando a lo que decía, como comenzó

el Señor a traerme a la memoria mi ruin vida, a vuelta de mis lágrimas, como yo entonces no había hecho nada, a mi parecer, pensé si me quería hacer alguna merced. Porque es muy ordinario, cuando alguna particular merced recibo del Señor, haberme primero deshecho a mí misma, para que vea más claro cuán fuera de merecerlas yo, son; pienso lo debe el Señor de hacer. Desde a un poco, fué tan arrebatado mi espíritu, que casi me pareció estaba del todo fuera del cuerpo; al menos no se entiende que se vive en él. Vi a la humanidad sacratísima con más excesiva gloria que jamás la había visto. Representóseme por una noticia admirable y clara estar metido en los pechos del Padre: esto no sabré yo decir cómo es, porque, sin ver, me pareció me vi presente de aquella Divinidad. Quedé tan espantada y de tal manera, que me parece pasaron algunos días que no podía tornar en mí; y siempre me parecía traía presente aquella majestad del Hijo de Dios, aunque no era como la primera. Esto bien lo entendía yo, sino que queda tan esculpido en la imaginación, que no lo puede quitar de sí, por en breve que haya pasado, por algún tiempo, y es harto consuelo y aún aprovechamiento.

Esta misma visión he visto otras tres veces. Es a mi parecer la más subida visión que el

Señor me ha hecho merced que vea, y trae consigo grandísimos provechos. Parece que purifica el alma en gran manera y quita la fuerza casi del todo a esta nuestra sensualidad. Es una llama grande, que parece abrasa y aniquila todos los deseos de la vida; porque ya que yo, gloria a Dios, no los tenía en cosas vanas, declaróseme aquí bien cómo era todo vanidad y cuán vanos, y cuán vanos son los señoríos de acá; y es un enseñamiento grande para levantar los deseos en la pura verdad. Queda imprimido un acatamiento que no sabré yo decir cómo, mas es muy diferente de lo que acá podemos adquirir. Hace un espanto a el alma grande de ver cómo osó, ni puede nadie osar ofender una Majestad tan grandísima. V. 38.

43.—Estaba una vez con grandísima pena porque sabía que una persona, a quien yo tenía mucha obligación, quería hacer una cosa harto contra Dios y su honra, y estaba ya muy determinado a ello. Era tanta mi fatiga, que no sabía qué remedio hacer para que lo dejase: ya parecía que no le había. Supliqué a Dios muy de corazón que le pusiese; mas hasta verlo no podía aliviarse mi pena. Fuíme, estando así, a una ermita bien apartada, que las hay en este monasterio, y estando en una, adonde está Cristo a la Columna, suplicándole me hiciese esta merced, oí que me hablaba una voz muy

suave, como metida en un silbo. Yo me espeluzné toda, que me hizo temor, y quisiera entender lo que me decía; mas no pude, que pasó muy en breve. Pasado mi temor, que fué presto, quedé con un sosiego y gozo y deleite interior, que yo me espanté que sólo oir una voz, que esto oirlo con los oídos corporales y sin entender palabra, hiciese tanta operación en el alma. En esto vi que se había de hacer lo que pedía, y ansí fué que se me quitó del todo la pena, en cosa que aún no era, como si lo viera hecho como fué después. Díjelo a mis confesores, que tenía entonces dos, hartos letrados y siervos de Dios. V. 39.

44.—Sabía que una persona que se había determinado a servir muy de veras a Dios, y tenido algunos días oración, y en ella le hacía Su Majestad muchas mercedes, y que por ciertas ocasiones que había tenido la había dejado, y aun no se apartaba de ellas, y eran bien peligrosas. A mí me dió grandísima pena por ser persona a quien quería mucho y debía; creo fué más de un mes que no hacía sino suplicar a Dios tornase esta alma a Sí. Estando un día en oración, vi un demonio cabe mí que hizo unos papeles que tenía en la mano pedazos con mucho enojo; a mí me dió gran consuelo, que me pareció se había hecho lo que pedía; y ansí fué, que después lo supe que

había hecho una confesión con gran contrición, y tornóse tan de veras a Dios, que espero en Su Majestad ha de ir siempre muy adelante. Sea bendito por todo. Amén.

En esto de sacar Nuestro Señor almas de pecados graves por suplicárselo yo, y otras traídolas a más perfección, es muchas veces. Y de sacar almas del purgatorio y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme y cansar a quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas que de cuerpos. Esto ha sido cosa muy conocida y que de ello hay hartos testigos. V. 39.

45.—Antes que se fundase este monasterio de San José en Malagón, cuatro o cinco meses, tratando conmigo un caballero principal, mancebo, me dijo que si quería hacer monasterio en Valladolid, que él daría una casa que tenía, con una huerta muy buena y grande, que tenía dentro una gran viña, de muy buena gana, y quiso dar luego la posesión; tenía harto valor. Yo la tomé, aunque no estaba muy determinada a fundarle allí, porque estaba casi un cuarto de legua del lugar; mas parecióme que se podría pasar a él, como allí se tomase la posesión; y como él lo hacía tan de gana, no quise dejar de admitir su buena obra ni estorbar su devoción.

Desde ha dos meses, poco más o menos, le dió un mal tan acelerado que le quitó el habla, y no se pudo bien confesar, aunque tuvo muchas señales de pedir al Señor perdón. Murió muy en breve harto lejos de donde yo estaba. Díjome el Señor que había estado su salvación en harta aventura, y que había habido misericordia de él por aquel servicio que había hecho a su Madre en aquella casa que había dado para hacer monasterio de su Orden, y que no saldría de purgatorio hasta la primera misa que allí se dijese, que entonces saldría. Yo traía tan presente las graves penas de esta alma, que aunque en Toledo deseaba fundar, lo dejé por entonces, y me di toda la prisa que pude para fundar como pudiese en Valladolid.

No pudo ser tan presto como yo deseaba, porque forzado me hube de detener en San José de Avila, que estaba a mi cargo, hartos días, y después en San José de Medina del Campo, que fuí por allí; adonde estando un día en oración, me dijo el Señor que me diese prisa, que padecía mucho aquel alma; que aunque no tenía mucho aparejo, lo puse por obra, y entré en Valladolid día de San Lorenzo. Y como vi la casa, dióme harta congoja, porque entendí era desatino estar allí monjas, sin muy mucha costa; y aunque era de gran recreación, por ser la huerta tan deleito-

sa, no podía dejar de ser enfermo, que estaba cabe el río.

Con ir cansada, hube de ir a misa a un monasterio de nuestra Orden, que estaba a la entrada del lugar; y era tan lejos, que me dobló más la pena. Con todo, no lo decía a mis compañeras por no desanimarlas; aunque flaca, tenía alguna fe, que el Señor, que me había dicho lo pasado, lo remediaría. Hice muy secretamente venir oficiales, y hacer comenzar a hacer tapias para lo que tocaba al recogimiento, y lo que era menester. Estaba con nosotras el clérigo que he dicho, llamado Julián de Avila, y uno de los dos frailes que queda dicho, que quería ser Descalzo, que se informaba de nuestra manera de proceder en estas casas. Julián de Avila entendía en sacar la licencia del Ordinario, que ya había dado buena esperanza antes que yo fuese. No se pudo hacer tan presto, que no viniese un domingo antes que estuviese alcanzada la licencia; mas diéronnosla para decir misa adonde teníamos para iglesia, y ansí nos la dijeron.

Yo estaba bien descuidada de que entonces se había de cumplir lo que se me había dicho de aquel alma; porque, aunque se me dijo a la primera misa, pensé que había de ser a la que se pusiese el Santísimo Sacramento. Viniendo el sacerdote a donde habíamos de comulgar,

con el Santísimo Sacramento en las manos, llegando yo a recibirle, junto al sacerdote se me representó el caballero que he dicho, con rostro resplandeciente y alegre, puestas las manos; me agradeció lo que había puesto por él para que saliese del purgatorio y fuese aquel alma al cielo. Y cierto, que la primera vez que entendí estaba en carrera de salvación, que yo estaba bien fuera de ello y con harta pena, pareciéndome que era menester otra muerte para su manera de vida; que aunque tenía buenas cosas, estaba metido en las del mundo. Verdad es que había dicho a mis compañeras, que traía muy delante la muerte. Gran cosa es lo que agrada a Nuestro Señor cualquier servicio que se haga a Su Madre, y grande es su misericordia. Sea por todo alabado y bendito, que ansi paga con eterna vida y gloria la bajeza de nuestras obras, y las hace grandes siendo de pequeño valor. F. 10.

46.—Una cosa se me ofrece ahora, que os quiero decir, porque conocí a la persona, y aun era casi deudo de deudos míos. Era gran jugador, y había aprendido algunas letras, que por éstas le quiso el demonio comenzar a engañar, con hacerle creer que la enmienda a la hora de la muerte no valía nada. Tenía esto tan fijo, que en ninguna manera podían con él que se confesase, ni bastaba cosa, y estaba el

pobre en extremo afligido y arrepentido de su mala vida; mas decía, que para qué se había de confesar, que él veía que estaba condenado. Un fraile dominico, que era su confesor y letrado, no hacía sino argüirle; mas el demonio le enseñaba tantas sutilezas, que no bastaba. Estuvo ansí algunos días, que el confesor no sabía qué se hacer, y debíale encomendar harto al Señor él y otros, pues tuvo misericordia de él.

Apretándole ya el mal mucho, que era dolor de costado, torna allá el confesor, y debía de llevar pensadas más cosas con que argüir, y aprovechara poco, si el Señor no hubiera piedad de él para ablandarle el corazón; y como lo comenzó a hablar y a darle razones, sentóse sobre la cama, como si no tuviera mal, y díjole: «Qué, en fin, ¿decís que me puede aprovechar la mi confesión? Pues yo la quiero hacer.» Hizo llamar un escribano o notario, que de esto no me acuerdo, e hizo un juramento muy solemne de no jugar más, y de enmendar su vida, que lo tomasen por testimonio, y confesóse muy bien, y recibió los Sacramentos con tal devoción, que, a lo que se puede entender según nuestra fe, se salvó. Plega a Nuestro Señor, hermanas, que nosotras hagamos la vida como verdaderas hijas de la Virgen, y guardemos nuestra profesión, para que Nuestro Señor nos haga

la merced que nos ha prometido. Amén. F. 16.

47.—Tenga presente la vida pasada para llorarla, y la tibieza presente, y lo que le falta por andar de aquí al cielo, para vivir con temor, que es causa de grandes bienes. A. 48.

48.—Hame venido una determinación muy grande de no ofender a Dios ni venialmente, que antes moriría mil muertes que tal hiciese, entendiendo que lo hago. R. 1.

49.—Y si lo contrario hiciese, me parece no tendría cara para pedir nada a Dios Nuestro Señor, ni para tener oración, aunque en todo esto hago muchas faltas e imperfecciones. R. 1.

50.—Si veo en algunas personas algunas cosas que a la clara parecen pecados, no me puedo determinar que aquéllos hayan ofendido a Dios; y si algo me detengo en ello, que es poco o nada, nunca me determinaba, aunque lo veía claro: parecíame que el cuidado que yo traigo de servir a Dios, traen todos. Y en esto me ha hecho gran merced, que nunca me detengo en cosa mala, que se me acuerde después, y si se me acuerda, siempre veo otra virtud en la tal persona. Así que nunca me fatigan estas cosas, sino es lo común, y las herejías, que muchas veces me afligen, y, casi siempre que pienso en ellas, me parece que solo esto es trabajo de sentir. R. 3.

51.—De las mercedes *que la hace Dios* mu-

chas veces se acuerda; mas no puede detenerse allí mucho como en los pecados, que siempre están atormentándola como en cieno de mal olor. R. 4.

52.—El haber tenido tantos pecados y servido a Dios tan poco, debe ser causa de no ser tentada de vanagloria. R. 6.

53.—Como esté segura de ofensa de Dios de esa persona, que no son otros mis temores, porque he visto grandes caídas y peligros en este caso, y quiero esa alma mucho (que parece me ha dado Dios ese cuidado) y mientras más sencilla, más la temo: y así gusto mucho de que guste en parte segura; aunque cierto en esta vida no hay, ni es bien asegurarnos, que estamos en guerra, y rodeados de muchos enemigos. Ep. 45.

54.—Guárdame tanto Dios en no ofenderle, que, cierto, algunas veces me espanto, que me parece veo el gran cuidado que trae de mí, sin poner yo en ello casi nada, siendo un piélago de pecados y maldades antes de estas cosas, y sin parecerme era señora de mí para dejarlas de hacer. Y para lo que yo querría se supiesen, es para que se entienda el gran poder de Dios. Sea alabado por siempre jamás. Amén. R. 3.

55.—Si una persona está viva, poquito que la lleguen con un alfiler ¿no lo siente, o una espinita por pequeña que sea? Pues si el alma no

está muerta, sino que tiene vivo un amor de Dios, ¿no es merced grande suya que cualquiera cosita que haga contra lo que hemos profesado y estamos obligados, se sienta? Conc. 2.

56.—En pecando uno mortalmente, es del demonio. Ep. 34.

Por subida que esté un alma en la cumbre de la perfección, si torna atrás y a hacer ofensas a Dios, todo lo pierde. M. IV, 3.

57.—Todas las buenas obras que hiciere [una persona] estando ansí en pecado mortal, son de ningún fruto para alcanzar gloria, porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de El, no pueden ser agradables a sus ojos. M. I, 2.

58.—Ansí como de una fuente muy clara lo son todos los arroyicos que salen de ella, como es un alma que está en gracia y sus obras tan agradables a los ojos de Dios y de los hombres, ansí el alma, que por su culpa se aparta de esta fuente, y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la misma desventura y suciedad. M. I, 2.

59.—Es peligrosa cosa contentarnos ni traer sosiego ni contento el alma que anda cayendo a cada paso en pecado mortal. V. 32.

60.—Quien pensase está sin pecado, se engaña, y es ansí. Ep. 74.

Pues cae siete veces el justo, sería mentir decir que no tenemos pecado, que, aunque no sea en lo mismo que nos culpan, nunca estamos sin culpa del todo, como lo estaba el buen Jesús. C. 22.

61.—Pluguiese a Su Majestad temiésemos a quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial, que de todo el infierno junto, pues ello es ansí. V. 25.

62.—Siempre os temed, cuando no os doliere algo la falta que hiciéreis. Conc. 2.

63.—No tenemos seguro si [cayendo en graves pecados] nos dará Dios la mano para salir de ellos, y hacer penitencia, como la hicieron los santos. M. III, 1.

64.—De caer [en pecado mortal] es de lo que hemos de andar temerosos, y lo que hemos de pedir a Dios en nuestras oraciones; porque si El no guarda la ciudad, en vano trabajaremos, pues somos la misma vanidad. M. I, 2.

65.—De pecado que se hace muy de advertencia, por muy chico que sea, Dios nos libre de él. C. 37.

66.—Es peor la recaída que la caída. M. II, 1.

67.—Tomemos particular cuidado de rogar [a Dios y a su Madre] por los que están en pecado mortal, que es grandísima limosna... Siempre tengamos acuerdo en nuestras oraciones de almas semejantes. M. VII, 1.

Jhs.

V

INFIERNO

1.—En cosa que es infierno no hay que nos cansar en decir mal, que no se puede encarecer el menor mal de él. C. 7.

2.—Si a los condenados les pusiesen cuantos deleites hay en el mundo delante, no bastarían para darles alivio, antes les acrecentaría el tormento. M. VI, 1.

3.—Para librarnos del infierno merecido, todo es poco [cuanto hagamos]. M. VI, 1.

4.—¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados, que no se le hagan deleites los tormentos de acá en su comparación? V. 26.

5.—No sé cómo podemos sosegar viendo tantas almas como lleva cada día consigo el demonio. V. 32.

6.—Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma, de las muchas que allí [en Francia] se perdían. C. 1.

7.—Si vemos acá una persona que bien que-

remos, en especial con un gran trabajo o dolor, parece que nuestro mismo natural nos convida a compasión, y si es grande, nos aprieta a nosotros; pues ver a un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena. V. 32.

8.—Pues consideremos, hermanas, aquellos que están en el infierno, que no están con esta conformidad, ni con este contento y gusto que pone Dios en el alma, ni viendo ser ganancioso este padecer, sino que siempre padecen más y más; digo más y más cuanto a las penas accidentales. Siendo el tormento del alma tan más recio que los del cuerpo, y los que ellos pasan, mayores sin comparación que éste que aquí hemos dicho, y éstos, ver que han de ser para siempre jamás, ¿qué será de estas desventuradas almas? ¿y qué podemos hacer en vida tan corta, ni padecer, que sea nada para librarnos de tan terrible y eternales tormentos? Yo os digo que será imposible dar a entender cuán sentible cosa es el padecer del alma, y cuán diferente al del cuerpo, si no se pasa por ello; y quiere el mismo Señor que lo entendamos, para que más conozcamos lo muy mucho que le debemos en traernos a estado, que, por su misericordia, tenemos esperanza de que nos ha de librar y perdonar nuestros pecados. M. VI, 11.

9.—Estaba una vez en un oratorio, y apareciómе hacia el lado izquierdo [el demonio] de abominable figura; en especial miré la boca, porque me habló, que la tenía espantable. Parecía le salía una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara sin sombra. Díjome espantablemente que bien me había librado de sus manos, mas que él me tornaría a ellas. Yo tuve gran temor, y santigüéme como pude, y desapareció, y tornó luego. Por dos veces me acaeció esto. Yo no sabía qué me hacer; tenía agua bendita, y echéla hacia aquella parte, y nunca más tornó. V. 31.

10.—¿Qué será de la pobre alma, que acabada de salir de tales dolores y trabajos, como son los de la muerte, cae luego en [sus manos?] ¡Qué mal descanso le viene! ¡qué despedazada irá al Infierno! ¡qué multitud de serpientes de diferentes maneras! ¡qué temeroso lugar! ¡qué desventurado hospedaje! Pues para una noche una mala posada se sufre mal, si es persona regalada que son los que más deben de ir allá; pues, posada de para siempre, para sin fin ¿qué pensáis sentirá aquella triste alma?

Que no queramos regalos, hijas; bien estamos aquí; todo es una noche la mala posada. Alabemos a Dios; esforcémonos a hacer penitencia en esta vida. Mas ¡qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados la tiene

hecha, y no ha de ir al purgatorio! Como desde acá aun podrá ser comience a gozar de la gloria, no verá en sí temor, sino toda paz.

Ya que no lleguemos a esto, hermanas, supliquemos a Dios, si vamos a recibir luego penas, sea adonde con esperanza de salir de ellas las llevemos de buena gana, y adonde no perdamos su amistad y gracia, y que nos la dé en esta vida para no andar en tentación, sin que lo entendamos. C. 40.

11.—Aunque es grande la misericordia de Dios, que por mal que vivan los cristianos, se pueden enmendar y salvarse; temo que se condenan muchos. M. V, 2.

12.—¿Qué podemos hacer en esta vida tan corta ni padecer, que sea nada para librarnos de tan terribles y eternales tormentos? M. VI, 11.

13.—Otra vez me acaeció ansí otra cosa que me espantó muy mucho. Estaba en una parte adonde se murió cierta persona que había vivido harto mal, según supe, y muchos años. Mas había dos que tenía enfermedad, y en algunas cosas parece estaba con enmienda. Murió sin confesión, mas con todo esto no me parecía a mí que se había de condenar. Estando amortajando el cuerpo, vi muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecía que jugaban con él, y hacían también justicias en él, que a mí me puso gran pavor; que con garfios grandes

le traían de uno en otro. Como le vi llevar a enterrar con la honra y ceremonias que a todos, yo estaba pensando la bondad de Dios cómo no quería fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga.

Estaba yo medio boba de lo que había visto. En todo el Oficio no vi más demonio; después, cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo, y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquel alma cuando ansí se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera el Señor que esto que yo vi, cosa tan espantosa, vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien. Todo esto me hace más conocer lo que debo a Dios y de lo que me he librado. Anduve harto temerosa hasta que lo traté con mi confesor, pensando si era ilusión del demonio para infamar aquel alma, aunque no estaba tenida por de mucha cristiandad; verdad es qué, aunque no fuese ilusión, siempre me hace temor cuando se me acuerda. V. 38.

14.—¡Qué será de los pobres que están en el infierno, que no se han de mudar para siempre, que aunque sea de trabajo a trabajo parece es algún alivio! A mí me ha acaecido tener un dolor en una parte muy recio, y aunque me diese

en otra otro tan penoso, me parece alivio mudarse; ansí fué aquí. A mí ninguna pena, que me acuerde, me daba verme mala; las hermanas lo padecían harto más que yo. Fué el Señor servido que no duró más de aquel día lo muy recio. F. 24.

15.—La oración que Dios le da es mayor sin comparación que el pensar en el infierno, y así no podrá, aunque quiera, ni lo quiera, que no hay para qué. Ep. 137.

16.—Después de mucho tiempo que el Señor me había hecho ya muchas de las mercedes que he dicho, y otras muy grandes, estando un día en oración, me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el Infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fué en brevísimo espacio; mas, aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo, y oscuro y angosto; el suelo me pareció de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él; al cabo estaba una concavidad metida en una pared, a manera de una alacena, a donde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en compa-

ración de lo que allí sentí. Esto que he dicho va mal encarecido.

Estotro me parece que, aun principio de encarecerse como es, no le puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es. Los dolores corporales tan incomportables, que, con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y, según dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar, porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar.

Esto no es, pues, nada en comparación de el agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer. Porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco, porque aun parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar a lo que me parece, y digo

que aquel fuego y desesperación interior es lo peor.

Estando en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en éste como agujero hecho en la pared; porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga; no hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que, con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena, todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno; después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo. Cuanto a la vista, muy más espantosos me parecieron, mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor; que en esta visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fué, mas bien entendí ser gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia. Porque no es nada oirlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos, aunque pocas, que por temor no se llevaba bien mi alma, ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra

cosa. En fin, como de dibujo a la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá.

Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es ansí que me parece el calor natural me falta de temor aquí a donde estoy. Y ansí no me acuerdo vez que tengo trabajo ni dolores, que no me parezca nonada todo lo que acá se puede pasar; y ansí me parece, en parte, que nos quejamos sin propósito. Y ansí, torno a decir, que fué una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, ansí para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarme a padecerlas y dar gracias al Señor, que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.

Después acá, como digo, todo me parece fácil en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí. Espántame cómo habiendo leido muchas veces libros a donde se da algo a entender las penas del infierno, cómo no las temía, ni tenía en lo que son. ¿A dónde estaba? ¿cómo me podía dar cosa descanso de lo que me acarreaba ir a tan mal lugar? Seáis bendito, Dios mío, por siempre. Y ¡cómo se ha parecido que me queríais Vos mucho más a mí que yo me quiero! ¡Qué

de veces me librásteis de cárcel tan tenebrosa, y cómo me tornaba yo a meter en ella contra vuestra voluntad!

De aquí también gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan, de estos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia, y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto a mí, que por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes de buena gana. Miro que si vemos acá una persona que bien queremos, en especial, con un gran trabajo o dolor, parece que nuestro mismo natural nos convida a compasión, y si es grande nos aprieta a nosotros. Pues ver a un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena; pues acá con saber que, en fin, se acabará con la vida y que ya tiene término, aun nos mueve a tanta compasión, estotro que no le tiene, no sé cómo podemos sosegar viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

Esto también me hace desear que en cosa que tanto importa no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte; no dejemos nada, y plega a el Señor sea servido de darnos gracia para ello. Cuando yo considero que, aunque era tan ma-

lísima, traía algún cuidado de servir a Dios y no hacía algunas cosas que veo que, como quien no hace nada, se las tragan en el mundo, y en fin, pasaba grandes enfermedades y con mucha paciencia, que me la daba el Señor (no era inclinada a murmurar, ni a decir mal de nadie, ni me parece podía querer mal a nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que, aunque era tan ruin, traía temor de Dios lo más continuo, y veo a dónde me tenían ya los demonios aposentada, y es verdad que, según mis culpas, aún me parece merecía más castigo; mas con todo, digo que era terrible tormento, y que es peligrosa cosa contentarnos, ni traer sosiego ni contento el alma que anda cayendo a cada paso en pecado mortal, sino que, por amor de Dios, nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará como ha hecho a mí. Plega a Su Majestad que no me deje de su mano para que yo torne a caer, que ya tengo visto a dónde he de ir a parar. No lo permita el Señor, por quien Su Majestad es. Amén. V. 32.

17.—¡Oh, válame Dios! ¡Oh, válame Dios! ¡Qué gran tormento es para mí, cuando considero, qué sentirá un alma, que siempre ha sido acá tenida, y querida, y servida, y estimada y

regalada, cuando, en acabando de morir, se vea ya perdida para siempre y entienda claro que no ha de tener fin; que allí no le valdrá querer no pensar las cosas de la fe, como acá ha hecho, y se vea apartar de lo que le parecerá que aún no había comenzado a gozar!

Y con razón, porque todo lo que con la vida se acaba es un soplo, y rodeada de aquella compañía disforme y sin piedad, con quien siempre ha de padecer, metida en aquel lago hediondo, lleno de serpientes, que la que más pudiere la dará mayor bocado; en aquella miserable oscuridad, a donde no verán sino lo que les dará tormento y pena, sin ver luz, sino la de una llama tenebrosa.

¡Oh qué poco encarecido va para lo que es! ¡Oh, Señor, ¿quién puso tanto lodo en los ojos de esta alma, que no haya visto esto hasta que se vea allí? ¡Oh, Señor! ¿quién ha tapado sus oídos para no oir las muchas veces que se le había dicho esto, y la eternidad de estos tormentos? ¡Oh vida que no se acabará! ¡Oh tormento sin fin! ¡oh tormento sin fin! ¿cómo no os temen los que temen dormir en una cama dura, por no dar pena a su cuerpo?

¡Oh Señor, Dios mío! Lloro el tiempo que no lo entendí; y pues sabéis, mi Dios, lo que me fatiga ver los muy muchos que hay que no quieren entenderlo, siquiera uno, Señor, si

quiera uno que ahora os pido, alcance luz de Vos, que sería para tenerla muchos. No por mí, Señor, que no lo merezco, sino por los méritos de vuestro Hijo; mirad sus llagas, Señor, y pues El perdonó a los que se las hicieron, perdonadnos Vos a nosotros. E. 11.

Jhs.

VI

MUERTE, JUICIO Y GLORIA

Muerte.—1.—Todo se pasa tan presto, que más habíamos de traer el pensamiento en cómo morir, que no en cómo vivir. Ep. 295.

2.—Yo no quisiera hablar en la muerte de mi señora la Duquesa de Medinaceli, por si V. S. no lo sabe. Después me parece, que cuando ésta llegue lo sabrá: no querría tomase pesar, pues a todos los que la querían bien hizo el Señor merced, y a ella más en llevársela tan presto, porque con el mal que tenía la viera morir mil veces. Era su señoría tal, que vivirá para siempre. Ep. 35.

3.—Corta es la vida, un momento nos queda de trabajo. Ep. 14.

4.—Sepa que después que escribí a vuestra merced ahora, murió el hijo de Cueto; harto mozo: no hay que fiar en esta vida; así me consuela cada vez que me acuerdo, cuán entendido lo tiene vuesa merced.

Deseo que entienda la merced que le hizo Dios en dar tal muerte a la señora doña Juana. Acá se ha encomendado a nuestro Señor y hecho las honras en todos nuestros monasterios; y espero en Su Majestad, que ya no la ha menester. Mucho procure vuestra merced desechar esa pena. Mire que es muy de los que no se acuerdan de que hay vida para siempre sentir tanto a los que van a vivir, salidos de estas miserias. Ep. 18.

5.—Sepa que Isabel de los Angeles se llevó el Señor; y una muerte, que si hubiera quien la pasara como ella, se tuviera por santa. Cierto ella se fué con Dios, y yo me estoy acá hecha una cosa sin provecho. He tenido tres semanas un romadizo terrible con hartas indisposiciones. Ep. 46.

6.—Se pasan todas las cosas de la vida; y cuando de esto me acuerdo, cualquier dessabor se lleva bien. Ep. 48.

7.—Cada día entiendo más la merced que me hace nuestro Señor en tener entendido el bien que hay en padecer, para llevar con quietud el poco contento que hay en las cosas de esta vida, pues son de tan poca dura. Ep. 59.

8.—Los contentos de esta vida todos son con trabajos, para que no nos embebamos en ellos. Ep. 65.

9.—Espántanme las cosas de Dios, traerme

ahora aquí los que tan lejos parecía. No lloren por el que está en el cielo, sino den gracias al Señor que ha traído a estotros. Ep. 65.

10.—No sabemos los sucesos de esta vida, y lo más cierto es lo más seguro. Ep. 113.

11.—Vuestra merced no se considere vida muy larga, pues todo es corto lo que se acaba tan presto. Ep. 135.

12.—Su Majestad nos oiga, que harto se le encomienda, y a vuestra merced dé conformidad con todo lo que hiciere, y luz para entender cuán poco duran los descansos ni los trabajos de esta vida. Ep. 137.

13.—Todo se ha de acabar tan presto, que si tuviésemos la razón despierta y con luz, no era posible sentir los que mueren conociendo a Dios, sino holgáramos de su bien. Ep. 190.

14.—Cuanto a las contiendas, que dice, de las opiniones, me he holgado mucho que vuestra paternidad haya sustentado lo mejor, que aunque esos padres tendrán bastantes razones, más terrible cosa es en aquella hora no hacer todo lo que es más seguro, sino acordarse de puntos de honra, que ya allí se acaba la del mundo, y se comienza a entender lo que nos importa sólo mirar la honra de Dios. Ep. 288.

15.—Yo no sé de dónde sabe que se ha de morir presto, ni para qué piensa esos desati-

nos, ni le aprieta lo que no será. Fíe de Dios, que es verdadero amigo, que ni faltará a sus hijos ni a vuestra merced. Ep. 214.

16.—Sepa que ha sido servido en llevar consigo a su buen amigo y servidor Lorenzo de Cepeda. Dióle un flujo de sangre tan apresuradamente que le ahogó, que no duró seis horas.

Había comulgado dos días había, y murió con sentido encomendándose a nuestro Señor. Yo espero su misericordia, se fué a gozar de El; porque estaba ya de suerte, que si no era tratar en cosas de su servicio, todo le cansaba, y por esto holgaba de estarse en aquella su heredad, que era una legua de Avila: decía que andaba corrido de andar en cumplimientos.

Su oración era ordinaria, porque siempre andaba en la presencia de Dios, y Su Majestad le hacía tantas mercedes, que algunas veces me espantaba. A penitencia tenía mucha inclinación, y así hacía más de la que yo quisiera; porque todo lo comunicaba conmigo, que era cosa extraña el crédito que de lo que yo le decía tenía, y procedía del mucho amor que me había cobrado. Yo se lo pago en holgarme, que haya salido de vida tan miserable, y que esté ya en seguridad. Ep. 295.

17.—Sea Dios alabado que de tantas mane-

ras nos hace mercedes. Crea, hermana mía, que es grande la del padecer. Considere que todo se acaba tan pronto como ha visto, y tenga ánimo; mire qne la ganacia no tiene fin. Ep. 299.

18.—Esto me ha consolado ahora en la muerte de esta santa señora, mi señora la marquesa de Velada, que la he sentido muy tiernamente, que lo más de su vida fué de cruz; y así espero en Dios está gozándose ya en aquella eternidad, que no tiene fin. Vuestra merced se anime, que cuando se pasen estos trabajos, y será presto con el favor de Dios, se holgará vuestra merced y el Sr. Albornoz de haberlos pasado, y sentirán el provecho en sus almas. Ep. 302.

19.—Vuestra reverencia haga encomienden todas a Dios a el P. Fr. Pedro Fernández, que está muy al cabo: mire que se lo debemos mucho, y ahora nos hace gran falta. Ep. 305.

20.—Yo me veo con poca salud, y aunque tuviese mucha no es razón tener seguridad en vida, que tan presto se acaba; así me ha parecido escribir esta relación de lo que se ha de hacer, si es Dios servido. Ep. 304.

21.—Dijéronme era muerto un nuestro Provincial, que había sido, y cuando murió lo era de otra provincia, a quien yo había tratado y debido algunas buenas obras. Era persona de

muchas virtudes. Como lo supe que era muerto, dióme mucha turbación, porque temí su salvación, que había sido veinte años prelado, cosa que yo temo mucho, cierto, por parecerme cosa de mucho peligro tener cargo de almas, y con mucha fatiga me fuí a un oratorio. Dile todo el bien que había hecho en mi vida, que sería bien poco, y ansí lo dije a el Señor que supliesen los méritos suyos lo que había menester aquel alma para salir del Purgatorio.

Estando pidiendo esto a el Señor, lo mejor que yo podía, parecióme salía del profundo de la tierra a mi lado derecho, y vile subir al cielo con grandísima alegría. El era ya bien viejo, mas vile de edad de treinta años, y aun menos me pareció, y con resplandor en el rostro. Pasó muy en breve esta visión; mas en tanto extremo quedé consolada, que nunca me pudo dar más pena su muerte, aunque veía fatigadas personas hartas por él que era muy bienquisto. Era tanto el consuelo que tenía mi alma, que ninguna cosa se me daba, ni podía dudar en que era buena visión; digo que era ilusión. Había no más de quince días que era muerto; con todo, no descuidé de procurar le encomendasen a Dios y hacerlo yo, salvo qne no podía con aquella voluntad que si no hubiera visto esto; porque, cuando ansí el Señor me lo muestra, y después las quiero encomendar a Su

Majestad, paréceme, sin poder más, que es como dar limosna al rico. Después supe, porque murió bien lejos de aquí, la muerte que el Señor le dió, que fué de tan gran edificación que a todos dejó espantados del conocimiento, y lágrimas y humildad con que murió. V. 38.

22.—Habíase muerto una monja en casa había poco más de día y medio, harto sierva de Dios. Estando diciendo una lección de difuntos una monja, que se decía por ella en el coro, yo estaba en pie para ayudarla a decir el verso. A la mitad de la lección la vi que me pareció salía el alma de la parte que la pasada, y que se iba al cielo. Esta no fué visión imaginaria, como la pasada, sino como otras que he dicho; mas no se duda más que las que se ven. V. 38.

23.—Si no estuviéramos asidos a nada, ni tuviésemos puesto nuestro contento en cosa de la tierra, esto templaría el miedo de la muerte. V. 21.

24.—Los que de veras amaren a Dios y hubieren dado de mano a las cosas de esta vida, más suavemente deben morir. V. 38.

25.—Póngalo todo en las manos de Dios, que Su Majestad hará lo que más conviene. Harto gran consuelo es ver muerte, que tan cierta seguridad nos pone que vivirá para siempre. Ep. 130.

26.—Supliquemos al Señor, si vamos a recibir luego penas, sea a donde con esperanza de salir de ellas las llevemos de buena gana, y a donde no perdamos su amistad. C. 17.

27.—Siempre el pensamiento en lo que dura para siempre, y de lo de acá ningún caso hagamos, que aun para lo que se vive no es durable. Ep. 47.

28.—Dos horas son de vida; grandísimo el premio; y cuando no viniera ninguno, sino cumplir lo que nos aconsejó el Señor era grande la paga. C. 2.

29.—¡Oh, Jesús, qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve! Breve es, mi Dios, para ganar con ella la vida que no se puede acabar; más muy larga para el alma que se desea ver en la presencia de su Dios. Ep. 15.

Juicio.—30.—¡Oh poderoso Dios mío! Pues aunque no queramos, nos habéis de juzgar, ¿por qué no miramos lo que nos importa teneros contento para aquella hora? Mas ¿quién, quién no querrá Juez tan justo? Bienaventurados los que en aquel temeroso punto se alegraren con Vos, ¡oh Dios y Señor mío! E. 3.

31.—Temerosa cosa es la hora de la muerte. Ya sabéis, Señor mío, que muchas veces me hacía a mí más temor acordarme si había de ver vuestro divino rostro airado contra mí en este espantoso día del juicio final, que todas

las penas y furias del infierno que se representaban, y os suplicaba me valiese vuestra misericordia de cosa tan lastimosa para mí, y ansí os lo suplico ahora, Señor. ¿Qué me puede venir en la tierra que llegue a esto? Todo junto lo quiero, mi Dios, y líbrame de tan gran aflicción. E. 13.

32.—Jesús. Sea con vuestra reverencia el Espíritu Santo, hija mía, y déle estas Pascuas un grandísimo amor suyo, para que no sienta tanto el mal. Sea Dios bendito que a muchos les parecerá las tiene muy buenas con salud y contentos y regalos, y serán malas para el día que hayan de dar la cuenta a Dios. De esto puede vuestra reverencia ahora estar bien descuidada, que está ganando en esa cama gloria y más gloria. Ep. 132.

33.—Nunca he tenido miedo de los tormentos del infierno, que fuesen nada en comparación de cuando me acordaba que habían los condenados de ver airados estos ojos tan hermosos y mansos y benignos del Señor, que no parece lo podía sufrir mi corazón. Esto ha sido toda mi vida. M. VI, 9.

34.—Pues si viniendo aquí tan de amistad a tratar con vuestra esposa, pone el miraros tanto temor ¿qué será cuando con tan rigurosa voz dijéreis: Id malditos de mi Padre?

Quédenos ahora esto en la memoria. M. VI, 9.

35.—¡Mirad que en aquel espantoso juicio de la hora de la muerte, no se nos hará poco, en especial a las que tomó por esposas el juez de la vida! ¡Oh gran dignación de Dios, digna de despertarnos para andar con diligencia y contentar a este Señor y Rey nuestro! Conc. 2.

¡Qué será el día del juicio ver esta majestad de este Rey, y verle con rigor para los malos! V. 29.

¡Oh, Señor, cómo os desconocemos los cristianos! ¡Qué será aquel día cuando vengáis a juzgar! M. VI, 9.

Cielo.—36.—Después que el Señor me ha dado a entender la diferencia que hay en el cielo de lo que gozan unos a lo que gozan otros, cuán grande es, bien veo que también acá no hay tasa en el dar, cuando el Señor es servido, y ansí no querría yo la hubiese en servir yo a Su Majestad y emplear toda mi vida y fuerzas y salud en esto, y no querría por mi culpa perder un tantito de más gozar. Y digo ansí que si me dijesen cuál quiero más, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él y después subir un poquito más en gloria, o sin ninguno irme a un poco de gloria más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantito de gozar más de entender las grandezas de Dios, pues veo que quien más le entiende, más le ama y le alaba.

No digo que no me contentaría y tendría por muy venturosa de estar en el cielo, aunque fuese en el más bajo lugar; pues quien tal le tenía en el infierno, harta misericordia me haría en esto el Señor, y plega a Su Majestad vaya yo allá y no mire a mis grandes pecados. Lo que digo es que, aunque fuese a muy gran costa mía, si pudiese y el Señor me diese gracia para trabajar mucho, no querría por mi culpa perder nada. ¡Miserable de mí que con tantas culpas lo tenía perdido todo! V. 37.

37.—¡Oh almas que ya gozáis sin temor de vuestro gozo, y estáis siempre embebidas en alabanzas de mi Dios! Venturosa fué vuestra suerte. Qué gran razón tenéis de ocuparos siempre en estas alabanzas, y qué envidia os tiene mi alma, que estáis ya libres del dolor que dan las ofensas tan grandes que en estos desventurados tiempos se hacen a mi Dios, y de ver tanto desagradecimiento, y de ver que no se quiere ver esta multitud de almas que lleva Satanás. ¡Oh bienaventuradas ánimas celestiales! Ayudad a nuestra miseria, y sednos intercesores ante la divina misericordia, para que nos dé algo de vuestro gozo, y reparta con nosotras de ese claro conocimiento que tenéis.

¡Oh ánimas bienaventuradas, que también os supistes aprovechar, y comprar heredad tan deleitosa y permaneciente con este precioso

precio!, decidnos: ¿cómo granjeábais con el Bien tan sin fin? Ayudadnos, pues estáis tan cerca de la fuente, coged agua para los que acá perecemos de sed. E. 13.

38. — Había una vez estado ansí más de un hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí. Díjome. *Mira, hija, qué pierden los que son contra Mí; no dejes de decírselo.* ¡Ay, Señor mío, y qué poco aprovecha mi dicho a los que sus hechos los tienen ciegos, si Vuestra Majestad no les da luz. A algunas personas que Vos la habéis dado, aprovechádose han de saber vuestras grandezas; mas venlas, Señor mío, mostradas a cosa tan ruin y miserable, que tengo yo en mucho que haya habido nadie que me crea. Bendito sea vuestro Nombre y misericordia, que, al menos, a mí conocida mejoría he visto en mi alma. Después quisiera ella estarse siempre allí y no tornar a vivir, porque fué grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá. Parecíame basura, y veo yo cuán bajamente nos ocupamos los que nos detenemos en ello.

Cuando estaba con aquella señora que he dicho *(Doña Luisa de la Cerda)*, me acaeció una vez, estando yo mala del corazón, porque, como he dicho, le he tenido recio aunque ya no lo es, como era de mucha caridad, hízome

sacar joyas de oro y piedras, que las tenía de gran valor, en especial una de diamantes que apreciaban en mucho. Ella pensó que me alegraran: yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo misma lo quisiese procurar, tener en algo a quellas cosas, si el Señor no me quitaba la memoria de otras. V. 38.

39.—Muestra Su Majestad estas verdades de manera, que quedan tan imprimidas que se ve claro no lo pudiéramos por nosotros de aquella manera en tan breve tiempo adquirir. Quedóme también poco miedo a la muerte, a quien yo siempre temía mucho; ahora paréceme facilísima cosa para quien sirve a Dios, porque en un momento se ve el alma libre de esta cárcel y puesta en descanso. Que este llevar Dios el espíritu y mostrarle cosas tan excelentes en estos arrebatamientos, paréceme a mí conforma mucho a cuando sale un alma del cuerpo, que en un instante se ve en todo este bien.

Dejemos los dolores de cuando se arranca, que hay poco caso que hacer de ellos; y a los que de veras amaren a Dios y hubieren dado de mano a las cosas de esta vida, más suavemente deben de morir. V. 38.

40.—También me parece me aprovechó mu-

cho para conocer nuestra verdadera tierra y ver que somos acá peregrinos, y es gran cosa ver lo que hay allá y saber adonde hemos de vivir. Porque si uno ha de ir a vivir de asiento a una tierra, esle gran ayuda para pasar el trabajo del camino haber visto que es tierra adonde ha de estar muy a su descanso, y también para considerar las cosas celestiales y procurar que nuestra conversación sea allá, hácese con facilidad. Esto es mucha ganancia, porque sólo mirar el cielo recoge el alma, porque como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estáse pensando; y acaéceme algunas veces ser los que me acompañan y con los que me consuelo, los que sé que allá viven, y parecerme aquéllos verdaderamente los vivos, y los que acá viven, tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquellos ímpetus. V. 38.

41.—Todo me parece sueño lo que veo, y que es burla, con los ojos del cuerpo; lo que he ya visto con los de el alma, es lo que ella desea, y como se ve lejos, éste es el morir. En fin, es grandísima la merced que el Señor hace a quien da semejantes visiones, porque la ayuda mucho, y también a llevar una pesada cruz, porque todo no la satisface, todo le da en rostro. Y si el Señor no permitiese a veces se olvidase, aunque se torna a acordar, no sé como se po-

dría vivir. Bendito sea y alabado por siempre jamás. Plega a su Majestad por la sangre que su hijo derramó por mí, que ya que ha querido entienda algo de tan grandes bienes, y que comience en alguna manera a gozar de ellos, no me acaezca lo que a Lucifer, que por su culpa lo perdió todo. No lo permita por quien El es, que no tengo poco temor algunas veces; aunque por otra parte, y lo muy ordinario, la misericordia de Dios me pone seguridad, que, pues me ha sacado de tantos pecados, no querrá dejarme de su mano para que me pierdan. V. 38.

42.—Otra vez vi estar a Nuestra Señora poniendo una capa muy blanca a el Presentado de esta misma Orden, de quien he tratado algunas veces. Díjome que por el servicio que la había hecho en ayudar a que se hiciese esta casa, le daba aquel manto en señal que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal. Yo tengo cierto que ansí fué; porque desde a pocos años murió, y su muerte y lo que vivió, fué con tanta penitencia la vida, y la muerte con tanta santidad, que, a cuanto se puede entender, no hay que poner duda. Díjome un fraile que había estado a su muerte, que antes que expirase le dijo cómo estaba con él Santo Tomás. Murió con gran gozo y deseo de salir de este destie-

rro. Después me ha aparecido algunas veces con muy gran gloria y díchome algunas cosas. Tenía tanta oración, que cuando murió, que con la gran flaqueza la quisiera excusar, no podía, porque tenía muchos arrobamientos. Escribióme poco antes que muriese, que qué medio tendría; porque, como acababa de decir misa, se quedaba con arrobamiento mucho rato, sin poderlo excusar. Dióle Dios al fin el premio de lo mucho que había servido toda su vida. V. 38.

43.—Breve es todo tiempo para darle por vuestra eternidad; muy largo es un sólo día, y una hora, para quien no sabe y teme si os ha de ofender. E. 17.

44.—Otra monja se murió en mi misma casa, de hasta dieciocho o veinte años. Siempre había sido enferma y muy sierva de Dios, amiga del coro y harto virtuosa. Yo cierto pensé no entrara en Purgatorio, porque eran muchas las enfermedades que había pasado, sino que que le sobraran méritos. Estando en las Horas, antes que la enterrasen, habría cuatro horas que era muerta, entendí salir del mismo lugar e irse al cielo.

Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, con los grandes trabajos que he dicho tenía algunas veces, y tengo, de alma y de cuerpo, estaba de suerte que aun un buen pen-

samiento, a mi parecer, no podía admitir. Habíase muerto aquella noche un hermano de aquella casa de la Compañía, y estando como podía encomendándole a Dios y oyendo misa de otro padre de la Compañía por él, dióme un gran recogimiento, y vile subir al cielo con mucha gloria y al Señor con él. Por particular favor entendí era ir Su Majestad con él. V. 38.

45. — Otro fraile de nuestra Orden, harto buen fraile, estaba muy malo, y estando yo en misa me dió un recogimiento, y vi cómo era muerto y subir al cielo sin entrar en Purgatorio. Murió aquella hora que yo lo ví, según supe después. Yo me espanté de que no había entrado en Purgatorio. Entendí que por haber sido fraile que había guardado bien su profesión, le habían aprovechado las Bulas de la Orden para no entrar en Purgatorio. No entiendo por qué entendí esto; paréceme debe ser porque no está el ser fraile en el hábito, digo en traerle, para gozar del estado de más perfección, que es ser fraile.

No quiero decir más de estas cosas; porque, como he dicho, no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea. Mas no he entendido, de todas las que he visto, dejar ningún alma de entrar en Purgatorio, si no es la de este Padre y el santo Fray Pedro de Alcántara y el Padre Dominico

que queda dicho. De algunos ha sido el Señor servido vea los grados que tienen de gloria, representándoseme en los lugares que se ponen Es grande la diferencia que hay de unos a otros. V. 38.

46.—Acuérdate que no tienes más de un alma, ni has de morir más de una vez, ni tienes más de una vida breve, y una, que es particular, ni hay más de una gloria, y ésta eterna, y darás de mano a muchas cosas. A. 68.

47.—Alcanzadnos, ¡oh ánimas amadoras! a entender el gozo que os da la eternidad de vuestros gozos, y cómo es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar. ¡Oh desventurados de nosotros, Señor mío, que bien lo sabemos y creemos, sino que con la costumbre tan grande de no considerar estas verdades, son tan extrañas ya de las almas, que ni las conocen ni las quieren conocer! ¡Oh gente interesal, codiciosa de sus gustos y deleites, que por no esperar un breve tiempo a gozarlos tan en abundancia, por no esperar un año, por no esperar un día, por no esperar una hora, y por ventura no será más que un momento, lo pierden todo por gozar de aquella miseria que ven presente. E. 13.

48.—Con el agradecimiento que le queda no la querría gozar; porque le parece no lo ha merecido, sino servir, aunque sea padecien-

do mucho; y aún algunas veces parece que de aquí a la fin del mundo sería poco para servir a quien le dió esta posesión. R. 6.

49.—Bendito sea Dios, que hemos de gozar de El con seguridad eternamente; que cierto acá, con estas ausencias y variedades en todo, poco caso podemos hacer de nada. Con este esperar el fin paso la vida; dicen que con trabajos, a mí no me lo parece. Ep. 56.

50.—Sea por todo alabado, que pues así lo permite, debe de convenir, para que vuestra merced tenga más gloria. ¡Oh mi señora, qué grandes son los juicios de este nuestro gran Dios! Vendrá tiempo que los precie vuestra merced, más que cuantos descansos ha tenido en esta vida. Ahora duélenos lo presente; mas si consideramos el camino, que Su Majestad tuvo en esta vida, y todos los que sabemos que gozan de su reino, no habría cosa que más nos alegrase que el padecer; ni la debe haber más segura, para asegurar que vamos bien en el servicio de Dios. Ep. 302.

51.—¿Quién ve algo de la gloria que da [Dios] a los que le sirven, que no conozcan es todo nonada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos? V. 26.

Dios no deja ningún servicio sin paga. Hemos menester trabajar para gozar la gloria. M. VI, 8.

Jhs.

VII

HIJO PRÓDIGO

1.—Es un gozo tan excesivo del alma (*después de haber hecho con todo arrepentimiento*) *su confesión general*, que no querría gozar a solas, sino decirlo a todos, para que la ayudasen a alabar a Nuestro Señor, que aquí va todo su movimiento. ¡Oh, qué de fiestas haría y qué de muestras, si pudiese, para que todos entendiesen su gozo! Parece que se ha hallado a sí, y que, como el padre del Hijo Pródigo, querría convidar a todos y hacer grandes fiestas por ver su alma en puesto que no puede dudar que está en seguridad, al menos por entonces. M. VI, 6.

2.—Queda con muy mayor desprecio del mundo que antes, porque ve que cosa de él no le valió en aquel tormento; y muy más desasida de las criaturas, porque ya ve que solo el Creador es el que puede consolar y hartar su alma; y con mayor temor y cuidado de no ofen-

derle, porque ve que también puede, *como Dios que es*, atormentar, como consolar. M. VI, 11.

3.—¡Oh Señor mío!, pues parece tenéis determinado que me salve, plega a Vuestra Majestad sea ansí; y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no tuviérais por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada adonde tan continuo habíais de morar? Fatígame, señor aun decir esto, porque sé que fué mía toda la culpa; porque no me parece os quedó a Vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra.

Cuando voy a quejarme de mis padres, tampoco puedo; porque no veía en ellos sino todo bien y cuidado de mi bien. V. 2.

4.—Bien sabéis, Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Válame, Señor, esto en que no os he ofendido. Recuperad, Dios mío, el tiempo perdido, con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, pues si queréis podéis. E. 4.

5.—Pone otra [tentación] bien peligrosa, que es una seguridad de parecernos que en ninguna manera tornaríamos a las culpas pasadas y contentos del mundo, que ya le tengo entendido y sé que se acaba todo, y que más gusto

me dan las cosas de Dios. Esto, si es a los principios, es muy malo, porque con esta seguridad no se les da nada de tornarse a poner en las ocasiones, y hácenos dar de ojos y plega a Dios que no sea muy peor la recaída. Porque, como el demonio ve que es alma que le puede dañar y aprovechar a otras, hace todo su poder para que no se levante. Ansí que, aunque más gustos y prendas de amor el Señor os dé, nunca tanto andéis seguras, que dejéis de temer podéis tornar a caer, y guardaros de las ocasiones. C. 39.

6.—¡Oh Señor, Dios mío, y cómo tenéis palabras de vida, adonde todos los mortales hallarán lo que desean, si lo quisiéremos buscarl Mas ¿qué maravilla, Dios mío, que olvidemos vuestras palabras con la locura y enfermedad que causan nuestras malas obras?

Bienaventurados los que están escritos en el libro de esta vida. Mas tu, alma mía, si lo eres, ¿por qué estás triste y me conturbas? Espera en Dios, que aun ahora me confesaré a El mis pecados y sus misericordias, y de todo junto haré cantar de alabanza con suspiros perpetuos al Salvador mío y Dios mío. E. 8 y 17.

7.—Cuando *una persona* con el calor del Espíritu Santo se comienza a aprovechar del auxilio general que a todos nos da Dios, y cuando comienza a aprovecharse de los remedios

que dejó en su Iglesia, ansí de continuar las confesiones, como con buenas lecciones y sermones, que es el remedio que un alma, que está muerta en su descuido y pecados y metida en ocasiones, puede tener, entonces comienza a vivir, y vase sustentando en esto y en buenas meditaciones, hasta que está crecida.

No sabe de dónde pudo merecer tanto bien; de donde le pudo venir, quise decir, que bien sabe que no le merece; vese con un deseo de alabar al Señor, que se querría deshacer.

Almas cristianas, a las que el Señor ha llegado a estos términos, por El os pido que no os descuidéis, sino que os apartéis de las ocasiones, que aun no está el alma tan fuerte que se pueda meter en ellas.

Yo os digo, que he conocido a personas llegar a este estado, y con gran sutileza y ardid del demonio, tornarlas a ganar para sí, porque debe de juntarse todo el infierno para ello; porque, como muchas veces digo, no pierden un alma sola, sino gran multitud. M. V, 2 y 4.

Tema mucho si ha de ser ingrato a tan gran merced, y procure esforzarse a servir y a mejorar en todo su vida, y verá en lo que para y como recibe más y más. M. VI, 2.

8.—Bendito seáis Vos, Señor Dios mío, que con tanta piedad nos lleváis, que parece olvidáis vuestra grandeza para no castigar, como

sería razón, traición tan traidora como ésta. Peligroso estado me parece, porque aunque la misericordia de Dios es la que vemos, también vemos muchas veces morirse en él sin confesión. Líbrenos Su Majestad por quien El es, de estar en estado tan peligroso. Conc. 2.

9.—Mas ¿qué sentirán estas almas de ver que podrían carecer de tan gran bien? Esto les hace andar más cuidadosas, y procurar sacar fuerzas de su flaqueza, para no dejar cosa que se les pueda ofrecer, para más agradar a Dios, por culpa suya.

Mientras más favorecidas de Su Majestad andan, más acobardadas y temerosas de sí [estan]; y como en estas grandezas suyas han conocido más sus miserias, y se les hacen más graves sus pecados, andan muchas veces que no osan alzar los ojos, como el Publicano, otras con deseos de acabar la vida por verse en seguridad, aunque luego tornan, con el amor que le tienen, a querer vivir para servirle, como queda dicho, y fían todo lo que les toca de su misericordia. M. VII, 3.

Jhs.

VIII

REINO DE CRISTO

1.—Parezcámonos en algo a nuestro Rey, que no tuvo casa, sino en el portal de Belén adonde nació, y la cruz adonde murió; casas eran estas adonde se podía tener poca recreación.

No tuvo adonde reclinar la cabeza mientras vivió y siempre en tantos trabajos. C. 2 y 3.

2.—Ya, hijas, habéis visto la gran empresa que pretendemos ganar; ¿qué tales habremos de ser para que en los ojos de Dios y del mundo no nos tengan por muy atrevidas? Está claro que hemos menester trabajar mucho, y ayuda mucho tener altos pensamientos para que nos esforcemos a que lo sean las obras; ¿Pensáis, hermanas, que es poco bien procurar este bien de darnos todas a El todo sin hacernos partes? Y pues en El están todos los bienes, como digo, alabémosle mucho, hermanas, que nos juntó aquí, adonde no se trata de otra cosa sino de esto. C. 4 y 7.

3.—Para estas dos cosas os pido yo procuréis ser tales que merezcamos alcanzarlas de Dios. La una, que haya muchos de los muy muchos letrados y religiosos que hay que tengan las partes que son menester para esto, como he dicho; y a los que no están muy dispuestos, los disponga el Señor, que más hará uno perfecto que muchos que no lo estén. La otra, que después de puestos en esta pelea, que como digo no es pequeña, los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo, y tapar los oídos en este peligroso mar del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por él, y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincón adonde también pretendí se guardase esta Regla de Nuestra Señora y Emperadora con la perfección que se comenzó.

Cuando os pidiéremos honras no nos oigáis, o rentas, o dineros o cosa que sepa a mundo; mas para honra de vuestro Hijo, ¿por qué no nos habéis de oir, Padre Eterno, a quien perdería mil honras y mil vidas por Vos? No por nosotras, Señor, que no lo merecemos, sino por la sangre de vuestro Hijo y sus merecimientos. C. 3.

4.—¿Pues ya no sabéis que la vida del buen

religioso y que quiere ser de los allegados amigos de Dios es un largo martirio? C. 12.

5.—En fin, todo lo que tiene fin no hay que hacer caso de ello, y pensando que cada hora es la postrera, ¿quién no la trabajará?

Por eso mostrémonos a contradecir en todo nuestra voluntad, que si traeis cuidado, como he dicho, sin saber cómo, poco a poco os hallaréis en la cumbre. C. 12.

6.—¡Oh Señor míol cuando pienso por qué de maneras padecisteis, y cómo por ninguna lo merecíais, no sé qué me diga de mí, ni dónde tuve el seso cuando no deseaba padecer, ni adónde estoy cuando me disculpo. C. 15.

7.—No se da este rey sino a quien se le da del todo.

Digo que no vendrá el Rey de la gloria a nuestra alma, digo a estar unido con ella, si no nos esforzamos a ganar las virtudes grandes. C. 16.

8.—*Estas son esas* almas muy enamoradas, que querrían viese el Señor, que no le sirven por sueldo; y ansí, como he dicho, jamás se les acuerda que han de recibir gloria por cosa, para esforzarse más por eso a servir, sino de contentar al amor, que es su natural obrar siempre de mil maneras. Si pudiese, querría buscar invenciones para consumirse el alma en El, y si fuese menester quedar para siempre

aniquilada para la mayor honra de Dios, lo haría de muy buena gana. Sea alabado para siempre, amén; que abajándose a comunicar con tan miserables criaturas, quiere mostrar su grandeza. M. VI, 9.

9.—¿Quién ve a el Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones, que no las abrace, y las ame y las desee? ¿Quién ve algo de la gloria que da a los que le sirven, que no conozca es todo nonada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados, que no se le hagan deleites los tormentos de acá en su comparación, y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar? V. 26.

10.—Vergüenza es, y yo cierto la he de mí, y si pudiera haber afrenta en el cielo, con razón estuviera yo allá más afrentada que nadie. ¿Por qué hemos de querer tantos bienes y deleites y gloria para sin fin, todos a costa del buen Jesús? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerusalén, ya que no le ayudemos a llevar la cruz con el Cirineo? ¿Qué, con placeres y pasatiempos hemos de gozar lo que El nos ganó a costa de tanta sangre? Es imposible. ¿Y con honras vanas pensamos remedar un desprecio como El sufrió para que nosotros reinemos para siempre? No lleva camino. Errado, errado

va el camino; nunca llegaremos allá. Dé voces vuestra merced en decir estas verdades, pues Dios me quitó a mí esta libertad. A mí me las querría dar siempre, y oime tan tarde y entendí a Dios, como se verá por lo escrito, que me es gran confusión hablar en esto y ansí quiero callar; sólo diré lo que algunas veces considero.

Plega al Señor me traiga a términos que yo pueda gozar de este bien. ¡Qué gloria accidental será y qué contento de los bienaventurados que ya gozan de esto, cuando vieren que, aunque tarde, no les quedó cosa por hacer por Dios de las que les fué posible, ni dejaron cosa por darle de todas las maneras que pudieron conforme a sus fuerzas y estado, y el que más, más! ¡Qué rico se hallará el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡qué honrado el que no quiso honra por El, sino que gustaba de verse muy abatido! ¡qué sabio el que se holgó de que le tuviesen por loco, pues lo llamaron a la misma Sabiduría! ¡qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya, ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heróicas de verdaderos amadores de Cristo. ¡Oh mundo, mundo, cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan! V. 27.

11.—¡Oh, válame Dios, Señor, cómo apretáis a vuestros amadores! Mas todo es poco para

lo que les dais después. Bien es que lo mucho cueste mucho; cuanto más, que si es purificar esta alma para que entre en la séptima Morada, como los que han de entrar en el cielo se limpian en el Purgatorio, es tan poco este padecer, como sería una gota de agua en la mar; cuanto más, que con todo este tormento y aflicción, que no puede ser mayor, a lo que yo creo, de todas las que hay en la tierra, que esta persona haba pasado muchas, ansí corporales, como espirituales, mas todo le parece nada en esta comparación. M. VI, 11.

12.—Pues ¿con quién lo han sino con el mundo? No hayan miedo se lo perdone, ni que ninguna imperfección dejen de entender. Cosas buenas, muchas se les pasarán por alto, y aun por ventura no las tendrán por tales; mas mala o imperfecta, no hayan miedo. Ahora yo me espanto quién los muestra la perfección, no para guardarla, que de esto ninguna obligación les parece tienen; harto les parece hacen si guardan razonablemente los mandamientos; sino para condenar, y a las veces, lo que es virtud les parece regalo. C. 3.

13.—De penas que se acaban no hagáis caso de ellas cuando interviniere algún servicio mayor al que tantas pasó por nosotros. C. 3.

14.—No sé yo qué es lo que dejamos del mundo las que decimos que todo lo deja-

mos por Dios, si no nos apartamos de lo principal, que son los parientes. Viene ya la cosa a estado, que tienen por falta de virtud no querer y tratar mucho los religiosos a sus deudos, y como que lo dicen ellos y alegan sus razones.

¡Oh, si entendiésemos las religiosas el daño que nos viene de tratar mucho con deudos cómo huiríamos de ellos! Yo no entiendo qué consolación es esta que dan, aun dejado lo que toca a Dios, sino para sólo nuestro sosiego y descanso; que de sus recreaciones no podemos ni es lícito gozar, y sentir sus trabajos sí; ninguno dejan de llorar, y algunas veces más que los mismos. A osadas, que si algún regalo hacen al cuerpo, que lo paga bien el espíritu. De eso estáis aquí quitadas, que como todo es en común y ninguna puede tener regalo particular, ansí la limosna que las hacen, es en general, y queda libre de contentarlos por esto, que ya sabe que el Señor las ha de proveer por junto.

Espantada estoy el daño que hace tratarlos; no creo lo creerá sino quien lo tuviere por experiencia. C. 9.

15.—Ahora, pues, lo primero que hemos de procurar es quitar de nosotras el amor de este cuerpo, que somos algunas tan regaladas de nuestro natural, que no hay poco que hacer aquí, y tan amigas de nuestra salud, que es

cosa para alabar a Dios la guerra que dan a monjas en especial, y aun a los que no lo son. Mas algunas monjas no parece que venimos a otra cosa al monasterio sino a procurar no morirnos; cada una lo procura como puede. Aquí, a la verdad, poco lugar hay de eso con la obra, mas no querría yo hubiese el deseo. Determinaos, hermanas, que venís a morir por Cristo y no a regalaros por Cristo, que esto pone el demonio que es menester para llevar y guardar la Orden; y tanto enhorabuena se quiere guardar la Orden con procurar la salud, para guardarla y conservarla, que se muere sin cumplirla enteramente un mes, ni por ventura un día. Pues no sé yo a qué venimos. C. 10.

16.—No digo que son estas voces y llamamientos como otras que diré después, sino con palabras que oyen a gente buena, o sermones, o con lo que leen en buenos libros, y cosas muchas que habéis oído, por donde llama Dios, o enfermedades, trabajos, y también con una verdad que enseña en aquellos ratos que estamos en la oración; sea cuan flojamente quisierais, tiénelos Dios en mucho. Y vosotras, hermanas, no tengáis en poco esta primer merced, ni os desconsoléis, aunque no respondáis luego al Señor, que bien sabe Su Majestad aguardar muchos días y años, en especial cuando ve perseverancia y buenos deseos.

Razones son éstas para vencer a los demonios; mas, ¡oh Señor y Dios mío! que la costumbre en las cosas de vanidad, y el ver que todo el mundo trata de esto, lo estraga todo. Porque está tan muerta la fe, que queremos más lo que vemos que lo que ella nos dice. Y, a la verdad, no vemos sino harta mala ventura en los que se van tras estas cosas visibles; mas eso han hecho estas cosas empozoñosas que tratamos, que, como si a uno muerde una víbora se empozoña todo y se hincha, ansí es acá; no nos guardamos; claro está que es menester muchas curas para sanar; y harta merced nos hace Dios, si no morimos de ello. Cierto, pasa el alma aquí grandes trabajos; en especial si entiende el demonio que tiene aparejo en su condición y costumbres para ir muy adelante, todo el infierno juntará para hacerle tornar a salir fuera.

Plega a Su Majestad nos dé a entender lo mucho que le costamos, y cómo no es más el siervo que el Señor; y que hemos menester obrar para gozar su gloria, y que para esto nos es necesario orar, para no andar siempre en tentación. M. II, 1.

17.—Harto gran miseria es vivir en vida que siempre hemos de andar como los que tienen los enemigos a la puerta, que ni pueden dormir ni comer sin armas, y siempre con sobre-

salto, si por alguna parte pueden desportillar esta fortaleza. ¡Oh Señor mío, y Bien mío! ¡Cómo queréis que se desee vida tan miserable, que no es posible dejar de querer y pedir nos saquéis de ella, si no es con esperanza de perderla por Vos, o gastarla muy de veras en vuestro servicio, y sobre todo, entender que es vuestra voluntad! Si lo es, Dios mío, muramos con Vos, como dijo Santo Tomás, que no es otra cosa sino morir muchas veces, vivir sin Vos, y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre.

Tornando a lo que os comencé a decir de las almas que han entrado a las terceras Moradas; que no las ha hecho el Señor pequeña merced en que hayan pasado las primeras dificultades, sino muy grande. De éstas, por la bondad del Señor, creo hay muchas en el mundo: son muy deseosas de no ofender a Su Majestad; aun de los pecados veniales se guardan, y de hacer penitencia amigas, sus horas de recogimiento, gastan bien el tiempo, ejercítanse en obras de caridad con los prójimos, muy concertadas en su hablar y vestir y gobierno de casa, las que la tienen. Cierto, estado para desear, y que, al parecer, no hay por qué se les niegue la entrada hasta la postrera Morada, ni se la negará el Señor, si ellos quieren, que linda disposición es para qué las haga toda merced.

¡Oh Jesús! y ¿quién dirá que no quiere un tan gran bien, habiendo ya en especial pasado por lo más trabajoso? No, ninguna. Todas decimos que lo queremos; mas como aun es menester más, para que del todo posea el Señor el alma, no basta decirlo, como no bastó al mancebo cuando le dijo el Señor que si quería ser perfecto.

Como estas almas se ven que por ninguna cosa harían un pecado, y muchas que aun venial, de advertencia, no le harían, y que gastan bien su vida y su hacienda, no pueden poner a paciencia que se les cierre la puerta para entrar a donde está nuestro Rey, por cuyos vasallos se tienen, y lo son. Mas aunque acá tenga muchos el rey de la tierra, no entran todos hasta su cámara. Entrad, entrad, hijas mías, en lo interior; pasad adelante de vuestras obrillas, que por ser cristianas debéis todo eso, y mucho más; y os basta que seáis vasallas de Dios: no queráis tanto, que os quedéis sin nada. Mirad los santos que entraron a la cámara de este Rey, y veréis la diferencia que hay de ellos a nosotros. No pidáis lo que no tenéis merecido, ni había de llegar a nuestro pensamiento, que por mucho que sirvamos, lo hemos de merecer los que hemos ofendido a Dios.

¡Oh humildad, humildad! No sé qué tentación me tengo en este caso, que no puedo acabar

de creer a quien tanto caso hace de estas sequedades, sino que es un poco falta de ella. Digo, que dejo los trabajos grandes interiores que he dicho, que aquéllos son mucho más que falta de devoción. Probémonos a nosotras mismas, hermanas mías, o pruébenos el Señor, que lo sabe bien hacer, aunque muchas veces no queremos entenderlo, y vengamos a estas almas tan concertadas; veamos que hacen por Dios, y luego veremos cómo no tenemos razón de quejarnos de Su Majestad; porque si le volvemos las espaldas y nos vamos tristes, como el mancebo del Evangelio, cuando nos dice lo que hemos de hacer para ser perfectos, ¿qué queréis que haga Su Majestad, que ha de dar el premio conforme al amor que le tenemos? Y este amor, hijas, no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras; y no penséis que ha menester nuestras obras, sino la determinación de nuestra voluntad.

Parecernos ha, que las que tenemos hábito de religión, y le tomamos de nuestra voluntad, y dejamos todas las cosas del mundo, y lo que teníamos, por El (aunque sea las redes de San Pedro, que harto le parece que da quien da lo que tiene), que ya está todo hecho. Harto buena disposición es, si persevera en aquello, y no se torna a meter en las sabandijas de las primeras piezas, aunque sea con el deseo, que

no hay duda, sino que si persevera en esta desnudez y dejamiento de todo, que alcanzará lo que pretende. Mas ha de ser con condición, y mirad que os aviso de esto, que se tenga por siervo sin provecho, como dice San Pablo, o Cristo, y crea que no ha obligado a Nuestro Señor para que le haga semejantes mercedes; antes como quien más ha recibido, queda más adeudado.

Somos amigos de contentos más que de cruz. Pruébanos tú, Señor, que sabes las verdades, para que nos conozcamos. M. III, 1.

18.—Las penitencias que hacen estas almas, son tan concertadas como su vida; quiérenla mucho para servir a Nuestro Señor con ella, que todo esto no es malo, y ansí tienen gran discreción en hacerlas porque no dañen a la salud. No hayáis miedo que se maten, porque su razón está muy en sí. No está aún el amor para sacar de razón; mas querría yo que la tuviésemos para no nos contentar con esta manera de servir a Dios siempre a un paso, paso, que nunca acabaremos de andar este camino. Y como a nuestro parecer siempre andamos, y nos cansamos; porque, creed, que es un camino abrumador; harto bien será que no nos perdamos. ¿Mas paréceos, hijas, si yendo a una tierra desde otra pudiésemos llegar en ocho días, que sería bueno andarlo en un

año, por ventas, y nieves, y aguas y malos caminos? ¿No valdría más pasarlo de una vez?; porque todo esto hay y peligros de serpientes. ¡Oh qué buenas señas podré yo dar de esto! Y plega a Dios que haya pasado de aquí, que hartas veces me parece que no.

Como vamos con tanto seso, todo nos ofende, porque todo lo tememos; y ansí no osamos pasar adelante, como si pudiésemos nosotras llegar a estas Moradas, y que otros anduviesen el camino. Pues no es esto posible, esforcémonos, hermanas mías, por amor del Señor, dejemos nuestra razón y temores en sus manos; olvidemos esta flaqueza natural, que nos puede ocupar mucho. El cuidado de estos cuerpos ténganle los prelados; allá se avengan; nosotras de sólo caminar aprisa para ver este Señor, que aunque el regalo que tenéis es poco o ninguno, el cuidado de la salud nos podría engañar. Cuanto más, que no se tendrá más por esto, yo lo sé, y también sé que no está el negocio en lo que toca al cuerpo, que esto es lo menos; que el caminar, que digo, es con una grande humildad; que si habéis entendido, aquí creo está el daño de las que no van adelante, sino que nos parezca que hemos andado pocos pasos, y lo creamos ansí, y los que andan nuestras hermanas nos parezcan muy presurosos, y no sólo deseemos, sino que procu-

remos nos tengan por la más ruin de todas.

Y con esto este estado es excelentísimo, y si no, toda nuestra vida nos estaremos en él, y con mil penas y miserias; porque, como no hemos dejado a nosotras mismas, es muy trabajoso y pesado; porque vamos muy cargadas de esta tierra de nuestra miseria, lo que no van los que suben a los aposentos que faltan. En éstos no deja el Señor de pagar como justo, y aun como misericordioso, que siempre da mucho más que merecemos, con darnos contentos hartos mayores que lo podemos tener en los que dan los regalos y distraimientos de la vida. Mas no pienso que da muchos gustos, si no es alguna vez, para convidarlos con ver lo que pasa en las demás Moradas, porque se dispongan para entrar en ellas. M. III, 2.

19.—Mas mirad, hijas, que para esto que tratamos, no quiere que os quedéis con nada; poco o mucho, todo lo quiere para sí, y conforme a lo que entendiéreis de vos que habéis dado, se os harán mayores o menores mercedes.

Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano, que era poco a poco tejer el capucho; hanle nacido alas, ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos.

Cuántos debe haber que los llama el Señor al apostolado, como a Judas, comunicando con ellos, y los llama para hacer reyes, como a Saúl, y después por su culpa se pierden. M. V, 1 y 3.

20. Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen, y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir, ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión. ¿Y piensan que allí está todo el negocio? Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor; y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción, y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Esta es la verdadera unión con su voluntad; y que si vieres loar mucho a una persona, te alegres más mucho que si te loasen a ti. Esto, a la verdad, fácil es, que si hay humildad, antes tendrá pena de verse loar. Mas esta alegría de que se entiendan las virtudes de las hermanas es gran cosa, y cuando viéremos alguna falta en alguna, sentirla como si fuera en nosotras y encubrirla. M. V, 3.

21.—Si miramos la multitud de almas que por medio de una trae Dios a sí, es para alabarle mucho los millares que convertían los mártires: ¡una doncella como Santa Ursula! ¡Pues las que habrá perdido el demonio por Santo Domingo y San Francisco y otros fundadores de Ordenes, y pierde ahora por el Padre Ignacio, el que fundó la Compañía, que todos, está claro, como lo leemos, recibían mercedes semejantes de Dios! ¿Qué fué esto, sino que se esforzaron a no perder por su culpa tan divino desposorio? ¡Oh, hijas mías, que tan aparejado está este Señor a hacernos merced ahora como entonces, y aun en parte más necesitado de que las queramos recibir; porque hay pocos que miren por su honra, como entonces había! Querémonos mucho; hay muy mucha cordura para no perder de nuestro derecho. ¡Oh qué engaño tan grande! El Señor nos dé luz para no caer en semejantes tinieblas, por su misericordia.

Olvidemos nuestros contentillos de tierra, y puestos los ojos en su grandeza, corramos encendidas en su amor.

Sabe Su Majestad que no es otro mi deseo, a cuanto puedo entender de mí, sino que sea alabado su Nombre, y que nos esforcemos a servir a un Señor, que ansí paga aún acá en la tierra; por donde podemos entender algo de

lo que nos ha de dar en el cielo, sin los intervalos y trabajos y peligros que hay en este mar de tempestades.

A no haber de perderle y ofenderle, descanso sería que no se acabase la vida hasta el fin del mundo, por trabajar por tan gran Dios y Señor y Esposo. Plega a Su Majestad merezcamos hacerle algún servicio, sin tantas faltas como siempre tenemos, aun en las obras buenas. Amén. M. V, 4.

22.—Y como quien se ha escapado de una batalla peligrosa con haber ganado la victoria, queda esta alma alabando a Nuestro Señor, que fué el que peleó para el vencimiento; porque conoce muy claro que ella no peleó. Que todas las armas con que se podía defender le parece que las ve en manos de su contrario, y ansí conoce claramente su miseria, y lo poquísimo que podemos de nosotros, si nos desamparase el Señor.

¡Oh! cuando el alma torna ya del todo en sí! ¡qué es la confusión que le queda, y los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios, de todas cuantas maneras se quisiere servir de ella. M. VI, 1 y 4.

23.—Da Dios a estas almas un deseo tan grandísimo de no le descontentar en cosa ninguna, por poquito que sea, ni hacer una imperfección si pudiesen, que por sólo esto, aunque

no fuese por más, querrían huir de las gentes, y han gran envidia a los que viven y han vivido en los desiertos. Por otra parte se querrían meter en mitad del mundo, por ver si pudiesen ser parte para que un alma alabase más a Dios; y si es mujer, se aflige del atamiento que le hace su natural, porque no puede hacer esto, y ha gran envidia a los que tienen libertad para dar voces, publicando quién es este gran Dios de las *Batallas*. M. VI, 6.

24.—Trabajo grande parece todo y con razón, porque es guerra contra nosotros mismos; mas comenzándose a obrar, obra Dios tanto en el alma y hácela tantas mercedes, que todo le parece poco cuanto se puede hacer en esta vida. C. 12.

25.—Esto se adquiere con ir, como he dicho, poco a poco, no haciendo nuestra voluntad y apetito, aun en cosas menudas, hasta acabar de rendir el cuerpo al espíritu.

Torno a decir, que está el todo o gran parte en perder cuidado de nosotros mismos y nuestro regalo, que quien de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que le puede ofrecer es la vida. Claro está que si es verdadero religioso o verdadero orador, y pretende gozar regalos de Dios, que no ha de volver las espaldas a desear morir por él y pasar martirio. C. 12.

26.—Tiene esta alma (la misma Santa) un olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es, como queda dicho; porque toda está de tal manera, que no se conoce ni se acuerda que para ella ha de haber cielo, ni vida ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios, que parece que las palabras que le dijo Su Majestad hicieron efecto de obra, que fué que mirase por sus cosas, que El miraría por las suyas. Y ansí, de todo lo que puede suceder no tiene cuidado, sino un extraño olvido, que, como digo, parece ya no es, ni querría ser en nada, nada, si no es para cuando entiende que puede haber por su parte algo en que acreciente un punto la gloria y honra de Dios, que por esto pondría muy de buena gana su vida.

No entendáis por esto, hijas, que deja de tener cuenta con comer y dormir, que no le es poco tormento, y hacer todo lo que está obligada conforme a su estado, que hablamos en cosas interiores, que de obras exteriores poco hay que decir; que antes esa es su pena, ver que es nada lo que ya pueden sus fuerzas. En todo lo que puede y entiende que es servicio de Nuestro Señor, no lo dejaría de hacer por cosa de la tierra.

Tales almas es tan grande el deseo que tienen de servirle, y que por ellas sea alabado, y de aprovechar algún alma si pudiesen, que no

sólo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos, aunque fuese en cosa muy poca. Y si supiesen cierto, que en saliendo el alma del cuerpo han de gozar de Dios, no les hace al caso, ni pensar en la gloria que tienen los santos; no desean por entonces verse en ella. Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado, en especial cuando ven que es tan ofendido, y los pocos que hay que de veras miren por su honra, desasidos de todo lo demás. M. VII, 3.

27.—No piense alguna que es para sólo regalar estas almas, que sería grande yerro; que no nos puede Su Majestad hacerle mayor que es darnos vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado; y ansí tengo yo por cierto, que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza, como aquí he dicho alguna vez, para poderle imitar en el mucho padecer.

Siempre hemos visto que los que más cercanos anduvieron a Cristo Nuestro Señor, fueron los de mayores trabajos. Miremos a los que pasó su gloriosa Madre, y los gloriosos Apóstoles. ¿Cómo pensáis que pudiera sufrir San Pablo tan grandísimos trabajos?

¡Oh hermanas mías, qué olvidado debe tener su descanso, y qué poco se le debe de dar de

honra, y qué fuera debe estar de querer ser tenida en nada el alma adonde está el Señor tan particularmente! Porque si ella está mucho con El, como es razón, poco se debe de acordar de sí; toda la memoria se le va en cómo más contentarle, y en qué o por dónde mostrará el amor que le tiene. Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras. M. VII, 4.

28.—Mirad que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer. Poned los ojos en el Crucificado, y se os hará todo poco. Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro, que es el de la †, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fué, que no les hace ningún agravio ni pequeña merced; y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio como he dicho, es su cimiento humildad, y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo. Así que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurad ser la menor de todas, y esclava suya, mirando cómo o por

donde las podéis hacer placer y servir; pues lo que hiciéreis en este caso, hacéis más por vos que por ellas, poniendo piedras tan firmes que no se os caiga el Castillo.

Pareceros ha que hablo con los que comienzan, y que después pueden ya descansar; ya os he dicho que el sosiego que tienen estas almas en lo interior, es para tenerle muy menos ni querer tenerle en lo exterior. ¿Para qué pensáis que son aquellas inspiraciones que he dicho, o por mejor decir aspiraciones, y aquellos recados que envía el alma del centro interior a la gente de arriba del Castillo y a las Moradas que están fuera de donde ella está? ¿Es para que se echen a dormir? No, no, no; que más guerra les hace desde allí, para que no estén ociosas potencias y sentidos y todo lo corporal, que les ha hecho cuando andaba con ellos padeciendo; porque entonces no entendía la ganancia tan grande que son los trabajos, que por ventura han sido medios para traerla Dios allí, y cómo la compañía que tiene le da fuerzas muy mayores que nunca. Porque si acá dice David, que con los santos seremos santos, no hay que dudar sino que estando hecha una cosa con el fuerte, por la unión tan soberana de espíritu con espíritu, se le ha de pegar fortaleza, y ansí veremos la que han tenido los santos para padecer y morir. M. VII, 4.

29.—Ahora mirad que tengo por muy cierto, que los que llegan a la perfección, no piden al Señor los libre de los trabajos, ni de las tentaciones, ni persecuciones y peleas, que este es otro efecto muy cierto y grande de ser de espíritu del Señor, y no ilusión, la contemplación y mercedes que Su Majestad les diere; porque, como ha poco dije, antes los desean, y los piden y los aman. Son como los soldados que están más contentos cuando hay más guerra, porque esperan salir con más ganancia; si no la hay, sirven con su sueldo, mas ven que no pueden medrar mucho.

Creed, hermanas, que los soldados de Cristo, que son los que tienen contemplación y tratan de oración, no ven la hora de pelear; nunca temen mucho enemigos públicos; ya los conocen y saben que, con la fuerza que en ellos pone el Señor, no tienen fuerza; y que siempre quedan vencedores y con gran ganancia; nunca los vuelven el rostro. Los que temen, y es razón teman y siempre pidan los libre el Señor de ellos, son unos enemigos que hay traidores, unos demonios que se transfiguran en ángel de luz; vienen disfrazados hasta que han hecho mucho daño en el alma; no se dejan conocer sino que nos andan bebiendo la sangre y acabando las virtudes, y andamos en la misma tentación y no lo entendemos. C. 38.

30.—Temo de estar sin serviros, y cuando os voy a servir, no hallo cosa que me satisfaga para pagar algo de lo que debo. Parece que me querría emplear toda en esto, y cuando bien considero mi miseria, veo que no puedo hacer nada que sea bueno, si no me lo dais Vos. E. 1.

31.—¡Oh, cristianos! Tiempo es de defender a vuestro Rey, y de acompañarle en tan gran soledad; que son muy pocos los vasallos que le han quedado, y mucha la multitud que acompaña a Lucifer; y lo que peor es, que se muestran amigos en lo público, y véndenle en lo secreto; casi no halla de quién se fiar. ¡Oh, amigo verdadero, qué mal os paga el que os es traidor. E. 10.

32.—Amor y temor de Dios son dos castillos fuertes, desde donde se da la guerra al mundo y a los demonios.

Quienes de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre, y los favorecen y defienden, no aman sino verdades y cosa que sea digna de amar. ¿Pensáis que es posible, quien muy de veras ama a Dios, amar vanidades, ni puede, ni riquezas, ni cosas del mundo de deleites, ni honras, ni tiene contiendas, ni envidias? Todo porque no pretende otra cosa sino contentar al Amado. Andan muriendo porque los

ame, y ansí ponen la vida en entender cómo le agradarán más. ¿Esconderse? ¡Oh, que el amor de Dios, si de veras es amor, es imposible! Si no, mirad un San Pablo, una Magdalena; en tres días el uno comenzó a entenderse que estaba enfermo de amor; este fué San Pablo. La Magdalena, desde el primer día, ¡y cuán bien entendido! Que esto tiene, que hay más o menos; y ansí se da a entender cómo la fuerza que tiene el amor, si es poco, dase a entender poco, y si es mucho, mucho; mas poco o mucho, como haya amor de Dios, siempre se entiende. C. 40.

33.—Dadnos, Dios mío, Vos a entender qué es lo que se da a los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida. E 13.

34.—Yo alabo al Señor muchas veces, y pensando de dónde vendrá, por qué sin decir palabra, muchas veces un siervo de Dios ataja palabras que se dicen contra El. Debe ser, que ansí como acá si tenemos un amigo, siempre se tiene respeto, si es en su ausencia, no hacerle agravio delante del que saben que lo es, y como aquél está en gracia, la misma gracia debe hacer, que por bajo que éste sea se le tenga respeto, y no le den pena en cosa que tanto entienden ha de sentir como ofender a Dios. El caso es que yo no sé la causa, mas sé que es muy ordinario esto.

Ansí que, hermanas, todo lo que pudiéseis sin ofensa de Dios, procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemoricen y amedrenten de la virtud. A religiosas importa mucho esto; mientras más santas más conversables con sus hermanas; y que aunque sintáis mucha pena, si no van sus pláticas todas como Vos las querríais hablar, nunca os extrañéis de ellas, si queréis aprovechar y ser amada. Que es lo que mucho hemos de procurar ser afables y agradar y contentar a las personas que tratamos, en especial a nuestras hermanas.

Ansí que, hijas mías, procurad entender de Dios, en verdad, que no mira tantas menudencias como vosotras pensáis; y no dejéis que se os encoja el ánima y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes: la intención recta, la voluntad determinada, como tengo dicho, de no ofender a Dios; no dejéis arrinconar vuestra alma, que en lugar de procurar santidad, sacará muchas imperfecciones, que el demonio le pondrá por otras vías, y como he dicho, no aprovechará a sí y a las otras tanto como pudiera. C. 41.

35.—Si es necesario vivir para haceros algún servicio, no rehuso todos cuantos traba-

jos en la tierra me puedan venir, como decía vuestro amador San Martín.

Mas ¡ay dolor! ¡ay dolor de mí, Señor mío! que él tenía obras, y yo tengo solas palabras, que no valgo para más. Valgan mis deseos, Dios mío, delante de vuestro divino acatamiento, y no miréis a mi poco merecer. Merezcamos todos amaros, Señor; ya que se ha de vivir, vívase para Vos, acábense ya los deseos e intereses nuestros: ¿qué mayor cosa se puede ganar que contentaros a Vos? ¡Oh contento mío y Dios mío! ¿qué haré yo para contentaros? Miserables son mis servicios, aunque hiciese muchos a mi Dios; ¿pues para qué tengo de estar en esta miserable miseria? Para que se haga la voluntad del Señor. ¿Qué mayor ganancia, ánima mía? Espera, espera, que no sabes cuando vendrá el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve, largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios, y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite, que no puede tener fin. E. 15.

36.—Aunque sean cosas muy pequeñas, no dejéis de hacer por su amor lo que pudiéreis. Su Majestad las pagará; no mirará sino el amor con que las hiciéreis. Conc. 1.

37.—De la paz y daño que con ella nos pue-

de hacer nuestra misma carne, había mucho que decir. Advertiros he algunos puntos, y por ahí, como he dicho, sacaréis lo demás. Es muy amiga de regalo, ya lo veis, y harto peligroso pacificarse en ellos, si lo entendiésemos. Yo lo pienso muchas veces y no puedo acabar de entender cómo hay tanto sosiego y paz en las personas muy regaladas. ¿Por ventura merece el cuerpo sacratísimo de nuestro dechado y luz menos regalos que los nuestros? ¿había hecho por qué padecer tantos trabajos? ¿hemos leído de santos, que son los que ya sabemos que están en el cielo, cierto, tener vida regalada? ¿De dónde viene este sosiego en ella? ¿quién nos ha dicho que es buena? ¡Qué es esto, que tan sosegadamente se pasan los días con comer bien, y dormir, y buscar recreaciones y todos los descansos que pueden algunas personas, que me quedo boba de mirarlo! No parece ha de haber otro mundo y que en aquello hay el menor peligro dél.

¡Oh, hijas, si supiéseis el grande mal que aquí está encerrado! El cuerpo engorda, el alma enflaquece, que si la viésemos, parece que va ya a expirar. En muchas partes veréis escrito el gran mal que hay pacificarse en esto, que aun si entendiesen que es malo, tendríamos esperanza de remedio; mas temo no les pasa por pensamiento. Como se usa tanto, no me

espanto. Yo os digo, que aunque en esto su carne sosiega, que por mil partes tengan la guerra si se han de salvar, y valdríales más entenderse y tomar la penitencia poco a poco, que les ha de venir por junto.

No nos soseguemos en lo que es relajar, sino que nos probemos algunas veces; porque yo sé que esta carne es muy falsa y que es menester entenderla. El Señor nos dé luz para todo por su bondad; gran cosa es la discreción y fiar de de los superiores y no de nosotras.

¡Oh gran dignidad digna de despertarnos, para andar con diligencia a contentar este Señor y Rey nuestro! ¡Mas qué mal pagan estas personas la amistad, pues tan presto se tornan enemigos mortales! Por cierto, que es grande la misericordia de Dios: ¿qué amigo hallaremos tan sufrido? Y aun una vez que acaezca esto entre dos amigos, nunca se quita de la memoria, ni acaban de tener tan fiel amistad como antes. ¿Pues qué de veces serán las que faltan en la de Nuestro Señor de esta manera, y qué de años nos espera de esta suerte? Conceptos. 2.

38.—Estaba una vez en oración y vino la hora de ir a dormir, y yo estaba con hartos dolores, y había de tener el vómito ordinario. Como me vi tan atada de mí, y el espíritu por otra parte queriendo tiempo para sí, vime tan

fatigada, que comencé a llorar mucho y afligirme. Esto no es sola una vez, sino, como digo, muchas, que me parece me daba un enojo contra mí misma, que en forma por entonces me aborrezco. Mas lo continuo es entender de mí que no me tengo aborrecida, ni falto a lo que veo me es necesario. Y plegue al Señor que no tome muchas más de lo que es menester, que sí debo hacer. Esta que digo, estando en esta pena, me apareció el Señor y regaló mucho, y me dijo que hiciese yo estas cosas por amor de El y lo pasase, que era menester ahora mi vida. Y ansí me parece que nunca me vi en pena después que estoy determinada a servir con todas mis fuerzas a este Señor y consolador mío, que aunque me dejaba un poco padecer, me consolaba de manera que no hago nada en desear trabajos. Y ansí ahora no me parece hay para qué vivir sino para esto, y lo que más de voluntad pido a Dios. Dígole algunas veces con toda ella: Señor, o morir o padecer; no os pido otra cosa para mí. Dame consuelo oir el reloj; porque me parece me allego un poquito más para ver a Dios de que veo ser pasada aquella hora de la vida. V. 40.

39.—Y como he dicho muchas veces, deseo, hijas, que nunca se os olvide no se contenta el Señor con darnos tan poco como son nuestros

deseos; yo lo he visto acá. En algunas cosas que comienza uno a pedir al Señor, le da en qué merezca, y como padezca algo por El, no yendo su intento a más de lo que le parece sus fuerzas alcanzan (como Su Majestad las puede hacer crecer); en pago de aquello poquito que se determinó por El, dale tantos trabajos, y persecuciones y enfermedades, que el pobre hombre no sabe de sí.

A mí misma me acaeció en harta mocedad, y decir algunas veces: ¡Oh, Señor, que no querría yo tanto! Mas daba Su Majestad la fuerza de manera, y la paciencia, que aun ahora me espanto como lo podía sufrir; y no trocaría aquellos trabajos por todos los tesoros del mundo. Conc. 6.

Yo lo miro con advertencia en algunas personas (que muchas no las hay por nuestros pecados), que mientras más adelante están en esta oración y regalos de Nuestro Señor, más acuden a las necesidades de los prójimos, en especial a las de las ánimas, que por sacar una de pecado mortal, parece darían muchas vidas, como dije al principio. Conc. 7.

40.—No son estas almas de las que harán lo que San Pedro, de echarse en la mar, ni lo que otros muchos santos. En su sosiego allegarán almas al Señor, mas no poniéndose en peligros; ni la fe en éstos obra mucho para sus determi-

naciones. Una cosa he notado, que pocos vemos en el mundo, fuera de Religión, fiar de Dios su mantenimiento. Solas dos personas conozco yo, que en la Religión ya saben no les ha de faltar; aunque, quien entra de veras por solo Dios, creo no se le acordará de esto. ¡Mas cuántos habrá, hijas, que no dejaran lo que tenían, sino fuera con la seguridad! Porque en otras partes que os he dado aviso, he hablado mucho en estas ánimas pusilánimes, y dicho el daño que les hace, y el gran bien tener grandes deseos, ya que no puedan las obras; no digo más de éstas, aunque nunca me cansaría. Pues las llega el Señor a tan gran estado, sírvanle con ello, y no se arrinconen, que aunque sean religiosos, si no pueden aprovechar a los prójimos, en especial mujeres, con determinación grande y vivos deseos de las almas, tendrá fuerza su oración, y aun por ventura querrá el Señor que en vida o en muerte aprovechen, como hace ahora el santo Fray Diego [de Alcalá], que era lego, y no hacía más de servir; y después de tantos años muerto, resucita el Señor su memoria, para que nos sea ejemplo. Alabemos a Su Majestad Conc. 2.

41.—Llegada aquí el alma, no tiene que temer, sino es si no ha de merecer que Dios se quiera servir de ella en darla trabajos y ocasión para que pueda servirle, aunque sea muy

a su costa. Ansí que aquí, como he dicho, obra el amor y la fe, y no se quiere aprovechar el alma de lo que la enseña el entendimiento. Porque esta unión que entre el Esposo y la Esposa hay, la ha enseñado otras cosas, que él no alcanza [y traéle] debajo de los pies.

Pongamos una comparación para que lo entendáis. Está uno cautivo en tierra de moros; éste tiene un padre pobre, o un grande amigo, y si éste no le rescata, no tiene remedio; para haberle de rescatar, no bastó lo que tiene, sino que ha él de ir a servir por él. El grande amor que le tiene, pide que quiera más la libertad de su amigo que la suya; mas luego viene la discreción con muchas razones; y dice que más obligado es a sí, y podrá ser que tenga él menos fortaleza que el otro, y que le hagan dejar la fe, que no es bien ponerse en este peligro, y otras muchas cosas.

¡Oh amor fuerte de Dios! ¡Y cómo no le parece que ha de haber cosa imposible a quien ama! ¡Oh dichosa alma que ha llegado a alcanzar esta paz de su Dios! ¡que esté señoreada sobre todos los trabajos y peligros del mundo, que ninguno teme, a cuento de servir a tan buen Esposo y Señor, y con razón, que la tiene este pariente y amigo que hemos dicho. Pues ya habéis leído, hijas, de un Santo (San Paulino de Nola. En tiempo de los vándalos realizó este

acto heroico que recuerda Santa Teresa. San Paulino murió el año 431) y que no por hijo, ni por amigo, sino porque debía bien haber llegado a esta ventura tan buena de que le hubiese Dios dado esta paz, y por contentar a Su Majestad, e imitarle en algo lo mucho que hizo por nosotros, se fué a trocar por hijo de una viuda, que vino a él fatigada a tierra de moros; ya habéis leído cuán bien le sucedió, y con la ganancia que vino.

«Creería yo que su entendimiento no dejaría de representarle algunas más razones de las que dije, porque era obispo y había de dejar sus ovejas, y por ventura tendría temores. Mirad una cosa que se me ofrece ahora y viene a propósito para los que de su natural son pusilánimes y de ánimo flaco, que por la mayor parte serán mujeres, y aunque en hecho de verdad su alma haya llegado a este estado, su flaco natural teme. Es menester tener aviso, porque esta flaqueza natural nos hará perder una gran corona. Cuando os halláreis con esta pusilanimidad, acudid a la fe y humildad, y no dejéis de acometer con fe que Dios lo puede todo, y así pudo dar fortaleza a muchas niñas santas, y se la dió para pasar tantos tormentos, como se determinaron a pasar por El.

»De esta determinación quiere hacerle señor,

de este libre albedrío, que no ha menester El nuestro esfuerzo de nada; antes gusta Su Majestad de querer que resplandezcan sus obras en gente flaca, porque hay más lugar de obrar su poder, y de cumplir el deseo que tiene de hacernos mercedes. Para esto os han de aprovechar las virtudes que Dios os ha dado, para hacer con determinación y dar de mano a las razones del entendimiento y a vuestra flaqueza, y para no dar lugar a que crezca con pensar si será o no quizá por mis pecados no merecer yo que me dé fortaleza como a otros ha dado. No es ahora tiempo de pensar vuestros pecados: dejadlos aparte, que no es con sazón esa humildad; es a mala conyuntura.

»Cuando os quisieren dar una cosa muy honrosa, o cuando os incite el demonio a vida regalada o a otras semejantes cosas, temed que por vuestros pecados no lo podréis llevar con rectitud. Y cuando hubiéreis de padecer algo por Nuestro Señor o por el prójimo, no hayáis miedo de vuestros pecados. Con tanta caridad podríais hacer una obra de estas, que os los perdonase todos, y de esto ha miedo el demonio; y por esto os los trae a la memoria entonces. Y tened por cierto, que nunca dejará el Señor a sus amadores, cuando por solo El se aventuran. Si llevan otros intentos de propio interés, eso miren, que yo no hablo sino de los

que pretenden contentar con la mayor perfección al Señor». Conc. 3.

42.—Y ahora, en nuestros tiempos, conozco yo una persona, y vosotras la vísteis, que me vino a ver a mí, que la movía el Señor con tan gran caridad, que le costó hartas lágrimas no poderse ir a trocar por un cautivo. El lo trató conmigo (era de los Descalzos de Fray Pedro de Alcántara), y después de muchas importunaciones, recaudó licencia de su General, y estando cuatro leguas de Argel, que iba a cumplir su buen deseo, le llevó el Señor consigo. (Llamábase este hermano lego Fr. Alonso de Cordobilla, natural de Extremadura del pueblo de donde tomó el apellido. Embarcado en Cádiz con dirección a Argel, fué atacado de fiebres, y una tempestad le obligó a regresar sin haber hecho tierra en Africa. Murió el 28 de Octubre de 1566.) ¡Y a buen seguro que llevó buen premio! ¡Pues qué de discretos había que le decían era disparate! A los que no llegamos a amar tanto al Señor, ansí nos parece. ¿Y cuán mayor disparate es acabársenos este sueño de esta vida con tanto seso? Que plega a Dios merezcamos entrar en el cielo, cuanto más ser de éstos que tanto se aventajaron en amar a Dios.

Ya yo veo es menester gran ayuda suya para cosas semejantes; y por esto os aconsejo, hijas, que siempre con la Esposa pidáis esta paz tan

regalada, y que ansí señorea todos estos temorcillos del mundo, que con todo sosiego y quietud le da batería. ¿No está claro, que a quien Dios hiciere tan gran merced de juntarse con un alma en tanta amistad, que la ha de dejar bien rica de bienes suyos? Porque, cierto, estas cosas no pueden ser nuestras. El pedir y desear nos haga esta merced, podemos, y aun esto con su ayuda; que lo demás, ¿qué ha de poder un gusano, que el pecado le tiene tan acobardado y miserable, que todas las virtudes imaginamos tasadamente como nuestro bajo natural? ¿Pues qué remedio, hijas? Pedir con la Esposa.

Si una labradorcilla se casase con el rey, y tuviese hijos, ¿ya no quedan de sangre real? Pues si a un alma Nuestro Señor hace tanta merced, que tan sin división se junte con ella, ¿qué deseos, qué efectos, qué hijos de obras heroicas podrán nacer de allí, si no fuere por su culpa?

«Por esto os torno a decir que para cosas semejantes, si el Señor os hiciere merced que se ofrezcan hacerlas por El, que no hagáis caso de haber sido pecadoras. Es menester aquí que señoree la fe a nuestra miseria y no os espantéis si al principio de determinaros, y aun después, sintiéreis temor y flaqueza; ni hagáis caso de ello, si no es para avivaros más: dejad hacer

su oficio a la carne. Mirad que dice el buen Jesús en la oración del Huerto: «La carne es enferma», y acuérdeseos de aquel tan admirable y lastimoso sudor. Pues si aquella carne divina y sin pecado, dice Su Majestad que es enferma, ¿cómo queremos la nuestra tan fuerte que no sienta la persecución que le puede venir y los trabajos? Y en ellos mismo será como sujeta ya la carne al espíritu. Junta su voluntad con la de Dios, no se queja.

»Ansí que no nos quejemos de temores, ni nos desanime ver flaco nuestro natural y esfuerzo, sino procuremos de fortalecernos de humildad, y entended claramente lo poco que podemos de nosotros, y que si Dios no nos favorece, no somos nada, y desconfiar de todo punto de nuestras fuerzas, y confiar de su misericordia, y que hasta estar ya en ello es toda la flaqueza, que no sin mucha causa lo mostró Nuestro Señor. Que claro está que no la tenía, pues era la misma fortaleza, sino para consuelo nuestro y para que entendamos lo que nos conviene ejercitar con obras nuestros deseos, y miremos que al principio de mortificarse un alma, todo se le hace penoso: si comienza a dejar regalos, pena; y si a dejar honra, tormento; y si ha de sufrir una palabra mala, se le hace intolerable; en fin, nunca le faltan tristezas hasta la muerte. Como acabare de deter-

minarse de morir al mundo, verse ha libre de estas penas; y, todo al contrario, no haya miedo que se queje, ya alcanzada la paz que pide la Esposa.» Conc. 3.

43.—¡Oh, hijas mías! déos Nuestro Señor a entender, o por mejor decir, a gustar (que de otra manera no se puede entender), qué es del gozo del alma cuando está ansí. Allá se avengan los del mundo con sus señoríos, y con sus riquezas, y con sus deleites, y con sus honras, y con sus manjares, que si todo lo pudiesen gozar sin los trabajos que traen consigo, lo que es imposible, no llegara en mil años al contento que en un momento tiene un alma a quien el Señor llega aquí. San Pablo dice que no «son dignos todos los trabajos del mundo de la gloria que esperamos»; yo digo, que no son dignos, ni pueden merecer una hora de esta satisfacción que aquí da Dios al alma, y gozo y deleite. No tiene comparación, a mi parecer, ni se puede merecer un regalo tan regalado de Nuestro Señor, una unión tan unida, un amor tan dado a entender, y a gustar con las bajezas de las cosas del mundo. ¡Donosos son sus trabajos para compararlo a esto! Que si no son pasados por Dios, no valen nada; si lo son, Su Majestad los da tan medidos con nuestras fuerzas, que de pusilámines y miserables los tememos tanto.

«Ya yo veo, Esposo mío, que Vos sois para mí, no lo puedo negar. Por mí viniste al mundo, por mí pasaste tan grandes trabajos, por mí sufriste tantos azotes, por mí os quedásteis en el Santísimo Sacramento y ahora me hacéis tan grandísimos regalos. Pues... ¿qué puedo hacer por mi Esposo? Conc. 4.

44. – Ir yo a Burgos con tantas enfermedades (que les son los fríos muy contrarios) siendo tan frío, parecióme que no se sufría, que era temeridad andar tan largo camino, acabada de venir de tan áspero, como he dicho, en la venida de Soria.

Estando pensando esto, y muy determinada a no ir, díceme el Señor estas palabras, por donde vi que era ya dada la licencia: *No hagas caso de esos fríos, que Yo soy la verdadera calor. El demonio pone todas sus fuerzas por impedir aquella fundación: ponlas tú de mi parte porque se haga, y no dejes de ir en persona, que se hará gran provecho.*

Con esto torné a mudar parecer, aunque el natural en cosas de trabajo algunas veces repugna, mas no la determinación de padecer por este gran Dios; y ansí le digo que no haga caso de estos sentimientos de mi flaqueza, para mandarme lo que fuere servido, que con su favor no lo dejaré de hacer. Hacía entonces nieves y fríos; lo que me acobarda más, es

la poca salud, que, a tenerla, todo no me parece que se me haría nada. Esta me ha fatigado en esta fundación muy ordinario; el frío ha sido tan poco, al menos el que yo he sentido, que con verdad me parece sentía tanto cuando estaba en Toledo. Bien ha cumplido el Señor su palabra de lo que en esto dijo.

¡Oh, Señor mío, qué cierto es a quien os hace algún servicio, pagar luego con un gran trabajo! ¡Y qué precio tan precioso para los que de veras os aman, si luego se nos diese a entender su valor!

Estando en esta aflicción, y mis compañeras la tenían mucha, sin estar en oración, me dice Nuestro Señor estas palabras: «Ahora, Teresa, ten fuerte.»

Gran cosa hace un buen entendimiento para todo; como él le tiene tan grande, y le puso Dios la voluntad, acabó con él esta obra. F, 31.

45.—Es providencia del Señor, a mi parecer, no entender esto los principiantes a dónde llegan estas otras almas; porque con el hervor de los principios, querrían luego dar salto hasta allí, y no les conviene; porque aún no están criados, sino que es menester que se sustenten más días con la leche que dije al principio. Esténse cabe aquellos divinos pechos, que el Señor tendrá cuidado, cuando estén ya con fuerzas, de sacarlos a más, porque no harían

el provecho que piensan, antes se dañarían a sí. Conc. 7.

46.—Cuando Vos, Señor, queréis dar ánimo, ¡qué poco hacen todas las contradicciones! V. 35.

47.—Estuvimos algunos días con los jergones y la manta, sin más ropa, y aun aquel día ni una seroja de leña no teníamos para asar una sardina, y no sé a quién movió el Señor, que nos pusieron en la iglesia un hacecito de leña, con que nos remediamos. A las noches se pasaba algún frío, que le hacía; aunque con la manta, y las capas de sayal que traemos encima, nos abrigábamos, que muchas veces nos aprovechan. Parecerá imposible, estando en casa de aquella señora que me quería tanto, entrar con tanta pobreza; no sé la causa, sino que quiso Dios que experimentásemos el bien de esta virtud. Yo no se lo pedí, que soy enemiga de dar pesadumbre, y ella no advirtió por ventura; que más que lo que nos podía dar, le soy a cargo.

Ello fué harto bien para nosotras, porque era tanto el consuelo interior que traíamos y la alegría, que muchas veces se me acuerda lo que el Señor tiene encerrado en las virtudes. Como una contemplación suave me parece causaba esta falta que teníamos, aunque duró poco, que luego nos fueron proveyendo, más

de lo que quisiéramos, el mismo Alonso Alvarez y otros. Y es cierto que era tanta mi tristeza, que no me parecía sino como si tuviera muchas joyas de oro, y me las llevaran y dejaran pobre, así sería pena de que se nos iba acabando la pobreza, y mis compañeras lo mismo; que como las vi mustias, les pregunté qué habían, y me dijeron: «Qué hemos de haber, madre, que ya no parece somos pobres.»

Desde entonces me creció el deseo de serlo mucho, y me quedó señorío para tener en poco las cosas de bienes temporales, pues su falta hace crecer el bien interior, que, cierto, trae consigo otra hartura y quietud. En los días que había tratado de la fundación con Alonso Alvarez, eran muchas las personas a quien parecía mal, y me lo decían, por parecerles que no eran ilustres y caballeros, aunque harto buenos en su estado, como he dicho, y que en un lugar tan principal como éste de Toledo, que no me faltaría comodidad. Yo no reparaba mucho en esto, porque, gloria sea Dios, siempre he estimado en más la virtud que el linaje; mas habían ido tantos dichos al Gobernador, que me dió la licencia, con esta condición que fundase yo como en otras partes.

Yo no sabía qué hacer, porque hecho el monasterio, tornaron a tratar del negocio; mas como ya estaba fundado, tomé este medio de

darles la capilla mayor, y que en lo que toca al monasterio no tuviesen ninguna cosa, como ahora está. Ya había quien quisiese la capilla mayor, persona principal, y había hartos pareceres, no sabiendo a qué me determinar.

Nuestro Señor me quiso dar luz en este caso, y ansí me dijo una vez «cuán poco al caso harían delante del juicio de Dios estos linajes y estados», y me hizo una reprensión grande, porque daba oídos a los que me hablaban en esto, que no eran cosas para los que ya tenemos despreciado el mundo. F. 15.

48.—Otras veces me vienen unos deseos de servir a Dios con unos ímpetus tan grandes que no lo sé encarecer, y con una pena de ver de cuán poco provecho soy. Paréceme entonces que ningún trabajo ni cosa se me pondría delante, ni muerte ni martirio, que no los pasase con facilidad. Esto es también sin consideración, sino en un punto, que me revuelve toda, y no sé de dónde me viene tanto esfuerzo. Paréceme que querría dar voces, y dar a entender a todos lo que les va en no se contentar con cosas pocas, y cuánto bien hay que nos dará Dios en disponiéndonos nosotros. Digo que son estos deseos de manera, que me deshago entre mí pareciéndome que quiero lo que no puedo. Paréceme me tiene atada este cuerpo, por no ser para servir a Dios en nada, y el

estado; porque, a no le tener, haría cosas muy señaladas, en lo que mis fuerzas pueden; y ansí, de verme sin ningún poder para servir a Dios, siento de manera esta pena, que no lo puedo encarecer: acabo con regalo y recogimiento y consuelo de Dios.

Otras veces me ha acaecido, cuando me dan estas ansias por servirle, querer hacer penitencias, mas no puedo. Esto me aliviaría mucho y alivia y alegra, aunque no son casi nada, por la flaqueza de mi cuerpo; aunque si me dejase con estos deseos, creo haría demasiado.

Algunas veces me da gran pena haber de tratar con nadie, y me aflige tanto, que me hace llorar harto, porque toda mi ansia es por estar sola; y aunque algunas veces no rezo, ni leo, me consuela la soledad; y la conversación, especial de parientes y deudos, me parece pesada, y que estoy como vendida, salvo con los que trato cosas de oración y de alma, que con éstos me consuelo y alegro, aunque algunas veces me hartan, y querría no verlos, sino irme a donde estuviese sola, aunque esto pocas veces; especialmente con los que trato mi conciencia, siempre me consuelan.

Otras veces me da gran pena haber de comer y dormir, y ver que yo, más que nadie, no lo puedo dejar. Hágolo por servir a Dios, y ansí se lo ofrezco.

A los que veo más aprovechados, y con estas determinaciones, y desasidos y animosos, los amo mucho, y con tales querría yo tratar, y parece que me ayudan. Las personas que veo tímidas y que me parece a mí van atentando en las cosas, que conforme a razón acá se pueden hacer, parece que me congojan, y me hacen llamar a Dios y a los santos que estas tales cosas, que ahora nos espantan, acometieron. No porque yo sea para nada, pero porque me parece que ayuda Dios a los que por El se ponen a mucho, y que nunca falta a quien en El solo confía, y querría hallar quien me ayudase a creerlo ansí, y no tener cuidado de lo que he de comer y vestir, sino dejarlo a Dios.R. 1.

49.—Fué Dios servido de hacer tan buen tiempo, y darme tanta salud, que parecía nunca había tenido mal; que yo me espantaba, y consideraba lo mucho que importa no mirar nuestra flaca disposición, cuando entendemos se sirve el Señor, por contradicción que se nos ponga delante, pues es poderoso de hacer de los flacos fuertes y de los enfermos sanos..Y cuando esto no hiciere, será lo mejor padecer para nuestra alma, y puestos los ojos en su honra y gloria, olvidarnos a nosotros. ¿Para qué es la vida y la salud, sino para perderla por tan gran Rey y Señor? Creedme, hermanas, que jamás os irá mal en ir por aquí.

Yo confieso que mi ruindad y flaqueza muchas veces me ha hecho temer y dudar; mas no me acuerdo ninguna, después que el Señor me dió hábito de Descalza, ni algunos años antes, que no me hiciese merced, por su sola misericordía, de vencer estas tentaciones, y arrojarme a lo que entendía era mayor servicio suyo, por dificultoso que fuese. Bien claro entiendo que era poco lo que hacía de mi parte, mas no quiere más Dios de esta determinación para hacerlo todo de la suya. Sea por siempre bendito y alabado. Amén. F. 28.

50.—También cuando veo alguna persona que sabe alguna cosa buena de mí, le querría dar a entender los pecados de mi vida; porque me parece ser honra mía que Nuestro Señor sea alabado, y ninguna cosa se me da por lo demás. Esto sabe El bien, o yo estoy muy ciega, que ni honra, ni vida, ni gloria, ni bien ninguno, en cuerpo ni alma, hay quien me detenga, ni quiera, ni desee mi provecho, sino su gloria.

En lo de la pobreza, me parece me ha hecho Dios mucha merced, porque aun lo necesario no querría tener, si no fuese de limosna; y ansí deseo en extremo estar a donde no se coma de otra cosa. Paréceme a mí que estar donde estoy cierta que no me ha de faltar de comer y de vestir, que no se cumple con tanta perfec-

ción el voto ni el consejo de Cristo como a donde no hay renta, que alguna vez faltará; y los bienes que con la verdadera pobreza se ganan, parécenme muchos y no los querría perder.

De mi natural suelo, cuando deseo una cosa, ser impetuosa en desearla. Ahora van mis deseos con tanta quietud, que cuando los veo cumplidos, aun no entiendo si me huelgo.

Póngome en los brazos de Dios, y fío de mis deseos, que éstos, cierto, entiendo son morir por El, y perder todo el descanso, y venga lo que viniere. R. 1.

51.—Tiene vuestra paternidad en lo que dice que es menester para la reforma, grandísima razón, que no se han de conquistar las almas a fuerza de armas, como los cuerpos! Dios me le guarde, que harto contenta me tiene. Para encomendarle mucho a Dios querría ser muy buena, digo para que me aprovechen los deseos. Ep. 35.

52.—Estando pensando una vez con cuanta más limpieza se vive estando apartada de negocios, y cómo cuando yo ando en ellos debo andar mal y con muchas faltas, entendí: «No puede ser menos, hija; procura siempre en todo recta intención y desasimiento, y mírame a Mí, que vaya lo que hicieres conforme a lo que yo hice.» R. 6.

53.—Esto me dijo el Señor otro día: «¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, y en padecer y en amar.

Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos, y a éstos responde el amor. ¿En qué te le puedo más mostrar que querer para ti lo que quise para Mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores. Este es el camino de la verdad. Ansí me ayudarás a llorar la perdición que traen los del mundo, entendiendo tú esto, que todos sus deseos y cuidados y pensamientos se emplean en cómo tener lo contrario.» R. 15.

54.—Plega a El siempre vaya vuestra merced adelante en su servicio; que pues no hay tasa en el galardonar, no ha de haber parar en procurar servir al Señor, sino cada día un poquito siquiera ir más adelante, y con hervor, que parezca, como es ansí, que siempre estamos en guerra, y que, hasta haber victoria, no ha de haber descuido. Ep. 1.

55.—Vime estando en oración en un gran campo a solas, en rededor de mí mucha gente de diferentes maneras, que me tenían rodeada; todas me parece tenían armas en las manos para ofenderme: unas, lanzas; otras, espadas; otras, dagas, y otras, estoques muy largos. En fin, yo no podía salir por ninguna parte sin que me pusiese a peligro de muerte, y sola, sin

persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta aflicción, que no sabía qué me hacer, alcé los ojos al cielo y vi a Cristo, no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire, que tendía la mano hacia mí, y desde allí me favorecía de manera, que yo no temía toda la otra gente, ni ellos, aunque querían, me podían hacer daño.

Parece sin fruto esta visión, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dió a entender lo que significaba; y poco después me vi casi en aquella batería, y conocí ser aquella visión un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender a la triste alma. Dejemos los que no sirven mucho al Señor, y honras, y haciendas, y deleites y otras cosas semejantes, que está claro que cuando el alma no se percata, se ve enredada, al menos procuran todas estas cosas enredar más, amigos, parientes, y lo que más me espanta, personas muy buenas. De todo me vi después tan apretada, pensando ellos que hacian bien, que yo no sabía cómo me defender ni qué hacer.

¡Oh, válgame Dios, si dijese de las maneras y diferencias de trabajos que en este tiempo tuve, aun después de lo que atrás queda dicho, cómo sería harto aviso para del todo aborrecerlo todo! Fué la mayor persecución, me pa-

rece, de las que he pasado. Digo que me vi a veces de todas partes tan apretada, que sólo hallaba remedio en alzar los ojos al cielo y llamar a Dios. Acordábame bien de lo que había visto en esta visión. Hízome harto gran provecho para no confiar mucho de nadie, porque no le hay que sea estable sino Dios. Siempre en estos trabajos grandes me enviaba el Señor, como me lo mostró, una persona de su parte que me diese la mano, como me lo había mostrado en esta visión, sin ir asida a nada más de a contentar al Señor; que ha sido para sustentar esa poquita de virtud que yo tenía en desearos servir. Seáis bendito por siempre. V. 39.

56.—Aún no acabamos de entender el mundo, ni se quiere dejar. Ep. 3.

57.—Créame vuestra merced, todas las cosas que llaman bienes en esta vida miserable, lo son; y ansí le aprovechará a vuestra merced mucho haber estado los años pasados empleada en Dios, para que dé a cada cosa su valor, y, como lo que ha de acabarse tan presto, no lo estime. Ep. 11.

58.—Es nuestro Señor servido que me han faltado las calenturas. Yo me doy toda prisa que puedo, a dejar esto a mi contento, y pienso, con el favor de Nuestro Señor, se acabará con brevedad; y yo prometo a vuestra merced no perder tiempo, ni hacer caso de mi mal,

aunque tornasen las calenturas, para dejar de ir luego, que razón es, pues vuestra merced lo hace todo, haga yo de mi parte lo que es nada, que es tomar trabajo alguno; pues no habíamos de procurar otra cosa los que pretendemos seguir a quien, tan sin merecerlo, siempre vivió en ellos. Ep. 2.

59.—¡Oh si tuviese un señorío interior como lo tiene exterior, qué en poco tendría ya V. S. estos que acá llaman trabajos! Ep. 14.

60.—Yo le digo a V. S que por aquí está su fama como plega al Señor sea su obra, que no hacen sino llamar a V. S. santa, y decirme alabanzas suyas de todo tiempo. Sea el Señor alabado que se les da tal ejemplo. ¿Y con qué piensa V. S.? Con padecer tantos trabajos, que ya con esto comienza Nuestro Señor a que el fuego que pone en su alma de amor suyo vaya encendiendo a otras. Por eso vuestra merced se me esfuerce: mire lo que pasó el Señor este tiempo [de Cuaresma]. Ep. 14.

61.—Queríalos yo más en su casa sosegados, que estotros cargos, que en todos veo un sí, no. Ep. 16.

62.—Y crea que quien está en los ojos del mundo, tanto como yo, que aun lo que es virtud es menester mirar cómo se hace. Ep. 17.

63.—Gusto tener libertad con estos señores, para decirles mi parecer. Y está el mundo tal

de intereses, que en forma tengo aborrecido este tener. Ep. 18.

64.—En forma, me parece he de tener alivio con tener a vuestra merced acá, que es tan poco el que me dan las cosas de toda tierra, que por ventura quiere Nuestro Señor tenga ese, y que nos juntemos entrambos, para procurar más su honra y gloria, y algún provecho de las almas; que esto es lo que mucho me lastima, ver tantas perdidas, y esos indios no me cuestan poco. El Señor los dé luz, que acá y allá hay harta desventura; que como ando en tantas partes, y me hablan muchas personas, no sé muchas veces qué decir, sino que somos peores que bestias, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma, y como la apocamos con cosas tan apocadas, como son las de la tierra. Denos el Señor luz. Ep. 18.

65.—En pasando mañana me voy, si no me da otro mal de nuevo, y ha de ser grande, cuando me lo estorbe. Ep. 36.

66.—Así es este mundo, que sólo de Dios podemos fiar. Ep. 45.

67.—¡Oh, hija mía, que estamos en un mundo, que aunque haya mis años, no le acabará de entender! Ep. 46.

68.—Estoy mejor, iba a decir buena, porque cuando no tengo más de los males ordinarios, es mucha salud. Ep. 50.

69.—De que estará descontento de sí, no es cosa nueva, ni V. S. se espante de que con el trabajo del camino y el no poder tener el tiempo tan ordenado, tenga alguna tibieza. Como vuestra señoría torne a su sosiego, le tornará a tener el alma. Yo tengo ahora alguna salud, para como he estado; que, a saberme quejar tan bien como V. S., no tuviera en nada sus penas. Ep. 52.

70.—Ya yo sabía la muerte del rey de Francia. Harta pena me da ver tantos trabajos, y cómo va el demonio ganando almas. Dios lo remedie, que, si aprovechasen nuestras oraciones, no hay descuido en suplicarlo a Su Majestad. Ep. 53.

71.—Huélgome de saber el medio por donde lo hacer cuando sea necesario, y que se ofreciese conyuntura de hablar a V. S. en estas mis salidas. Cierto es una de las cosas que me cansan en la vida, y que mayor trabajo es para mí, y ver que sobre todo esto se tenga por malo. Hartas veces he pensado cuán mejor me estaría estarme en mi sosiego, a no tener un precepto del general; otras, cuando veo lo que se sirve el Señor en estas casas, se me hace todo poco. Su Majestad me encamine a hacer su voluntad. Ep. 57.

72.—En fin, nos partimos para allá la semana que viene, el lunes. Hay cincuenta leguas. Bien

creo que él no me hiciera fuerza, mas teníalo tanta voluntad, que a no lo hacer, yo quedara con harto escrúpulo, que no cumplía con la obediencia, como siempre deseo. Por mí me ha pesado, y aun no gustado mucho de ir con este fuego a pasar el verano a Sevilla; plega al Señor se sirva, que en esto bien poco va. Ep. 59.

73.—Deshacíame por verme en peligros, por su servicio. En esto y otras cosas semejantes se pasa la vida. Ep. 86.

No hay que mirar en contento, que en la tierra sería yerro hacer caso de él. Ep. 113.

74.—Va el Señor entremetiendo penas con contentos, que es propio camino derecho de sus trazas. Ep. 126.

En fin, mi padre, le ayuda Dios y enseña a banderas desplegadas, como dicen; no haya miedo que deje de salir con gran empresa. ¡Oh, la envidia que tengo a los pecados que se dejan de hacer por vuestra paternidad y el padre fray Antonio! Y estoime yo aquí sólo con deseos. Ep. 127.

75.—¡Oh, padre mío, y qué es la alegría que viene a mi corazón, cuando veo por alguno de esta Orden (donde tanto ha sido ofendido) se haga alguna cosa para su honra y gloria, y se quiten algunos pecados! Sólo me da una pena grande y envidia de ver lo poco que yo valgo para esto; que quisiera andar en peligros y tra-

bajos, para que me cupiera parte de estos despojos, de los que andan las manos en la masa. Ep. 128.

76.—No sé qué me diga de este mundo, que, en habiendo interés, no hay santidad, y esto me hace que lo querría aborrecer todo. Ep. 34.

77.—No hemos de pedir a Dios milagros, y es menester que vuestra paternidad mire que no es de hierro, y que hay muchas cabezas perdidas en la Compañía, por darse a mucho trabajo; que en lo que dice de la perdición de esas almas que entran para servir a Dios, días ha que lo lloro. Lo que ha de hacer gran provecho es, si les dan buenos confesores; y si para los monasterios que han de ir Descalzas no busca vuestra paternidad remedio de esto, yo he miedo que no se hará tanto fruto; porque apretarlas en lo exterior y no tener quien en lo interior las ayude, es gran trabajo: así le tuve yo hasta que fueron Descalzos a la Encarnación. Ep. 139.

78.—Cuando el Señor da tanta multitud de trabajos juntos, suele dar buenos sucesos, que como nos conoce por tan flacos, y lo hace todo por nuestro bien, mide el padecer conforme a las fuerzas. Ep. 182.

79.—De este Rey somos todos vasallos. Plega a Su Majestad, que los del Hijo y de la Madre sean tales, que, como soldados esforzados,

sólo miremos a donde va la bandera de nuestro Rey para seguir su voluntad; que si esto hacemos con verdad los Carmelitas, está claro que no se pueden apartar los del nombre de Jesús. Ep. 183.

80.—Y creo que si sólo se hubiera mirado a Dios, y héchose por solo su servicio lo que pedía tan buen deseo, que ya estuviera todo pacífico y ellos más contentos, porque el mismo Señor lo allanara; y cuando vamos por respetos humanos, el fin que se pretende por ellos nunca se consigue; antes al revés, como ahora parece. ¡Como si fuera una herejía lo que quería hacer, como yo les he dicho, sienten que se entienda! Cierto, mi padre, que ellos y nosotros hemos tenido harto de tierra en el negocio. Ep. 199.

81.—Harto siento el desmán del padre Padilla, porque le tengo por siervo de Dios: plega a El muestre la verdad, que quien tiene tantos enemigos tiene harto trabajo, y todos andamos en esa aventura; mas poco es perder la vida y la honra por amor de tan buen Señor. Ep. 201.

82.—Sea con vuestra paternidad, mi padre, el Espíritu Santo, y dele fuerza para pasar esta batalla, que pocos hay ahora en nuestros tiempos, que con tanta furia permita el Señor que los acometan los demonios y el mundo. Ep. 202.

83.—Yo le digo, que le quiere Dios mucho,

mi padre, y que va bien a su imitación. Esté muy alegre, pues le da lo que le pide, que son trabajos que Dios tornará por vuestra paternidad que es justo. Sea bendito por todo. Ep. 204.

84.—¡Oh que buenos tesoros éstos, mi padre! No se compran por ningún precio, pues por ellos se gana tan gran corona. Cuando me acuerdo, que el mismo Señor nuestro y todos sus santos fueron por este camino, no me queda sino haber envidia a vuestra paternidad, porque ahora ya no merezco padecer, sino es sentir lo que padece quien bien quiero, que es harto mayor trabajo. Ep. 204.

85.—Iré al cabo del mundo, como sea por obediencia; antes creo, mientras mayor trabajo fuese, me holgaría más de hacer siquiera alguna cosita por este gran Dios, que tanto debo; en especial creo es más servirle, cuando sólo por obediencia se hace. Ep. 243.

86.- Sepa ser señor de sí para irse a la mano, pues esto es servicio de Dios. Ep. 257.

Sea Dios alabado, de donde viene todo el bien. Harta merced hace a quien toma por medio para aprovechar las almas. Ep. 263.

87.—Déjese de esa perfección; porque aunque más hagamos, no dirán que no tenemos codicia. Ep. 156

88.—Los seglares en caso de intereses miran poco a la razón. Ep. 180.

89.—Quisiera poderme ahora consolar en esa casa de los muchos cansancios y trabajos que estos años he tenido de hartas maneras. Este deseo es conforme a mi sensualidad; mas, cuando torna la razón, bien veo que no merezco sino cruz y más cruz, y que me hace Dios harta merced en no me dar otra cosa. Ep. 278.

90.—¡Oh, válame Dios, qué vanidades son las de este mundo! ¡Y cómo es lo mejor no desear descanso, ni cosa de él, sino poner todas las que nos tocaren en las manos de Dios, que El sabe mejor lo que nos conviene que nosotros lo pedimos! Ep. 290.

Yo ando razonable de salud con hartos cuidados y trabajos, sino que de todo se me da poco. Ep. 297.

91.—Ningún apego tengo. Préciese de ayudar a llevar a Dios la cruz, y no haga presa en los regalos, que es de soldados civiles querer luego el jornal. Sirva de balde, como hacen los grandes al rey. Ep. 374.

92.—Estando en el monasterio de Toledo, y aconsejándome algunos que no diese el enterramiento de él a quien no fuese caballero, díjome el Señor:

«Mucho te desatinará, hija, si miras las leyes del mundo. Pon los ojos en mí, pobre y despreciado de él. Por ventura, ¿serán los grandes del mundo grandes delante de mí, o

habéis vosotras de ser estimadas por linajes o por virtudes?» R. 8.

93.—Nunca, ni por primer movimiento, fuerza la voluntad de que se haga en ella (en la Santa) la de Dios.

Tiene tanta fuerza este rendimiento a ella (a la voluntad divina), que la muerte ni la vida se quiere... y queda el deseo de vivir, si El quiere, para servirle más, y si pudiera ser parte para que siquiera un alma le amase más y alabara por mi intercesión, que, aunque fuese por poco tiempo, la parece importa más que estar en la gloria. R. 6.

94.—Un día me dijo el Señor:

«Siempre deseas los trabajos, y por otra parte los rehusas. Yo dispongo las cosas conforme a lo que sé dé tu voluntad, y no conforme a tu sensualidad y flaqueza. Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo. He querido que ganes tú esta corona. En tus días verás muy adelantada la Orden de la Virgen.»

Esto entendí del Señor, mediado Febrero, año de 1571. R. 14.

95.—Estando pensando una vez con cuánta más limpieza se vive estando apartada de negocios, y cómo cuando yo ando en ellos debo andar mal y con muchas faltas, entendí: «No puede ser menos, hija; procura siempre en todo recta intención y desasimiento, y mírame a mí,

que vaya lo que hicieres conforme a lo que yo hice.» R. 11.

96.— Estaba una vez pensando si me habían de mandar ir a reformar cierto monasterio, y dábame pena. Entendí:

«¿De qué teméis? ¿Qué podéis perder sino las vidas que tantas veces me las habéis ofrecido? Yo os os ayudaré.» R. 50.

97.—Pensando si tenían razón los que les parecía mal que yo saliese a fundar, y que estaría yo mejor empleándome siempre en oración, entendí:

«Mientras se vive, no está la ganancia en procurar gozarme más, sino en hacer mi voluntad.» R. 19.

Jhs.

VIII

ENCARNACIÓN.—NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR

Encarnación.—1.—¿Que quién es esta doncella? Ella es hija de Dios Padre. Relumbra como una estrella. P.

2.—¡Oh, qué metida y qué metida y qué abrasada está la Virgen sacratísima en el mismo divino sol! Acuérdome cuando el Angel le dijo que la virtud del muy Alto le haría sombra. ¡Oh qué sombra esta tan celestial, y quién supiera decir lo que de esto da a entender el Señor! Conc. 5.

3.—Aquí están bien, que todo les sobra, digo cuanto a lo exterior, que para el contento interior poco hará esto: mejor le hay en la pobreza. Ep. 311.

4.—Humildad, humildad; por ésta se deja vencer el Señor a cuanto de El queremos. M. IV, 2.

5.—¡Oh, Señor! que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en Vos, que si no

mirásemos otra cosa sino al camino, presto llegaríamos; mas damos mil caidas y tropiezos, y erramos el camino por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino. Parece que nunca se anduvo según se nos hace nuevo. Cosa es para lastimar, por cierto, lo que algunas veces pasa. C. 16.

Nacimiento.—6.—No pienses, cuando ves a mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grave tormento. Desde que le dijo Simeón aquellas palabras, la dió mi Padre clara luz para que viese lo que Yo había de padecer. R. 15.

7.—Antes de Navidad me dieron unas calenturas, y estuve de mal de garganta, sangrada dos veces y purgada. Desde antes de los Reyes tengo cuartanas, aunque no con hastío, ni dejo de andar con todas, el día que no la tengo, a coro, y a refectorio algunas veces; creo no han de durar. Como yo veo lo que el Señor ha hecho en esta casa de tanta mejora, esfuérzome a no estar en la cama sino con la calentura, que es toda la noche. El frío comienza desde las dos, mas no es recio. Ep. 28.

8.—La humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin esto todo va perdido. Mas consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores, ansí el alma en el propio conocimiento; créame, y

vuele algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma y más libre de las sabandijas a donde entran en las primeras piezas, que es el propio conocimiento; que aunque, como digo, es harta misericordia de Dios que se ejercite en esto, tanto es lo de más como lo de menos, suelen decir. Y créanme, que, con la virtud de Dios, obraremos muy mejor virtud que muy atadas a nuestra tierra. M. I, 1.

9.—Mientras estamos en esta tierra, no hay cosa que más nos importe que la humildad. Y así torno a decir, que es muy bueno y muy rebueno tratar de entrar primero en el aposento a donde se trata de esto, que volar a los demás, porque éste es el camino; y si podemos ir por lo seguro y llano, ¿para qué hemos de querer alas para volar? mas que busque como aprovechar más en esto. Y a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes. M. I, 2.

10.—También os parecerá que, quien goza de cosas tan altas, no tendrá meditación en los misterios de la sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, porque se ejercitará

ya toda en amor. Esto es una cosa que escribí largo en otra parte, y aunque me han contradecido en ella y dicho que no lo entiendo, porque son caminos por donde lleva Nuestro Señor, y que cuando ya han pasado de los principios, es mejor tratar en cosas de la Divinidad y huir de las corpóreas, a mí no me harán confesar que es buen camino. Ya puede ser que me engañe, y que digamos todos una cosa; mas vi yo que me quería engañar el demonio por ahí, y ansí estoy tan escarmentada, que pienso, aunque lo haya dicho más veces, decíroslo otra vez aquí, porque vayáis en esto con mucha advertencia; y mirad que oso decir, que no creáis a quien os dijere otra cosa. Y procuraré darme más a entender, que hice en otra parte; porque por ventura si alguno lo ha escrito, como él lo dijo, si más se alargara en declararlo, decía bien; y decirlo ansí por junto a las que no entendemos tanto, puede hacer mucho mal.

También les parecerá a algunas almas que no pueden pensar en la Pasión; pues menos podrán en la Sacratísima Virgen, ni en la vida de los Santos, que tan gran provecho y aliento nos da de su memoria. Yo no puedo pensar en qué piensan; porque apartados de todo lo corpóreo, para espíritus angélicos es estar siempre abrasados en amor, que no para los que

vivimos en cuerpo mortal, que es menester trate y piense y se acompañe de los que teniéndole, hicieron tan grandes hazañas por Dios; cuanto más apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio, que es la sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo; y no puedo creer que lo hacen, sino que no se entienden, y ansí harán daño a sí y a los otros. Al menos yo les aseguro, que no entren a estas dos Moradas postreras; porque si pierden la guía, que es el buen Jesús, no acertarán el camino; harto será si se están en las demás con seguridad. Porque el mismo Señor dice que es camino; también dice el Señor que es luz, y que no puede ninguno ir al Padre sino por El; y quien me ve a mí ve a mi Padre. Dirán que se da otro sentido a estas palabras. Yo no sé esotros sentidos; con éste que siempre siente mi alma ser verdad, me ha ido muy bien

Y notad, hermanas, este punto, que es importante, y ansí le quiero declarar más. Está el alma deseando emplearse toda en amor, y querría no entender en otra cosa, mas no podrá aunque quiera; porque, aunque la voluntad no esté muerta, está mortecino el fuego que la suele hacer quemar, y es menester quien le sople para echar calor de sí. ¿Sería bueno que se estuviese el alma con esta sequedad, espe-

rando fuego del cielo, que queme este sacrificio que está haciendo de sí a Dios, como hizo nuestro Padre Elías? No, por cierto, ni es bien esperar milagros; el Señor los hace, cuando es servido, por esta alma, como queda dicho y se dirá adelante; mas quiere Su Majestad que nos tengamos por tan ruines, que no merecemos los haga, sino que nos ayudemos en todo lo que pudiéremos. Y tengo para mí, que hasta que muramos, por subida oración que haya, es menester esto.

Verdad es, que a quien mete ya el Señor en la séptima Morada, es muy pocas veces, o casi nunca, las que ha menester hacer esta diligencia, por la razón que en ella diré, si se me acordare; mas es muy continuo no se apartar de andar con Cristo Nuestro Señor por una manera admirable, a donde, divino y humano junto, es siempre su compañía. Ansí que, cuando no hay encendido el fuego que queda dicho, en la voluntad, ni se siente la presencia de Dios, es menester que la busquemos, que esto quiere Su Majestad, como lo hacía la Esposa en los Cantares, y que preguntemos a las criaturas quién las hizo, como dice San Agustín, creo en sus «Meditaciones», y no nos estemos bobos perdiendo tiempo por esperar lo que una vez se nos dió, que a los principios podrá ser que no lo dé el Señor en un año, y aun en muchos;

Su Majestad sabe el porqué; nosotras no hemos de querer saberlo ni hay para qué. Pues sabemos el camino, como hemos de contentar a Dios por los mandamientos y consejos, en esto andemos muy diligentes, y en pensar su vida y muerte, y lo mucho que le debemos; lo demás venga cuando el Señor quisiere. M. VI, 7.

11.—Téngame V. S. ánimo para andar por tierras extrañas: acuérdese cómo andaba nuestra Señora cuando fué a Egipto, y nuestro padre San José. Ep. 3.

Jhs.

IX

DOS BANDERAS

1.—No consintamos, oh hermanas, que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró por su sangre; miren que, sin entender cómo, se hallarán asidas, que no se puedan valer. ¡Oh, válame Dios! las niñerías que vienen de aquí no tienen cuento.

Si la voluntad se inclinare más a una que a otra, que no podrá ser menos, que es natural, y muchas veces nos lleva a amar lo más ruin, si tiene más gracias de naturaleza, que nos vayamos mucho a la mano a no nos dejar enseñorear de aquella afección. Amemos las virtudes y lo bueno interior, y siempre con estudio traigamos cuidado de apartarnos de hacer caso de esto exterior.

Aunque os parezca es este extremo, en él está gran perfección y gran paz, y se quitan muchas ocasiones a las que no están muy fuertes. C. 4.

2.—Aquí hace el demonio muchos enredos, que en conciencias que tratan groseramente de

contentar a Dios, se sienten poco y les parece virtud, y las que tratan de perfección lo entienden mucho; porque poco a poco quita la fuerza a la voluntad para que del todo se emplee en amar a Dios Y en mujeres creo debe ser esto aun más que en hombres, y hace daños para la comunidad muy notorios; porque de aqui viene el no se amar tanto todas, el sentir el agravio que se hace a la amiga, el desear tener para regalarla, el buscar tiempo para hablarla, y muchas veces más para decirle lo que la quiere y otras cosas impertinentes, que lo que ama a Dios. Porque estas amistades grandes pocas veces van ordenadas a ayudarse a amar más a Dios, antes creo las hace comenzar el demonio para comenzar bandos en las Religiones; que cuando es para servir a Su Majestad, luego se parece que no va la voluntad con pasión, sino procurando ayuda para vencer otras pasiones. C. 4.

3.—Miren que va mucho en esto, que es cosa peligrosa y un infierno y daño para todas. Y digo que no aguarden a entender mucho mal, sino que al principio lo atajen por todas las vías que pudieren y entendieren; con buena conciencia lo pueden hacer. Mas espero yo en el Señor, no permitirá que personas que han de tratar siempre en oración, puedan tener voluntad sino a quien sea muy siervo de Dios, que

esto es muy cierto, o lo es que no tienen oración ni perfección, conforme a lo que aquí se pretende, porque si no ven que entiende su lenguaje y es aficionado a hablar en Dios, no le podrán amar, porque no es su semejante; si lo es, con las poquísimas ocasiones que aquí habrá, o será muy simple, o no querrá desasosegarse y desasosegar a las siervas de Dios. C. 4.

4.—Este tener verdadera luz para guardar la ley de Dios con perfección, es todo nuestro bien; sobre ésta asienta bien la oración; sin este cimiento fuerte todo el edificio va falso. C. 5.

5.—En todo es menester cuidado y andar despiertas, pues el demonio no duerme, y en los que van en más perfección más, porque son muy más disimuladas las tentaciones, que no se atreve a otra cosa, que no parece se entiende el daño hasta que está ya hecho si, como digo, no se trae cuidado; en fin, que es menester siempre velar y orar, que no hay mejor remedio para descubrir estas cosas ocultas del demonio y hacerle dar señal que la oración. C. 7.

6.—Desasiéndonos del mundo y deudos y encerradas aquí con las condiciones que están dichas, ya parece lo tenemos todo hecho y que no hay que pelear con nada. Oh, hermanas mías, no os aseguréis ni os echéis a dormir,

que será como el que se acuesta muy sosegado, habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones, y se los deja en casa. Y ya sabéis que no hay peor ladrón, pues quedamos nosotras mismas, que si no se anda con gran cuidado, y cada una, como en negocio más importante que todos, no se mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu, que pueda volar a su Hacedor sin ir cargada de tierra y de plomo. C. 10.

7.—Terribles son los ardides y mañas del demonio, para que las almas no se conozcan ni entiendan sus caminos. M. I, 2.

8.—Andar mirando en las otras unas naderías, que a las veces no será imperfección, sino, como sabemos poco, quizá lo echaremos a la peor parte, puede el alma perder la paz, y aun inquietar la de las otras. Mirad si costaría caro la perfección. También podría el demonio poner esta tentación con la priora, y sería más peligrosa.

Guardaos, hijas mías, de cuidados ajenos. Mirad que en pocas Moradas de este Castillo dejan de combatir los demonios. Verdad es que en algunas tienen fuerza las guardas para pelear, como creo he dicho, que son las potencias; mas es mucho menester no nos descuidar para entender sus ardides, y que no nos enga-

ñe, hecho ángel de luz, que hay una multitud de cosas con que nos puede hacer daño entrando poco a poco, y, hasta haberle hecho, no le entendemos. M. I, 2.

9.—Este adversario enemigo nuestro, por donde quiera que puede, procura dañar; y pues él no anda descuidado, no lo andemos nosotros. C. 19.

10. Ya os dije otra vez, que [el demonio] es como una lima sorda, que hemos menester entenderle a los principios. Quiero decir alguna cosa para dároslo mejor a entender. Pone en una hermana varios ímpetus de penitencia, que le parece no tiene descanso, sino cuando se está atormentando. Este principio, bueno es; mas si la priora ha mandado que no hagan penitencia sin licencia, y le hace parecer que en cosa tan buena bien se puede atrever, y escondidamente se da tal vida que viene a perder la salud, y no hacer lo que manda su Regla, ya veis en que paró este bien. Pone a otra un celo de la perfección muy grande: esto muy bueno es; mas podría venir de aquí, que cualquier faltita de las hermanas le pareciese una gran quiebra, y un cuidado de mirar si las hacen, y acudir a la priora; y aun a las veces podría ser no ver las suyas, por el gran celo que tiene de la Religión: como las otras no entienden lo interior, y ven el cuidado, podría ser no lo tomar tan bien.

Lo que aquí pretende el demonio, no es poco, que es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que sería gran daño. Entendamos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con más perfección guardáremos estos dos mandamientos, seremos más perfectos. M. I, 2.

11.—Aquí está el entendimiento más vivo, y las potencias más hábiles; andan los golpes y la artillería de manera, que no lo puede el alma dejar de oir. Porque aquí es el representar los demonios estas culebras de las cosas del mundo, y el hacer los contentos de él casi eternos; la estima en que está tenido en él, los amigos y parientes, la salud en las cosas de penitencia, que siempre comienza el alma que entra en esta Morada a desear hacer alguna, y otras mil maneras de impedimentos. M. II, 1.

12.—Podréisme preguntar o estar con duda de dos cosas: la primera, que si está el alma tan puesta con la voluntad de Dios, como queda dicho, que cómo se puede engañar, pues ella en todo no quiere hacer la suya. La segunda, por qué vías puede entrar el demonio tan peligrosamente que se pierda vuestra alma, estando tan apartadas del mundo y tan llegadas a los sacramentos, y en compañía, podemos decir, de ángeles, pues por la bondad del Señor, todas no traen otros deseos sino de servirle y agradarle

en todo; que ya los que están metidos en las ocasiones del mundo, no es mucho. Yo digo que en esto tenéis razón, que harta misericordia nos ha hecho Dios; mas cuando veo, como he dicho, que estaba Judas en compañía de los Apóstoles, y tratando siempre con el mismo Dios, y oyendo sus palabras, entiendo que no hay seguridad en esto.

Respondiendo a lo primero, digo que si esta alma se estuviese siempre asida a la voluntad de Dios, que está claro que no se perdería; mas viene el demonio con unas sutilezas grandes, y debajo de color de bien, vala desquiciando en poquitas cosas de ella, y metiendo en algunas que él le hace entender que no son malas, y poco a poco obscureciendo el entendimiento, y entibiando la voluntad, y haciendo crecer en ella el amor propio, hasta que de uno en otro la va apartando de la voluntad de Dios y llegando a la suya. De aquí queda respondido a lo segundo; porque no hay encerramiento tan encerrado adonde él no pueda entrar, ni desierto tan apartado adonde deje de ir. Y aun otra cosa os digo, que quizá lo permite el Señor para ver cómo se ha aquel alma a quien quiere poner por luz de otras, que más vale que en los principios, si ha de ser ruin, lo sea, que no cuando dañe a muchas.

La diligencia que a mí se me ofrece más cier-

ta, después de pedir siempre a Dios en la oración que nos tenga de su mano, y pensar muy continuo, cómo, si El nos deja, seremos luego en el profundo, como es verdad, y jamás estar confiadas en nosotras, pues será desatino estarlo, es andar con particular cuidado y aviso, mirando cómo vamos en las virtudes: si vamos mejorando o disminuyendo en algo, en especial en el amor unas con otras, y en el deseo de ser tenida por la menor, y en cosas ordinarias; que si miramos en ella, y pedimos al Señor que nos dé luz, luego veremos la ganancia o la pérdida. Que no penséis que alma que llega Dios a tanto, la deja tan aprisa de su mano, que no tenga bien el demonio que trabajar, y siente Su Majestad tanto en que se le pierda, que le da mil avisos interiores de muchas maneras; ansí que no se le podrá esconder el daño. M. V, 4.

13.—Procuremos siempre ir adelante, y si esto no hay, andemos con gran temor, porque sin duda, algún salto nos quiere hacer el demonio. M. V, 4.

14.—¡Oh pobre mariposilla, atada con tantas cadenas, que no te dejan volar lo que querrías! Habedla lástima, mi Dios; ordenad ya de manera, que ella pueda cumplir en algo sus deseos, para vuestra honra y gloria. No os acordéis de lo poco que lo merece, y de su bajo na-

tural. Poderoso sois Vos, Señor, para que la gran mar se retire, y el gran Jordán, y dejen pasar los hijos de Israel; no la hayáis lástima, que con vuestra fortaleza ayudada, puede pasar muchos trabajos. Ella está determinada a ello, y los desea padecer; alargad, Señor, vuestro poderoso brazo, no se le pase la vida en cosas tan bajas. Parézcase vuestra grandeza en cosa tan femenil y baja, para que entendiendo el mundo que no es nada de ella, os alaben a Vos, cuéstele lo que le costare, que eso quiere, y dar mil vidas porque un alma os alabe un poquito más a su costa, si tantas tuviera; y las da por muy bien empleadas, y entiende con toda verdad que no merece padecer por Vos un muy pequeño trabajo, cuanto más morir. M. VI, 6.

15. —En los movimientos interiores se traiga mucha cuenta, en especial, si tocan en mayorías. Dios nos libre por su Pasión, de decir ni pensar, para detenerse en ello: «si soy más antigua», «si he más años», «si he trabajado más», «si tratan a la otra mejor». Estos pensamientos, si vinieren, es menester atajarlos con presteza; que si se detienen en ellos, o lo ponen en plática, es pestilencia y de donde nacen grandes males. Si tuvieren priora que consiente cosas de estas, por poca que sea, crean por sus pecados ha permitido Dios la tengan

para comenzarse a perder, y hagan gran oración, porque dé el remedio, porque están en gran peligro.

Mas créanme una cosa, que si hay punto de honra o de hacienda, y esto también puede haberlo en los monasterios como fuera, aunque más quitadas están las ocasiones y mayor sería la culpa, que aunque tengan muchos años de oración (o por mejor decir, consideración; porque oración perfecta, en fin, quita estos resabios), que nunca medrarán mucho ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración. C. 12.

16.—Que espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con otros asimientos de honras y haciendas y deleites; que entonces, juntos ellos con nosotros mismos, que nos somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán; porque con nuestras mismas armas les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Esta es la gran lástima; mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos servirle de verdad, huye él de estas verdades como de pestilencia. Es amigo de mentiras y la misma mentira. No hará pacto con quien anda en verdad. Cuando él ve oscurecido el

entendimiento, ayuda lindamente a que se quiebren los ojos; porque si a uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas, que parecen las de este mundo cosa de juego de niños, ya él ve que éste es niño, pues trata como tal, y atrévese a luchar con él una y muchas veces.

Plega al Señor que no sea yo de éstos, sino que me favorezca Su Majestad para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés; y una higa para todos los demonios, que ellos me temerán a mí. No entiendo estos miedos: ¡demonio! ¡demonio! a donde podemos decir: ¡Dios! ¡Dios!, y hacerle temblar. Sí, que ya sabemos que no se puede menear si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es sin duda que tengo ya más miedo a los que tan grande le tienen al demonio que a él mismo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto cómo lo he podido sufrir. Bendito sea el Señor que tan de veras me ha ayudado. V. 25.

17.— Cada una mire en sí lo que tiene de humildad y verá lo que está aprovechada. Paréceme que al verdadero humilde, aun de primer movimiento no osará el demonio tentarle en

cosa de mayorías, porque como es tan sagaz, teme el golpe.

Este consejo tomad de mí, y no se os olvide, que no sólo en lo interior, que sería gran mal no quedar con ganancia, mas en lo exterior procurad la saquen las hermanas de vuestra tentación, si queréis vengaros del demonio y libraros más presto de la tentación; que ansí como os venga, pidáis a la prelada que os mande hacer algún oficio bajo, o como pudiéreis los hagáis vos, y andéis estudiando en esto cómo doblar vuestra voluntad en cosas contrarias, que el Señor os las descubrirá, y con esto durará poco la tentación. C. 12.

18.—Hay un gran bien que siempre veréis algunos que os ayuden, porque esto tiene el verdadero siervo de Dios, a quien Su Majestad ha dado luz del verdadero camino, que en estos temores le crece más el deseo de no parar. Entiende claro por dónde va a dar el golpe el demonio, y húrtale el cuerpo y quiébrale la cabeza; más siente él esto que cuantos placeres otros le hacen le contentan. Cuando en un tiempo de alboroto, en una cizaña que ha puesto, que parece lleva a todos tras sí medio ciegos, porque es debajo de buen celo, levanta Dios uno que los abra los ojos y diga que miren los ha puesto niebla para no ver el camino; ¡qué grandeza de Dios!, que puede más a las

veces un hombre sólo o dos que digan verdad, que muchos juntos; tornan poco a poco a descubrir el camino; dáles Dios ánimo. Si dicen que hay peligro en la oración, procura se entienda cuán buena es la oración, si no por palabras, por obras; si dicen que no es bien a menudo las comuniones, entonces las frecuenta más. Ansí que, como haya uno o dos que sin temor sigan lo mejor, luego torna el Señor, poco a poco, a ganar lo perdido. C. 21.

19.—Dios nos libre de personas que le quieren servir acordarse de honra; mirad que es mala ganancia, y como he dicho, la misma honra se pierde con desearla, en especial en las mayorías, que no hay tóxico en el mundo que ansí mate como estas cosas la perfección.

Diréis que son cosillas naturales, que no hay que hacer caso; no os burléis con eso, que crece como espuma, y no hay cosa pequeña en tan notable peligro, como son estos puntos de honra y mirar si nos hicieron agravio. ¿Sabéis por qué, sin otras hartas cosas? Por ventura en una comienza por poco y no es casi nada, y luego mueve el demonio a que al otro le parezca mucho, y aun pensará es caridad decirle que cómo consiente aquel agravio, que Dios le dé paciencia, que se lo ofrezcáis, que no sufriera más un santo. Pone un caramillo en la en la lengua de la otra, que ya que acabáis con

vos de sufrir, quedáis aún tentada de vanagloria de lo que no sufristes con la perfección que se había de sufrir.

Y es esta nuestra naturaleza tan flaca, que aun diciéndonos que no hay que sufrir, pensamos hemos hecho algo y lo sentimos, cuánto más ver que lo sienten por nosotras; y ansí va perdiendo el alma las ocasiones que había tenido para merecer, y queda más flaca y abierta la puerta al demonio para que otra vez venga con otra cosa peor; y aun podrá acaecer, aun cuando vos queráis sufrirlo, que vengan a vos y os dirán, que si sois bestia, que bien es que se sientan las cosas. ¡Oh, por amor de Dios, hermanas mías!, que a ninguna le mueva indiscreta caridad para mostrar lástima de la otra en cosa que toque a estos fingidos agravios, que es como la que tuvieron los amigos del Santo Job con él y su mujer. C. 12.

20.—Tengo por una de las grandes mercedes que me ha hecho el Señor este ánimo que me dió contra los demonios; porque andar un alma acobardada y temerosa de nada, sino de ofender a Dios, es grandísimo inconveniente, pues tenemos Rey todopoderoso y tan gran Señor, que todo lo puede y a todos sujeta. No hay que temer andando, como he dicho, en verdad delante de Su Majestad y con limpia conciencia. Para esto, como he dicho, querría yo todos los

temores, para no ofender en un punto a quien en el mismo punto nos puede deshacer; que, contento Su Majestad, no hay quien sea contra nosotros que no lleve las manos en la cabeza. V 26.

21.—Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y de esto no hay que dudar, pues es fe, siendo yo sierva de este Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí? ¿Por qué no he yo de tener fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano, y parecía verdaderamente darme Dios ánimo, que yo me vi otra en un breve tiempo, que no temiera tomarme con ellos a brazos, que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera a todos; y ansí dije: ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.

Es, sin duda, que me parecía me habían miedo, porque yo quedé sosegada, y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener hasta hoy; porque, aunque algunas veces los veía, como diré después, no los he habido más casi miedo, antes me parecía ellos me le habían a mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo

que los tienen en poco, no les queda fuerza. No saben estos enemigos derecho acometer, sino a quien ven que se les rinde, o cuando lo permite Dios, para más bien de sus siervos, que los tienten y atormenten. Pluguiese a Su Majestad temiésemos a quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infierno junto, pues es ello ansí. V. 25.

22.—Toda persona que quisiere ser perfecta, huya mil leguas de «razón tuve», «hiciéronme sin razón», «no tuvo razón quien esto hizo conmigo». De malas razones nos libre Dios. ¿Os parece que había razón para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias y se las hiciesen y tantas sinrazones? La que no quisiere llevar cruz, sino la que le dieren muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monasterio; tórnese al mundo a donde aún no le guardarán esas razones. ¿Por ventura podéis pasar tanto que no debáis más? ¿Qué razón es ésta? Por cierto yo no la entiendo. Cuando nos hicieren alguna honra o regalo o buen tratamiento, saquemos esas razones, que cierto es contra razón nos le hagan en esta vida; mas cuando agravios, que ansí los nombran sin hacernos agravio, yo no sé qué hay que hablar. C. 13.

23.—En mucho se ha de tener una virtud cuando el Señor la comienza a dar, y en nin-

guna manera ponernos en peligro de perderla. Ansí es en cosas de honra, y en otras muchas; que crea vuestra merced, que no todos los que pensamos estamos desasidos del todo, lo están, y es menester nunca descuidar en esto. Y cualquiera persona que sienta en sí algún punto de honra, si quiere aprovechar, créame y dé tras este atamiento, que es una cadena que no hay lima que la quiebre, si no es Dios con oración y hacer mucho de nuestra parte. Paréceme que es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace. Veo a algunas personas santas en sus obras, que las hacen tan grandes que espantan las gentes. ¡Válgame Dios! ¿Por qué está aún en la tierra esta alma? ¿Cómo no está en la cumbre de la perfección? ¿Qué es esto? ¿Quién detiene a quien tanto hace por Dios? ¡Oh, que tiene un punto de honra! Y lo peor que tiene es que no quiere entender que le tiene, y es porque algunas veces le hace entender el demonio que es obligado a tenerle.

Pues créanme, crean por amor del Señor a esta hormiguilla que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que a todo el árbol no dañe, porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es árbol hermoso, sino que él no medra, ni aun deja medrar a los que andan cabe él; porque

la fruta que da de buen ejemplo no es nada sana; poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que un punto o compás que se yerre, disuena toda la música; y es cosa que en todas partes hace harto daño al alma, mas en este camino de oración es pestilencia. V. 31.

24.—La que le pareciere es tenida entre todas en menos, se tenga por más bienaventurada; y ansí lo es, si lo lleva como lo ha de llevar, que no le faltará honra en esta vida ni en la otra. Créanme esto a mí; mas qué disparate he dicho que me crean a mí, diciéndolo la verdadera Sabiduría.

Ansí que, si las cosas dichas no se atajan con diligencia, lo que hoy no parece nada, mañana por ventura será pecado venial; y es de tan mala digestión, que si os dejáis no quedará sólo; es cosa muy mala para congregaciones. C. 13.

25.—Andas procurando juntarte con Dios por unión, y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias y testimonios, ¿y queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor al alma esforzándonos nosotros y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas. Dirán algunos: no ten-

go en qué, ni se me ofrece. Yo creo que a quien tuviere esta determinación, que no querrá el Señor pierda tanto bien. Su Majestad ordenará tantas cosas en que gane esta virtud, que no quiera tantas. Manos a la obra. V. 31.

26.—Pues entendiendo, como he dicho, el buen Jesús, cuán dificultosa cosa era esta que ofrece por nosotros, conociendo nuestra flaqueza, y que muchas veces hacemos entender que no entendemos cuál es la voluntad del Señor, como somos flacos y El tan piadoso, y que era menester medio, porque dejar de dar lo dado, vió que en ninguna manera nos conviene, porque está en ello toda nuestra ganancia; pues cumplirlo, vió ser dificultoso. Porque decir a un regalado y rico que es la voluntad de Dios que tenga cuenta con moderar su plato, para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacará mil razones para no no entender esto, sino a su propósito. Pues decir a un murmurador que es la voluntad de Dios querer tanto para su prójimo como para sí, no lo puede poner a paciencia, ni basta razón para que lo entienda. Pues, decir a un religioso que está mostrado a libertad y a regalo, que ha de tener cuenta con que ha de dar ejemplo, y que mire que ya no son solas palabras con las que ha de cumplir cuando dice esta palabra, sino que lo ha jurado y prometi-

do, y que es voluntad de Dios que cumpla sus votos, y mire que si da escándalo que va muy contra ellos, aunque no del todo les quebrante; que ha prometido pobreza, que la guarde sin rodeos, que esto es lo que el Señor quiere; no hay remedio aun ahora de quererlo algunos: ¿qué hiciera si el Señor no hiciera lo más con el remedio que puso? No hubiera sino muy poquitos que cumplieran esta palabra, que por nosotros dijo al Padre, de «fiat voluntas tua». C. 35.

27.—De otro pan, no tengáis cuidado las que muy de veras os habéis dejado en la voluntad de Dios; digo en estos tiempos de oración que tratáis cosas más importantes, que tiempos hay otros para que trabajéis y ganéis de comer. Mas con el cuidado, no curéis gastar en eso el pensamiento en ningún tiempo; sino trabaje el cuerpo, que es bien procuréis sustentaros, y descanse el alma. Dejad ese cuidado, como largamente queda dicho, a vuestro Esposo, que El le tendrá siempre.

Es como si entra un criado a servir; tiene cuenta con contentar a su señor en todo; mas él está obligado a dar de comer al siervo mientras está en su casa y le sirve; salvo si no es tan pobre, que no tiene para sí ni para él. Acá cesa esto; siempre es y será rico y poderoso. Pues no sería bien andar el criado pidiendo de

comer, pues sabe tiene cuidado su amo de dárselo y le ha de tener. Con razón le dirá, que se ocupe el en servirle y en cómo contentarle, que por andar ocupado el cuidado en lo que no le ha de tener, no hace cosa a derechas. C. 35.

28.—Véis aquí cómo los santos se holgaban con las injurias y persecuciones, porque tenían algo que presentar al Señor cuando le pedían. ¿Qué hará una tan pobre como yo, que tan poco ha tenido que perdonar y tanto hay que se me perdone? Cosa es ésta, hermanas, para que miremos mucho en ella; que una cosa tan grave y de tanta importancia como que nos perdone Nuestro Señor nuestras culpas, que merecían fuego eterno, se nos perdone con tan baja cosa como es, que perdonemos; y aun de esta bajeza tengo tan pocas que ofrecer, que de balde me habéis, Señor, de perdonar: aquí cabe bien vuestra misericordia.

Parece hacemos casas de pajitas como los niños, con estos puntos de honra. ¡Oh, válame Dios, hermanas, si entendiésemos qué cosa es honra y en qué está perder la honra! Ahora no hablo con vosotras, que harto mal sería no tener ya entendido esto, sino conmigo, el tiempo que me precié de honra sin entender qué cosa era; íbame al hilo de la gente. ¡Oh, de qué cosas me agraviaba, que yo tengo vergüenza ahora, y no era, pues, de las que mucho mira-

ban en estos puntos; mas no estaba en el punto principal!

Y qué bien dijo, quien dijo que honra y provecho no podían estar juntas; aunque no sé si lo dijo a este propósito, y es al pie de la letra. Porque provecho del alma, y esto que llama el mundo honra, nunca puede estar junto. Cosa espantosa es, qué al revés anda el mundo. Bendito sea el Señor que nos sacó de él. C. 36.

29.—Pues, guardáos también, hijas de unas humildades que pone el demonio, con gran inquietud de la gravedad de nuestros pecados, que suele apretar aquí de muchas maneras, hasta apartarse de las comuniones, y de tener oración particular, por no merecerlo, les pone el demonio; y cuando llegan al Santísimo Sacramento, en si se aparejaron bien o no, se les va el tiempo que habían de recibir mercedes. Llega la cosa a término de hacer parecer a un alma, que por ser tal la tiene Dios tan dejada, que casi pone duda su misericordia. Todo le parece peligro lo que trata, y sin fruto lo que sirve, por bueno que sea. Dale una desconfianza, que se le caen los brazos para hacer ningún bien, porque le parece que lo que lo es en los otros, en ella es mal.

Mirad mucho, hijas, en este punto que os diré, porque algunas veces podrá ser humildad y virtud teneros por tan ruín, y otras grandisi-

ma tentación; porque yo he pasado por ella, la conozco. La humildad no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma por grande que sea; sino viene con paz, regalo y sosiego, aunque uno de verse ruín, entienda claramente merecer estar en el infierno, y se aflige, y le parece con justicia todos le habían de aborrecer, y que no osa casi pedir misericordia. Si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí y contento, que no querríamos vernos sin ella; no alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y hace hábil para servir más a Dios. Estotra pena todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve, es muy penosa. Creo pretende el demonio que pensemos tenemos humildad, y si pudiese, a vueltas, que desconfiásemos de Dios.

Cuando ansí os halláreis, atajad el pensamiento de vuestra miseria lo más que pudiéreis, y ponedle en la misericordia de Dios, y en lo que nos ama y padeció por nosotros. C. 39

30.—Mas mirad, hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio; también inventa sus honras en los monasterios, y pone sus leyes, que suben y bajan en dignidades como los del mundo. Los letrados deben de ir por sus letras, que esto no lo sé, que el que ha llegado a leer Teología no ha de bajar a leer Filosofía, que es un punto de honra que está en que ha de subir y

no bajar. Y aún si se lo mandase la obediencia, lo tendría por agravio y habría quien tornase por él, que es afrenta, y luego el demonio descubre razones, que aun en ley de Dios parece que lleva razón. Pues, entre nosotras, la que ha sido priora ha de quedar inhabilitada para otro oficio más bajo: un mirar en la que es más antigua, que esto no se nos olvida, y aun a las veces parece merecemos en ello, porque lo manda la Orden.

Cosa es para reir o para llorar, que lleva más razón; sí, que no manda la Orden que no tengamos humildad; manda que haya concierto; mas yo no he de estar tan concertada en cosas de mi estima, que tenga tanto cuidado en este punto de Orden, como de otras cosas de ella, que por ventura guardaremos imperfectamente; no esté toda nuestra imperfección de guardarla en esto; otras lo mirarán por mí, si yo me descuido. Es el caso, que como somos inclinadas a subir, aunque no subiremos por aquí al cielo, no ha de haber bajar. ¡Oh, Señor, Señor! ¿Sois Vos nuestro dechado y Maestro? Sí, por cierto. Pues, ¿en qué estuvo vuestra honra, Honrador nuestro? ¿No la perdiste, por cierto, en ser humillado hasta la muerte? No, Señor, sino que la ganásteis para todos. C. 32.

31.—Andando con humildad, procurando saber la verdad, sujetas al confesor, y tratand

con él con verdad y llaneza, que como está dicho, con lo que el demonio os pensare dar la muerte, os da la vida, aunque más cocos e ilusiones os quiera hacer. C. 40.

32.—¡Oh, por amor de Dios, hermanas! que llevamos perdido el camino, porque va errado desde el principio; y plega a Dios que no se pierda algún alma por guardar estos negros puntos de honra, sin entender en qué está la honra. Y vendremos después a pensar que hemos hecho mucho, si perdonamos una cosita de estas, que ni era agravio, ni injuria, ni nada; y muy como quien ha hecho algo vendremos a que nos perdone el Señor, pues hemos perdonado. Dadn s, mi Dios, a entender que no nos entendemos, y que venimos vacías las manos; y perdonadnos Vos por vuestra misericordia. Que en verdad, Señor, que no veo cosa, pues todas las cosas se acaban y el castigo es sin fin, que merezca ponéroslo delante para que nos hagáis tan gran merced, si no es por quien os lo pide.

Mas, ¡qué estimado debe ser este amarnos unos a otros del Señor!; pues pudiera el buen Jesús ponerle delante otras, y decir: perdónanos, Señor, porque hacemos mucha penitencia, o porque rezamos mucho y ayunamos, y lo hemos dejado todo por Vos, y os amamos mucho; y no dijo porque perderíamos la vida por

Vos; y como digo, otras cosas que pudiera decir, sino sólo porque perdonamos. Por ventura, como nos conoce por tan amigos de esta negra honra, y como cosa más dificultosa de alcanzar de nosotros, y más agradable a su Padre, la dijo, y se la ofrece de nuestra parte. C. 36.

33.—Esto es muy ordinario, a lo que yo entiendo; que he tratado muchos contemplativos, y sé cierto que pasa ansí. Que como otros precian oro y joyas, precian ellos los trabajos y los desean, porque tienen entendido que éstos les han de hacer ricos.

De estas personas está muy lejos estima suya de nada; gustan entiendan sus pecados y de decirlos cuando ven que tienen estima de ellos. Ansí les acaece de su linaje, que ya saben que en el reino que no se acaba no han de ganar por aquí. Si gustasen ser de buena casta, es cuando para más servir a Dios fuera menester; cuando no, pésales los tengan por más de lo que son, y sin ninguna pena desengañan, sino con gusto. Es el caso, que debe ser a quien Dios hace merced de tener esta humildad y amor grande a Dios; que en cosa que sea servirle más, ya se tiene a sí tan olvidado, que aun no puede creer que otros sienten algunas cosas, ni lo tienen por injuria.

Mas miren que estas dos cosas, que es darle

nuestra voluntad y perdonar, que es para todos. Verdad es que hay más y menos en ello, como queda dicho: los perfectos darán la voluntad como perfectos, y perdonarán con la perfección que queda dicha; nosotras, hermanas, haremos lo que pudiéremos, que todo lo recibe el Señor, porque parece una manera de concierto que de nuestra parte hace con su Eterno Padre, como quien dice: haced Vos esto, Señor, y harán mis hermanos estotro; pues a buen seguro que no falte por su parte. ¡Oh, oh, que es muy buen pagador y paga muy sin tasa! C. 37.

34.—Adonde el demonio puede hacer gran daño sin entenderle, es haciéndonos creer que tenemos virtudes, no teniéndolas, que esto es pestilencia.

También os quiero decir otro alguno: que si nos parece, el Señor ya nos la ha dado, entendamos que es bien recibido, y que nos le puede tornar a quitar, como a la verdad acaece muchas veces, y no sin gran providencia de Dios. ¿Nunca lo habéis visto por vosotras, hermanas? Pues, yo sí; unas veces me parece que estoy muy desasida, y en hecho de verdad, venido a la prueba, lo estoy; otra vez me hallo tan asida, y de cosas que por ventura el día de antes burlara yo de ello, que casi no me conozco. Otras veces me parece tengo mucho ánimo

y que a cosa que fuese a servir a Dios no volvería el rostro, y probado, es ansí que le tengo para algunas; otro día viene que no me hallo con él para matar un hormiga por Dios, si en ello hallase contradicción. Ansí, unas veces me parece que ninguna cosa que me murmurasen ni dijesen de mí, no se me da nada; y probado, algunas veces es ansí, que antes me da contento; vienen días que solo una palabra me aflige y querría irme del mundo, porque me parece me cansa en todo. Y en esto no soy sola yo, que lo he mirado en muchas personas mejores que yo, y sé que pasa ansí. Pues esto es, ¿quién podrá decir de sí que tiene virtud, ni que está rica, pues al mejor tiempo que haya menester la virtud se halla de ella pobre. C. 38.

35.—Y viene otro daño de aquí, que es juzgar a otros, como no van por vuestro camino, sino con más santidad (por aprovechar el prójimo, tratan con libertad y sin esos encogimientos), luego os parecerán imperfectos; si tienen alegría santa; parecerá disolución, en especial en las que no tenemos letras, ni sabemos en lo que se puede tratar sin pecado. Es muy peligrosa cosa, y un andar en tentación continua y muy de mala digestión, porque es en perjuicio del prójimo. Y pensar, que si no van todos por modo que vos encogidamente, no van tan bien, es malísimo.

Y hay otro daño; que en algunas cosas que habéis de hablar, y es razón habléis, por miedo de no exceder en algo no osaréis; sino por ventura decir bien de lo que sería muy bien abomináseis. C. 41.

36.—Cuando la religiosa comienza a relajarse en unas cosas, que en sí parecen poco, y perseverando en ellas mucho, y no remordiénles la conciencia, es mala paz, y de aquí puede el demonio traerla a mil males. Ansí como es un quebrantamiento de Constitución, que en sí no es pecado, o no andar con cuidado en lo que manda el prelado, aunque no con malicia; en fin, está en lugar de Dios, y es bien siempre *obedecerle,* que a eso venimos, andar mirando lo que quiere, cosillas muchas que se ofrecen, que en sí no parecen pecado, y, en fin, hay faltas, y hélas de haber, que somos miserables; no digo yo que no, lo que digo es, que sientan cuando se hacen y entiendan que faltaron; porque si no, como digo, de esto se puede el demonio alegrar, y, poco a poco, ir haciendo insensible al alma de estas cosillas. Yo os digo, hijas, que cuando esto llegare a alcanzar, que no tenga poco, porque temo pasará adelante. Por eso miráos mucho, por amor de Dios; guerra ha de haber en esta vida, porque con tantos enemigos no es posible dejarnos estar mano sobre mano, sino que siempre ha de ha-

ber cuidado, y traerle de cómo andamos en lo interior y exterior. Conc. 2.

37. —¡Oh, cristianos e hijas mías! Despertemos ya, por amor del Señor, de este sueño; y miremos que aún no nos guarda para la otra vida ni el premio de amarle; en ésta comienza la paga. ¡Oh, Jesús mío! ¡Quién pudiese dar a entender la ganancia que hay de arrojarnos en los brazos de este Señor Nuestro, y hacer un concierto con Su Majestad, que «mire yo a mi amado y mi amado a mí; y que mire El por mis cosas y yo por las suyas»! ¡No nos queramos tanto que nos saquemos los ojos, como dicen. Conc. 4.

38.—Del Rector de la Compañía de Jesús, que algunas veces he hecho de él mención, he visto algunas cosas de grandes mercedes que el Señor le hacía, que por no alargar no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido y se vió muy afligido. Estando yo un día oyendo misa, vi a Cristo en la cruz cuando alzaban la Hostia: díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras, previniéndole de lo que estaba por venir y poniéndole delante lo que había padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo, y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo. V. 38.

39.—Yo os digo, que ya que en la oración os

haga el Señor mercedes y os dé lo que después diré, que salidas de allí, no os falten mil estropecillos, mil ocasioncillas, quebrantar con descuido lo uno, no hacer bien lo otro, turbaciones interiores y tentaciones. No digo que ha de ser esto siempre o muy ordinario: es grandísima merced del Señor; ansí se adelanta el alma. No es posible ser aquí ángeles, que no es nuestra naturaleza. Es ansí que no me turba alma cuando la veo con grandísimas tentaciones, que si hay amor y temor de Nuestro Señor, ha de salir con mucha ganancia, ya lo sé; y si la veo andar siempre quieta, y sin ninguna guerra (que he topado algunas, aunque la vea no ofender al Señor, siempre me traen con miedo), nunca acabo de asegurarme, y probarlas y tentarlas yo, si puedo, y ya que no lo hace el demonio, para que vean lo que son. Pocas he topado; mas es posible, ya que el Señor llega a un alma a mucha contemplación.

De algunas que diga, sacaréis las demás, o con riquezas, que si tienen bien lo que han menester y muchos dineros en el arca, como se guarden de hacer pecados graves, todo les parece está hecho. Gózanse de lo que tienen, dan una limosna de cuando en cuando, no miran que aquellos bienes no son suyos, sino que se los dió el Señor como a mayordomos suyos, para que partan a los pobres, y que les han de

dar estrecha cuenta del tiempo que lo tienen sobrado en el arca, suspendido y entretenido a los pobres, si ellos están padeciendo. Esto no nos hace al caso más que para que supliquéis al Señor les dé luz no se estén en este embebecimiento y les acaezca lo que al rico avariento, y para que alabéis a Su Majestad que os hizo pobres y lo toméis, por particular merced suya.

¡Oh, hijas mías, qué gran descanso no tener estas cargas, aun para descansar acál, que para el día del fin no le podéis imaginar. Son esclavos éstos, y vosotras señoras: aun por esto lo veréis. Quién tiene más descanso, ¿un caballero que le ponen en la mesa cuanto ha de comer y le dan todo lo que ha de vestir, o su mayordomo, que le ha de dar cuenta de un solo maravedí? Este otro gasta sin tasa, como bienes suyos; el pobre mayordomo es el que lo pasa, y mientras más hacienda, más que ha de estar desvelándose cuando se ha de dar la cuenta; en especial, si es de muchos años y se descuidan un poco, es el alcance mucho, no sé cómo se sosiega.

No paséis por esto, hijas, sin alabar mucho a Nuestro Señor, y siempre ir adelante en lo que ahora habéis en no poseer nada en particular ninguna, que sin cuidado comemos lo que nos envía el Señor, y como lo tiene Su

Majestad que no nos falte nada, no tenemos que dar cuenta de lo que nos sobra. Su Majestad tiene cuenta, que no sea cosa que no les ponga a repartirlo. Conc. 2.

40.—En cosas que dicen de mí de murmuración, que son hartas, y en mi perjuicio, y hartos, también me siento muy mejorada; no parece me hace casi impresión más que a un bobo. Paréceme algunas veces tienen razón, y casi siempre. Siéntolo tan poco, que aún no me parece tengo que ofrecer a Dios, como tengo experiencia que gana mi alma mucho; antes me parece que me hacen bien. Y ansí ninguna enemistad me queda con ellos en llegándome la primera vez a la oración; que luego que lo oigo, un poco de contradicción me hace, no con inquietud ni alteración; antes, como veo algunas veces otras personas, me han lástima. Es ansí, que entre mí me río, porque me parece todos los agravios de tan poco tomo los de esta vida, que no hay que sentir; porque me figuro andar en un sueño, y veo que en despertando será todo nada.

Hasta ahora parecíame había menester a otros, y tenía más confianza en ayudas del mundo; ahora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco, y que, asiéndose a ellos, no hay seguridad; que en habiendo algún peso de contradicciones o murmuraciones, se

quiebran. Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer, es asirnos a la cruz y confiar en el que en ella se puso. Hállole amigo verdadero y hállome con esto con un señorío, que me parece podría resistir a todo el mundo, que fuese contra mí, con no faltarme Dios.

Entendiendo esta verdad tan clara, solía ser muy amiga de que me quisiesen bien. Ya no se me da nada, antes me parece en parte me cansa, salvo con los que trato mi alma o yo pienso aprovechar; que los unos porque me sufran, y los otros porque con más afición crean lo que les digo de la vanidad que es todo, querría me la tuviesen. R. 1.

41.—Nada te turbe,
Nada te espante;
Todo se pasa;
Dios no se muda;
La paciencia
Todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene,
Nada le falta
Sólo Dios basta. P.

42.—Lo que es menester, hijas, es contentarnos con poco, que no hemos de querer tanto como los que dan estrecha cuenta, como la ha de dar cualquier rico, aunque no la tenga él acá, sino que la tengan sus mayordomos, y

¡cuán estrecha!; si lo entendiese, no comería con tanto contento, ni se daría a gastar lo que tiene en cosas impertinentes y de vanidad.

Ansí vosotras, hijas, siempre mirad con lo más pobre que pudiéreis pasar, ansí de vestidos, como de manjares; porque, si nó hallaros héis engañadas, que no os lo dará Dios y estaréis descontentas. Siempre procurad servir a Su Majestad de manera, que no comáis lo que es de los pobres, sin servirlo, aunque mal se puede servir el sosiego y descanso que os da el Señor en no tener cuenta de dar cuenta de riquezas. Bien sé que lo entendéis, más es menester qne por ellos déis a tiempo gracias particulares a Su Majestad.

De la paz que da el mundo en honras, no tengo para qué deciros nada, que pobres nunca son muy honrados. En lo que os puede hacer daño grande, si no tenéis aviso, en las alabanzas, que nunca acaba de que comienza, para después bajaros más; es lo más ordinario, en decir que sóis unas santas, con palabras tan encarecidas, que parece las enseña el demonio. Y ansí debe ser a veces, porque si lo dijesen en ausencia, pasaría, mas en presencia, ¿qué fruto puede traer, sino daño, si no andáis con mucho aviso?

Por amor de Dios os pido, que nunca os pacifiquéis en estas palabras, que poco a poco os

podrían hacer daño y creer que dicen verdad, o en pensar que ya es todo hecho y que lo habéis trabajado. Vosotras nunca dejéis pasar palabra sin moveros guerra en vuestro interior, que con facilidad se hace si teneis costumbre. Acordáos cuál paró el mundo a Cristo Nuestro Señor, y qué ensalzado le había tenido el día de Ramos. Mirad en la estima que ponía a San Juan Bautista que le querían tener por el Mesías, y en cuánto y por qué le descabezaron. Conc. 2.

43.—No soy nada mujer en estas cosas, que tengo recio corazón.

Deseo grandísimo, más que suelo, siento en mí de que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan, y que en nada de lo de acá se detengan, como veo es todo burla, en especial letrados; que como veo las grandes necesidades de la Iglesia, que éstas me afligen tanto, que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena, y ansí no hago sino encomendarlos a Dios; porque veo yo que haría más provecho una persona del todo perfecta, con fervor verdadero de amor de Dios, que muchas con tibieza. R. 1.

44.—Jamás el mundo ensalza sino para bajar, si son hijos de Dios los ensalzados.

Yo tengo harta experiencia de esto. Solía afligirme mucho de ver tanta ceguedad en es-

tas alabanzas, y ya me río, como si oyese hablar a un loco.

Acordáos de vuestros pecados, y puesto que en alguna cosa os digan verdad, advertid que no es vuestro, y que estáis obligados a servir más.

Despertad temor en vuestra alma para que no se sosiegue en ese beso de tan falsa paz que dé el mundo.

Creed que es la de Judas; aunque algunos no lo digan con esa intención, el demonio está mirando, que podrá llevar despojo si no os defendéis.

Creed que es menester aquí estar con la espada en la mano de la consideración; aunque os parezca no os hace daño, no os fiéis de eso. Acordáos cuántos estuvieron en la cumbre y están en el profundo.

No hay seguridad mientras vivimos,, sino que, por amor de Dios, hermanas, siempre salgáis con guerra interior de estas alabanzas, porque ansí saldréis con ganancia de humildad, y el demonio, que está a la mira de vos, y el mundo, quedará corrido. Conc. 2.

45.—Y la mayor cosa que yo ofrezco a Dios por gran servicio, es cómo siéndome tan penoso estar apartada de El, por su amor quiero vivir. Esto querría yo fuese con grandes trabajos y persecuciones; ya que no soy para apro-

vechar, querría ser para sufrir; y cuantos hay en el mundo pasaría por un tantico de más mérito, digo en cumplir más su voluntad. R. 1.

46.—En otras cosillas que os he escrito, os he dicho esto muchas veces, y ahora os lo torno a decir y a rogar, que siempre vuestros pensamientos vayan animosos, que de aquí vendrán a que el Señor os dé gracia, para que lo sean las obras.

Alabadle, hijas, mucho que os trajo al monasterio adonde por mucho que haga el demonio, no puede tanto engañar, como a las que en sus casas están, que hay almas que parece no les falte nada para volar al cielo, porque en todo siguen la perfección, a su parecer; mas no hay quien las entienda, porque en los monasterios jamás he visto dejarse de entender, porque no han de hacer lo que quieren, sino lo que les mandan. Y acá, aunque verdaderamente se querrían entender ellas, porque desean contentar al Señor, no pueden; porque, en fin, hacen lo que hacen por su voluntad, y aunque alguna vez la contradigan, no se ejercitan tanto en la mortificación. Dejemos algunas personas a quien muchos años Nuestro Señor ha dado luz, que éstas procuran tener quien las entienda, y a quien sujetarse, y la gran humildad trae poca confianza de sí, aunque más letrados sean.

Otros hay que han dejado todas las cosas por el Señor, y ni tienen casa, ni hacienda, ni tampoco gustan de regalos, antes son penitentes, ni de las cosas del mundo, porque les ha dado ya el Señor luz de cuán miserables son, mas tienen mucha honra. No querría hacer cosa que no fuese tan bien acepta a los hombres como al Señor; gran discrección y prudencia. Puédense harto mal concertar siempre estas dos cosas; y es el mal, que casi, sin que ellos entiendan su imperfección, siempre gana más el partido del mundo, que el de Dios. Estas almas, por la mayor parte, les lastima cualquier cosa que digan de ellos. Y no abrazan la cruz, sino llévanla arrastrando, y ansi las lastima, y cansa y hace pedazos; porque si es amada, es suave de llevar; esto es cierto. Conc. 2.

47.—Ya tengo por honra, gloria a Dios, andar remendada. Ep. 1.

48.—Cosa cierta es, que en cualquiera cosa, que nuestro Señor se sirve, ha el demonio de probar su poder debajo de muy buenos colores. Ep. 5.

Grandes son los juicios de Dios, y quien tan de veras le quiere estando en el peligro, que toda esta gente ilustre está. Ep. 40.

49.—A grandes obras no ha de dejar el demonio de hacer guerra. Ep. 112.

50.—Mire que nos hacen guerra todos los

demonios, y es menester esperar el amparo sólo de Dios, y esto ha de ser con obedecer y sufrir, y entonces El toma la mano. Ep. 152.

51.—Si se pone delante de Dios, como se ha de poner, no será vuestra merced más pobre por lo que le diere, que Su Majestad lo dará por otras partes. Ep. 285.

52.—Estando una vez muy inquieta y alborotada, sin poder recogerme, y en batalla y contienda, yéndoseme el pensamiento a cosas que no eran perfectas, aun me parece estaba con el desasimiento que suelo, como me vi ansí tan ruin, tenía miedo si las mercedes que el Señor me había hecho eran ilusiones. Estaba, en fin, con una oscuridad grande de alma. Estando con esta pena, comenzóme a hablar el Señor, y díjome que no me fatigase, que en verme ansí entendería la miseria que era si El se apartaba de mí, y que no había seguridad mientras viviamos en esta carne. Dióseme a entender cuán bien empleada es esta guerra y contienda por tal premio, y pareciome tenía lástima el Señor de los que vivimos en el mundo; mas que no pensase yo me tenía olvidada, que jamás me dejaría, mas que era menester hiciese yo lo que es en mí. Esto me dijo el Señor con una piedad y regalo, y con otras palabras en que me hizo harta merced, que no hay para qué decirlas.

Jhs.

X

VIDA PÚBLICA DE NUESTRO SEÑOR

1. – Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor, y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje, no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a los pies, si su hermana no le ayudara? Su manjar es, que de todas las maneras que pudiéremos, lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben. M VII, 4.

2. – Decirme heis dos cosas: la una, que dijo que María había escogido la mejor parte, y es que ya había hecho el oficio de Marta, regalando al Señor en lavarle los pies y limpiárselos con sus cabellos. ¿Y pensáis que le sería poca mortificación a una señora como ella era, irse por esas calles, y por ventura sola, porque no llevaba hervor para entender cómo iba, y entrar a donde nunca había entrado, y después sufrir la murmuración del fariseo, y otras muchas que debía sufrir? Porque ver en el pueblo una mujer como ella hacer tanta mudanza y

como sabemos, entre tan mala gente, que bastaba ver que tenía amistad con el Señor, a quien ellos tenían tan aborrecido, para traer a la memoria la vida que había hecho, y que se quería ahora hacer santa, porque está claro, que luego mudaría vestido y todo lo demás. Pues ahora se dice a personas, que no son tan nombradas, ¿qué sería entonces? Yo os digo, hermanas, que venía la mejor parte sobre hartos trabajos y mortificación, que aunque no fuera sino ver a su Maestro tan aborrecido, era intolerable trabajo. ¡Pues los muchos que después pasó en la muerte del Señor! Tengo para mí, que el no haber recibido martirio fué por haberle pasado en ver morir al Señor; y en los años que vivió, en verse ausente de El, que serían de terrible tormento, se verá que no estaba siempre con regalo de contemplación a los pies del Señor.

La otra, que no podéis vosotras, ni tenéis cómo allegar almas a Dios; que lo haríais de buena gana; mas que no habiendo de enseñar ni predicar, como hacían los Apóstoles, que no sabéis cómo. A esto he respondido por escrito algunas veces, y aun no sé si en este Castillo; mas porque es cosa que creo os pasa por pensamiento, con los deseos que os da el Señor, no dejaré de decirlo aquí. Ya os dije en otra parte, que algunas veces nos pone el de-

monio deseos grandes, porque no echemos mano de lo que tenemos a mano, para servir a Nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentas con haber deseado las imposibles. Dejado que en la oración ayudaréis mucho, no queráis aprovechar a todo el mundo, sino a las que están en vuestra compañía, y ansí será mayor la obra, porque estáis a ellas más obligada. ¿Pensáis que es poca ganancia, que sea vuestra humildad tan grande y mortificación, y el servir a todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda a todas, y con las demás virtudes siempre las andéis despertando? No será sino mucha, y muy agradable servicio al Señor, y con esto que ponéis por obra, que podéis, entenderá Su Majestad que haríais mucho más; y ansí os dará premio, como si le ganáseis muchas.

Diréis que esto no es convertir, porque todas son buenas. ¿Quién os mete en esto? Mientras fueren mejores, más agradables serán sus alabanzas al Señor, y más aprovechará su oración a los prójimos. En fin, hermanas mías, con lo que concluyo es, que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará Su Majestad que vayamos pudiendo cada

día más y más, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida, y quizá será más poco de lo que cada una piensa, interior y exteriormente ofrezcamos al Señor el sacrificio que pudiéremos, que Su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz, por nosotras, al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras. M. VII, 4.

3.—¡Oh, cristianos verdaderos! Ayudad a llorar a vuestro Dios, que no es por solo Lázaro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no habían de querer resucitar, aunque Su Majestad les diese voces.

No os pidió Lázaro que le resucitáseis. Por una mujer pecadora lo hicísteis; vesla aquí, Dios mío, y muy mayor; resplandezca vuestra misericordia. Yo, aunque miserable, lo pido por los que no os lo quieren pedir. Ya sabéis, Rey mío, lo que me atormenta verlos tan olvidados de los grandes tormentos que han de padecer para sin fin, si no se tornan a Vos. Oh, los que estáis mostrados a deleites, y contentos, y regalos y hacer siempre vuestra voluntad, habed lástima de vosotros! Acordaos que habéis de estar sujetos siempre, siempre sin fin, a las furias infernales. Mirad, mirad, que os ruega ahora el juez que os ha de condenar, y que no tenéis un solo momento segu-

ra la vida; ¿por qué no queréis vivir para siempre? ¡Oh dureza de corazones humanos! Ablándelos vuestra inmensa piedad, mi Dios. E. 10.

4.—Quiérome declarar más, porque lo entendáis. Predica uno un sermón con intento de aprovechar las almas, mas no está tan desasido de provechos humanos, que no lleve alguna pretensión de contentar, o por ganar honra o crédito, o que si está puesto a llevar alguna canonjía por predicar bien. Ansí son otras cosas que hacen en provecho de los prójimos, muchas, y con buena intención; mas con mucho aviso de no perder por ellas ni descontentar. Temen persecución; quieren tener gratos los reyes y señores y el pueblo; van con la discrección que el mundo tanto honra. Esta es la amparadora de hartas imperfecciones, porque le ponen nombre de discrección, y plega al Señor que lo sea.

Estos servirán a Su Majestad, y aprovechan mucho; mas no son ansí las obras que pide la Esposa, a mi parecer, y las flores, sino un mirar a sola honra y gloria de Dios en todo. Que verdaderamente a las almas que el Señor llega aquí, según he entendido de algunas, creo no se acuerdan más de sí que si no fuesen, para ver si perderán o ganarán; sólo miran al servir y contentar al Señor. Y porque saben el amor que tiene a sus criados, gustan de dejar

su sabor y bien por contentarle en servirlas y decirles las verdades, para que se aprovechen sus almas, por el mejor término que pueden, ni se acuerdan, como digo, si perderán ellos; la ganancia de sus prójimos tienen presente, no más. Por contentar más a Dios, se olvidan a sí por ellos, y pierden las vidas en la demanda, como hicieron muchos mártires, y envueltas sus palabras en este tan subido amor de Dios, emborrachadas de aquel vino celestial, no se acuerdan; y si se acuerdan, no se les da nada descontentar a los hombres: estos tales aprovechan mucho.

Acuérdome ahora lo que muchas veces he pensado de aquella santa Samaritana, qué herida debía de estar de esta yerba, y cuán bien había comprendido en su corazón las palabras del Señor, pues deja el mismo Señor porque ganen y se aprovechen los de su pueblo, que da bien a entender esto que voy diciendo; y en pago de esta tan gran caridad, mereció se creída, y ver el gran bien que hizo Nuestro Señor en aquel pueblo. Paréceme que debe ser uno de los grandísimos consuelos que hay en la tierra, ver uno almas aprovechadas por medio suyo. Entonces me parece se come el fruto gustosísimo de estas flores. Dichosos a los que el Señor hace estas mercedes; bien obligados están a servirle.

Iba esta santa mujer con aquella borrachez divina dando gritos por las calles. Lo que me espanta a mí, es ver cómo la creyeron una mujer, y no debía ser de mucha suerte, pues iba por agua. De mucha humildad, sí, pues cuando el Señor le dice sus faltas, no se agravió (como lo hace ahora el mundo, que son malas de sufrir las verdades); sino díjole que debía ser profeta En fin, le dieron crédito, y, por solo su dicho, salió gran gente de la ciudad al Señor.

Ansí digo que aprovechan mucho los que después de estar hablando con Su Majestad algunos años, ya que reciben regalos y deleites suyos, no quieren dejar de servir en las cosas penosas, aunque se estorben estos deleites y contentos Digo que estas flores y obras salidas y producidas de árbol de tan herviente amor, dura su olor mucho más, y aprovecha más un alma de éstas con sus palabras y obras, que muchos que las hagan con el polvo de nuestra sensualidad, y con algún interés propio. Conc. 7.

5.—Paréceme tiene razón el buen Jesús de pedir esto para Sí, porque ya vemos cuán cansado estaba de esta vida, cuando dijo en la cena a sus Apóstoles: «Con deseo he deseado cenar con vosotros», que era la postrera cena de su vida. Por donde se ve cuán cansado de-

bía ya estar de vivir; y ahora no se cansarán los que han cien años, sino siempre con deseo de vivir más. A la verdad, no la pasamos tan mal, ni con tantos trabajos como Su Majestad la pasó, ni tan pobremente. ¿Qué fué toda su vida sino una continua muerte, siempre trayendo la que le habían de dar tan cruel delante de los ojos? Y esto era lo menos; ¡mas tantas ofensas como se hacían a su Padre, y tanta multitud de almas como se perdían! Pues si acá una que tenga caridad le es esto tormento, ¿qué sería en la caridad, sin tasa ni medida, de este Señor? ¡Y qué gran razón tenía de suplicar al Padre, que le librase ya de tantos males y trabajos, y le pusiese en descanso para siempre en su reino, pues era verdadero heredero de él! C. 42.

6.—Estando pensando qué sería la causa de no tener ahora casi nunca arrobamientos en público, entendí: «No conviene ahora, bastante crédito tienes para lo que yo pretendo. Vamos mirando la flaqueza de los maliciosos.» R. 12.

7.—Estando un día muy penada por el remedio de la Orden, me dijo el Señor:

«Haz lo que es en ti y déjame tú a mí, y no te inquietes por nada; goza del bien que te ha sido dado, que es muy grande.

Mi Padre se deleita contigo y el Espíritu Santo te ama.» R. 13.

Jhs.

XI

TRES BINARIOS

1.—Aquí veréis, hermanas, si he tenido razón en decir que es menester ánimo, y que tendrá razón el Señor, cuando le pidiéreis estas cosas, de deciros lo que respondió a los hijos del Zebedeo: si podrían beber el cáliz.

Todas creo, hermanas, que responderemos que sí; y con mucha razón, porque Su Majestad da esfuerzo a quien ve que le ha menester, y en todo defiende a estas almas, y responde por ellas en las persecuciones y murmuraciones, como hacía por la Magdalena, aunque no sea por palabras, por obras. M. VII, 11.

2.—Ahora, pues, notad otro aviso: hácenos entender el demonio que tenemos una virtud, digamos de paciencia, porque nos determinamos y hacemos muy continuos actos de pasar mucho por Dios, y parécenos en hecho de verdad que lo sufriríamos, y así estamos muy contentas, porque ayuda el demonio a que lo creamos. Yo os aviso, no hagáis caso de estas virtudes, ni pensemos las conocemos sino de

nombre, ni que nos las ha dado el Señor, hasta que veamos la prueba. Porque acaecerá que a una palabra que os digan a vuestro disgusto, vaya la paciencia por el suelo.

Cuando muchas veces sufriérais, alabad a Dios que os comienza a enseñar esta virtud, y esforzáos a padecer, que es señal que en eso quiere se lo paguéis, pues os la da, y no la tengáis sino como en depósito, como ya queda dicho. C. 38.

3.—Mucho he dicho en otras partes de esto, porque veo, hermanas, que si hubiese en ello quiebra, vamos perdidas. Plega al Señor nunca la haya, que como esto sea, yo os digo que no dejéis de alcanzar de Su Majestad la unión que queda dicha. Cuando os viéreis faltas en esto, aunque tengáis devoción y regalos, que os parezca habéis llegado ahí, y alguna suspensioncilla en la oración de quietud, que algunas luego les parecerá que está todo hecho, creedme que no habéis llegado a unión, y pedid a Nuestro Señor que os dé con perfección este amor del prójimo, y dejad hacer a Su Majestad, que El os dará más que sepáis desear, como vosotras os esforcéis y procuréis en todo lo que pudiéreis esto, y forzar vuestra voluntad para que se haga en todo la de las hermanas, aunque perdáis de vuestro derecho, y olvidar vuestro bien por el suyo, auque más con-

tradicción os haga el natural, y procurar tomar trabajo por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere. No penséis que no ha de costar algo, y que os lo habéis de hallar hecho. Mirad lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa como muerte de cruz. M. V, 3.

4.—Otra tentación: que nos parecemos muy pobres de espíritu, y traemos costumbre de decirlo, que ni queremos nada, ni se nos dá nada de nada; no bien se ha ofrecido la ocasión de darnos algo, aunque pase de lo necesario, cuando va toda perdida la pobreza de espíritu.

Mucho ayuda el traer costumbre de decirlo, a parecer que se tiene. Mucho hace al caso andar siempre sobre aviso, para entender es tentación, ansí en las cosas que he dicho como en otras muchas. Porque cuando de veras da el Señor una sólida virtud de estas, todas parece las trae tras sí; es muy conocida cosa.

Mas tórnoos a avisar que, aunque os parezca la tenéis, temáis que os engañáis; porque el verdadero humilde siempre anda dudoso en virtudes propias y muy ordinariamente le parecen más ciertas y de más valor las que ve en sus prójimos. C 38.

5. -Mas advertid mucho, hijas, que es necesario que muera el gusano, y más a vuestra costa; porque acullá ayuda mucho para morir

el verse en vida tan nueva; acá es menester que, viviendo en ésta, le matemos nosotras. Yo os confieso que será a mucho o más trabajo, mas su precio se tiene; ansí será mayor el galardón si salís con victoria; mas de ser posible no hay que dudar, como lo sea la unión verdaderamente con la voluntad de Dios. Esta es la unión que toda mi vida he deseado; ésta es la que pido siempre a Nuestro Señor, y la que está más clara y segura.

Mas, ¡ay de nosotros, qué pocos debemos de llegar a ella!, aunque a quien se guarda de ofender al Señor y ha entrado en religión, le parezca que todo lo tiene hecho. Oh, que quedan unos gusanos que no se dan a entender, hasta que, como el que royó la yedra a Jonás, nos han roído las virtudes con un amor propio, una propia estimación, un juzgar los prójimos, aunque sea en pocas cosas, una falta de caridad con ellos, no queriéndolos como a nosotros mismos, que, aunque arrastrando, cumplimos con la obligación para no ser pecado, no llegamos con mucho a lo que ha de ser para estar del todo unidas con la voluntad de Dios M. V, 3.

6.—Priesa a hacer esta labor, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, el estar asidas a ninguna cosa de la tierra, poniendo obras de penitencia, oración, mortificación,

obediencia, todo lo demás que sabéis; que ansí obrásemos como sabemos, y somos enseñadas de lo que hemos de hacer.

¡Oh, qué de ellos habrá que digamos esto, y nos parezca que no queremos otra cosa, y moriríamos por esta verdad, como creo ya he dicho! Pues yo os digo, y os lo diré muchas veces, que cuando lo fuere que habéis alcanzado esta merced del Señor, y ninguna cosa se os dé de esta otra unión regalada que queda dicha, que lo que hay de mayor precio en ella es por proceder de ésta que ahora digo, y por no poder llegar a lo que queda dicho, si no es muy cierta la unión de estar resignada nuestra voluntad en la de Dios. ¡Oh, qué unión ésta para desear! Venturosa el alma que la ha alcanzado, que vivirá en esta vida con descanso y en la otra también; porque ninguna cosa de los sucesos de la tierra la afligirá, si no fuere si se ve en algún peligro de perder a Dios, o ver si es ofendido, ni enfermedad, ni pobreza, ni muertes, si no fuere de quien ha de hacer falta en la Iglesia de Dios, que ve bien esta alma, que El sabe mejor lo que hace, que ella lo que desea. M. IV, 3.

Jhs.

XII

LOS GRADOS DE HUMILDAD

1.—Suyas somos, hermanas; haga lo que quisiere de nosotras; llévenos por donde fuere servido; bien creo que quien de verdad se humillare y desasiere (digo de verdad, porque no ha de ser por nuestros pensamientos, que muchas veces nos engañan, o que estemos desasidas del todo), que no dejará el señor de hacernos esta merced, y otras muchas que no sabremos desear. Sea por siempre alabado y bendito. Amén. M. IV, 2.

2.—¿Qué es esto, mi Dios, qué pensamos sacar de contentar a las criaturas? ¿Qué nos va en ser muy culpadas de todas ellas, si delante del Señor estamos sin culpa? Oh, hermanas mías, que nunca acabamos de entender esta verdad, y ansí nunca acabaremos de estar perfectas, si mucho no la andamos considerando y pensando qué es lo que es, y qué es lo que no es.

Pues cuando no hubiese otra ganancia, sino la confusión que le quedará a la persona que

os hubiere culpado de ver que vos sin ella os dejáis condenar, es grandísimo. Más levanta una cosa de estas a las veces el alma, que diez sermones. Pues todas hemos de procurar de ser predicadoras de obras, pues el Apóstol y nuestra inhabilidad nos quita que lo seamos en las palabras. C. 15.

3.—Yo gusto algunas veces de ver unas almas, que, cuando están en oración, les parece querrían ser abatidas y públicamente afrentadas por Dios, y después una falta pequeña encubrirían si pudiesen. Oh, que si no la han hecho y se la cargan, Dios nos libre. Pues mírese mucho quien esto no sufre, para no hacer caso de lo que a solas determinó a su parecer, que en hecho de verdad no fué determinación de la voluntad, que cuando ésta hay verdadera, es otra cosa, sino alguna imaginación, que en ésta hace el demonio sus saltos y engaños. M. V, 3.

4.—Parece que quiere Nuestro Señor que todos entiendan que aquel alma es ya suya, que no ha de tocar nadie en ella. En el cuerpo, en la honra, en la hacienda, enhorabuena, que de todo se sacará honra para Su Majestad; mas en el alma, eso no, que si ella, con muy culpable atrevimiento, no se aparta de su Esposo, El la amparará de todo el mundo, y aun de todo el infierno. M. VI, 4.

5.—También di en otro extremo, que fué su-

plicar a Dios, y hacía oración particular, que cuando a alguna persona le pareciese algo bien en mí, que Su Majestad le declarase mis pecados, para que viese cuán sin mérito mío me hacía mercedes, que esto deseo yo siempre mucho. Mi confesor me dijo que no lo hiciese; mas hasta ahora poco ha, si veía yo que una persona pensaba de mí bien mucho, por rodeos, o como podía, le daba a entender mis pecados, y con esto parece descansaba. También me han puesto mucho escrúpulo en esto. V. 31.

6.—Pues tocar en un puntito de ser menos, no se sufre, ni parece se ha de poder sufrir, luego dicen no somos santos. C. 16.

7.—¡Oh, miseria humana! ¿Hasta cuándo, hijas, imitaremos en algo a este gran Dios? ¡Oh, pues no se nos haga ya que hacemos nada en sufrir injurias! Sino que de muy buena gana pasemos por todo, y amemos a quien nos las hace, pues este gran Dios no nos ha dejado de amar a nosotras, aunque le hemos mucho ofendido, y ansí tiene muy gran razón en querer que todos perdonen, por agravios que les hagan. M. VI, 16

8.—Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que las hacen mal o desean hacer; antes les cobran amor particular, de ma-

nera que si los ven en algún trabajo, lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por librarlos de él, y encomiéndanlos a Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace Su Majestad holgarían perder porque se las hiciese a ellos, porque no ofendiesen a Nuestro Señor. M. VII, 3.

9.—Hay otra amistad, mayor que ésta, de personas que se guardan de ofender al Señor mortalmente; harto han alcanzado los que han llegado aquí, según está el mundo. Estas personas, aunque se guardan de no pecar mortalmente, no dejan de caer de cuando en cuando, a lo que creo; porque no se les da nada de pecados veniales, aunque hagan muchos al día, y ansí están bien cerca de los mortales. Dicen: «¿de ésto hacéis caso?» Muchos que he yo oído: «Para eso hay agua bendita, y los remedios que tiene la Iglesia, madre nuestra.» Cosa, por cierto, para lastimar mucho. Por amor de Dios, que tengáis en esto gran aviso de nunca descuidaros en hacer pecado venial, por pequeño que sea, con acordaros que hay este remedio, porque no es razón que el bien nos sea ocasión de hacer mal. Acordáos, después de hecho, de este remedio y procurarlo luego. Esto sí.

Es muy grande cosa traer siempre la conciencia tan limpia. Conc. 2.

10.—Un alma dejada en las manos de Dios,

no se le da más que digan bien que mal, si ella entiende bien, bien entendido, como el Señor quiere hacerle merced que lo entienda, que no tiene nada de sí. Fíese de quien se lo da, que sabrá por qué lo descubre, y aparéjese a la persecución, que está cierta en los tiempos de ahora, cuando de alguna persona quiere el Señor se entienda que la hace semejantes mercedes; porque hay mil ojos para un alma de éstas, adonde para mil almas de otra hechura no hay ninguno.

A la verdad, no hay poca razón de temer, y éste debía ser mi temor, y no humildad, sino pusilanimidad; porque bien se puede aparejar un alma que ansí permite Dios que ande en los ojos del mundo, porque si ella no se quiere morir a él, el mismo mundo la matará. No veo, cierto, otra cosa en él que bien me parezca, sino no consentir faltas en los buenos, que a poder de murmuraciones no las perfeccione. Digo que es menester más ánimo para, si uno no está perfecto, llevar camino de perfección, que para ser de presto mártires; porque la perfección no se alcanza en breve, si no es a quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced. El mundo, en viéndole comenzar, le quiere perfecto, y de mil leguas le entiende una falta que por ventura en él es virtud, y quien le condena usa de aquello mismo por

vicio, y ansí lo juzga en el otro. No ha de haber comer, ni dormir, ni, como dicen, resolgar; y mientras en más le tienen, más deben olvidar que aún se están en el cuerpo. Por perfecta que tenga el alma, viven aún en la tierra sujetos a sus miserias, aunque más le tengan debajo de los pies. Y ansí, como digo, es menester gran ánimo, porque la pobre alma aun no ha comenzado a andar y quiérenla que vuele; aun no tiene vencidas las pasiones, y quieren que en grandes ocasiones estén tan enteras como ellos leen estaban los santos, después de confirmados en gracia. Es para alabar al Señor lo que en esto pasa; y aun para lastimar mucho el corazón; porque muy muchas almas tornan atrás, que no saben las pobrecitas valerse. Y ansí creo hiciera la mía si el Señor tan misericordiosamente no lo hiciera todo de su parte; y hasta que por su bondad lo puso todo, ya verá vuestra merced que no ha habido en mí sino caer y levantar. V. 31.

Jhs.

XIII

REFORMA DE VIDA

1.—Acuérdome, que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida, fuíme a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a Ella, y en fin, me ha tornado a sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. V. 1.

2.—Deseando modo y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal, y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de gentes, y acabar ya de todo en todo y apartarme del mundo. No sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquieto, sino sabroso: bien se veía que era de Dios, y que le había dado Su Majestad al alma calor para digerir otros manjares más gruesos de los que comía. V. 22.

3.—Lo que me parece nos haría mucho provecho a las que por la bondad del Señor están en este estado, que, como he dicho, no les hace poca misericordia, porque están muy cerca de subir a más, es estudiar mucho en la prontitud de la obediencia; y aunque no sean religiosos, sería gran cosa, como lo hacen muchas personas, tener a quien acudir, para no hacer en nada su voluntad, que es lo ordinario en que nos dañamos; y no buscar otro de su humor, como dicen, que vaya con tanto tiento en todo, sino procurar quién esté con mucho desengaño de las cosas del mundo; que en gran manera aprovecha tratar con quien ya le conoce, para conocernos.

Y porque algunas cosas, que nos parecen imposibles, viéndolas en otras tan posibles y con la suavidad que las llevan, anima mucho y parece que con su vuelo nos atrevemos a volar, como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan, que aunque no es de presto dar un gran vuelo, poco a poco imitan a sus padres; en gran manera aprovecha esto; yo lo sé. Acertarán, por determinadas que estén, en no ofender al Señor personas semejantes, no meterse en ocasiones de ofenderle; porque como están cerca de las primeras Moradas, con facilidad se podrán tornar a ellas. Porque su fortaleza no está fundada en tierra firme, como los que

están ya ejercitados en padecer, que conocen las tempestades del mundo, cuán poco hay que temerlas, ni que desear sus contentos; y sería posible con una persecución grande, volverse a ellos, que sabe bien urdirlas el demonio para hacernos mal, y que yendo con buen celo, queriendo quitar pecados ajenos, no pudiese resistir lo que sobre esto le podría suceder. M. III, 2.

4.—Torno a decir, que para esto no es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas; y aun plega a Dios que sea sólo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, decrece; porque el amor, tengo por imposible contentarse de estar en un ser, adonde le hay. M. VII, 4.

5.—Miremos nuestras faltas, y dejemos las ajenas, que es mucho de personas tan concertadas espantarse de todo; y por ventura de quien nos espantamos podríamos bien aprender en lo principal; y en la compostura exterior y en su manera de trato, le hacemos ventajas. Y no es esto lo de más importancia, aunque es bueno, ni hay para qué querer luego que todos vayan por nuestro camino, ni ponerse a enseñar el del espíritu, quien por ventura no sabe qué cosa es, que con estos deseos

que nos da Dios, hermanas, del bien de las almas, podemos hacer muchos yerros; y ansí es mejor llegarnos a lo que dice nuestra Regla (en silencio y esperanza procurar vivir siempre), que el Señor tendrá cuidado de sus almas. Como no nos descuidemos nosotras en suplicarlo a Su Majestad, haremos harto provecho con su favor. Sea por siempre bendito. M. III,2.

6.—Dudo mucho que vivan libres de trabajos de la tierra, de una manera o de otra, las almas que a tiempo gozan tan de veras de cosas del cielo.

Aunque no tenía por mí de tratar de esto, he pensado que algún alma que se vea en ello, le será gran consuelo saber qué pasa en las que Dios hace semejantes mercedes, porque verdaderamente parece entonces que está todo perdido. No llevaré por concierto como suceden, sino como se me ofreciere a la memoria; y quiero comenzar de los más pequeños, que es una grita de las personas con quien se trata, y aun con las que no trata, sino que en su vida le pareció se podían acordar de ella: «Que se hace santa»; «que hace extremos para engañar el mundo, y para hacer a los otros ruines»; «que son mejores cristianos sin esas ceremonias»; y háse de notar, que no hay ninguna, sino procurar guardar bien su estado. Los que tenía por amigos, se apartan de ella, y son los

que le dan mejor bocado, y es de los que mucho se sienten: «Que va perdida aquel alma y notablemente engañada»; «que son cosas del demonio»; «que ha de ser como aquélla y la otra persona que se perdió, y ocasión de que caiga la virtud»; «que trae engañados a los confesores»; e ir a ellos y decírselo, poniéndole ejemplos de lo que acaeció a algunos que se perdieron por aquí: mil maneras de mofas, y de dichos de éstos. M VI, 1.

7.—Más quiero vivir y morir en pretender y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes, que se han de acabar. No me desampares, Señor, porque en Tí espero no sea confundida mi esperanza. Sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres. E. 17.

8.—Yo sé de una persona que tuvo harto miedo no había de haber quien la confesase, según andaban las cosas, que por ser muchas, no hay para qué detenerme; y es lo peor, que no pasan de presto, sino que es toda la vida; y el avisarse unos a otros que se guarden de tratar personas semejantes.

Diréisme que también hay quien diga bien. Oh, hijas, y qué pocos hay que crean ése bien en comparación de los muchos que abominan. Cuanto más, que ese es otro trabajo mayor que los dichos; porque, como el alma ve claro que

si tiene algún bien es dado de Dios, y en ninguna manera suyo, porque poco antes se vió muy pobre y metida en grandes pecados, le es un tormento intolerable, al menos a los principios, que después no tanto, por algunas razones. La primera, porque la experiencia le hace ver claro, que tan presto dicen bien como mal, y ansí no hace más caso de lo uno que de lo otro. La segunda, porque le ha dado el Señor mayor luz de que ninguna cosa buena es suya, sino dada de Su Majestad, y como si la viese en tercera persona, olvidada que tiene allí ninguna parte, se vuelve a alabar a Dios. La tercera, si ha visto algunas almas aprovechadas de ver las mercedes que Dios la hace, piensa que tomó Su Majestad este medio de que la tuviesen por buena, no siéndolo, para que a ellas les viniese bien. La cuarta, porque como tiene más delante la honra y gloria de Dios que la suya, quítase una tentación que da a los principios, de que esas alabanzas han de ser para destruirla, como he visto algunas, y dásele poco de ser deshonrada, a trueco de que siquiera una vez sea Dios alabado por su medio. Después venga lo que viniere. M. VI, 1.

9.—Olvidóseme de escribir en esto otras cartas el buen aparejo que hay en Avila para criar bien esos niños. Tienen los de la Compañía un colegio, adonde los enseñan gramática, y los

confiesan de ocho a ocho días, y hacen tan virtuosos, que es para alabar a Nuestro Señor. También leen Filosofía, y después Teología, en Santo Tomás, que no hay que salir de allí para virtud y estudios; y en todo el pueblo hay tanta cristiandad, que es para edificarse los que vienen de otras partes; mucha oración y confesiones, y personas seglares que hacen vida muy de perfección. E. 10.

10.—No seamos como algunas religiosas, que no hacemos sino prometer. C. 17.

Jhs.

XIV

PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR

1.—¡Oh, Padre eterno! Mirad que no son de olvidar tantos azotes e injurias y tan gravísimos tormentos! Pues, Creador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo y por más contentaros a Vos, que mandastes nos amase, sea tenido en tan poco? C. 13.

2.—De esta manera es si se les ofrece algo de que los desprecien o quiten un poco de honra, que aunque les hace Dios merced de que lo sufran bien muchas veces, porque es muy amigo de favorecer la virtud en público, porque no padezca la misma virtud en que están tenidos, y aun será porque le han servido, que es muy bueno este Bien nuestro, allá les queda una inquietud, que no se pueden valer ni acaba de acabarse tan presto. ¡Válgame Dios! ¿No son éstos los que ha tanto que consideran cómo padeció el Señor, y cuán bueno es pade-

cer, y aun lo desean? Querrían a todos tan concertados como ellos traen sus vidas, y plega a Dios que no piensen que la pena que tienen es de la culpa ajena y la hagan en su pensamiento meritoria. M. III, 2.

3.—En fin, de una manera o de otra ha de haber cruz mientras vivimos.

Los mismos trabajos son de tanto valor y de tan buena raíz que, con serlo muy grandes, de ellos mismos sale la paz y el contento. Del mismo descontento que dan las cosas del mundo, nace un deseo de salir de él, tan penoso, que si algún alivio tiene, es pensar que quiere Dios viva en este destierro. M. V, 2.

4.—Estos misterios los trae presentes muchas veces, en especial cuando los celebra la Iglesia católica; ni es posible que pierda memoria el alma que ha recibido tanto de Dios, de muestras de amor tan preciosas, porque son vivas centellas para encenderla más en el que tiene a Nuestro Señor, sino que no se entiende; porque entiende el alma estos misterios por manera más perfecta. Y es que se los representa el entendimiento, y estámpase en la memoria de manera, que de sólo ver al Señor caído con aquel espantoso sudor en el Huerto, aquello le basta no sólo una hora, sino muchos días, mirando con una sencilla vista quién es, y cuán ingratos hemos sido a tan gran pena;

luego acude la voluntad, aunque no sea con ternura, a desear servir en algo tan gran merced, y a desear padecer algo por quien tanto padeció, y a otras cosas semejantes, en que ocupa la memoria y el entendimiento.

Y creo que por esta razón no puede pasar a discurrir más en la Pasión, y esto le hace parecer que no puede pensar en ella. Y si esto no hace, es bien que lo procure hacer, que yo sé que no lo impedirá la muy subida oración; y no tengo por bueno que no se ejercite en esto muchas veces. M. VI, 7.

5.—Es ansí que muchas veces he considerado en esto, y sabiendo yo el tormento que pasa y ha pasado cierta alma que conozco, de ver ofender a Nuestro Señor, tan insufridero que se quisiera mucho más morir que sufrirla, y pensando si un alma con tan poquísima caridad, comparada a la de Cristo, que se puede decir casi ninguna en esta comparación, sentía este tormento tan insufridero, ¿qué sería el sentimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y qué vida debía pasar, pues todas las cosas le eran presentes, y estaba siempre viendo las grandes ofensas que se hacían a su Padre? Sin duda creo yo que fueron muy mayores que las de su sacratísima Pasión; porque entonces ya veía el fin de estos trabajos, y con esto, y con el contento de ver nuestro remedio con su

muerte, y de mostrar el amor que tenía a su Padre en padecer tanto por El, moderaría los dolores, como acaece acá a los que con fuerza de amor hacen grandes penitencias; que no las sienten casi, antes querrían hacer más y más, y todo se le hace poco. ¿Pues qué sería a Su Majestad, viéndose en tan gran ocasión, para mostrar a su Padre cuán cumplidamente cumplía el obedecerle, y con el amor del prójimo? ¡Oh, gran deleite padecer en hacer la voluntad de Dios! Mas en ver tan continuo tantas ofensas a Su Majestad hechas, e ir tantas almas al infierno, téngolo por cosa tan recia, que creo, si no fuera más de hombre, un día de aquella pena bastaba para acabar muchas vidas, cuánto más una.

En fin, no da Dios más de lo que se puede sufrir, y da Su Majestad primero la paciencia. M. V, 2.

6.—Yo conozco una persona, que desde que comenzó el Señor a hacerla esta merced que queda dicha, que ha cuarenta años, no puede decir con verdad que ha estado día sin tener dolores, y otras maneras de padecer; de falta de salud corporal digo, sin otros grandes trabajos. Verdad es que había sido muy ruin, y para el infierno que merecía todo se le hace poco. Otras que no hayan ofendido tanto a Nuestro Señor, las llevará por otro camino; mas yo

siempre escogería el del padecer, siquiera por imitar a Nuestro Señor Jesucristo, aunque no hubiese otra ganancia, en especial, que siempre hay muchas. ¡Oh, pues si tratamos de los interiores! Estos otros parecerían pequeños, si éstos se acertasen a decir, sino que es imposible darse a entender de la manera que pasan. M. VI, 1.

7.—Apareciómе como otras veces, y comenzóme a mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido; parecíame que a vuelta del clavo sacaba la carne. Veíase bien el gran dolor, que me lastimaba mucho. V. 39.

8.—El fin es, que los deseos de estas almas no son ya de regalos, ni de gustos, como tienen consigo al mismo Señor, y Su Majestad es el que ahora vive. Claro está que su vida no fué sino contínuo tormento, y ansí hace que sea la nuestra, al menos con los deseos, que nos lleva como a flacos en lo demás, aunque bien les cabe de su fortaleza cuando ve que la han menester. M. VII, 3.

9.—«Sea hecha tu voluntad; y como es hecha en el cielo, ansí se haga en la tierra.»

Cuando yo pienso esto, gusto de las personas que no osan pedir trabajos al Señor, que piensan está en esto el dárselos luego. No hablo en los que lo dejan por humildad, pare-

ciéndoles no serán para sufrirlos; aunque tengo para mí que quien les da amor para pedir este medio tan áspero para mostrarle, le dará para sufrirlos. Querría preguntar a los que por temor no los piden de que luego se los han de dar, lo que dicen cuando suplican al Señor cumpla su voluntad en ellos; o es que lo dicen por decir lo que todos, mas no para hacerlo; esto, hermanas, no sería bien. Mirad que parece aquí el buen Jesús nuestro Embajador, y que ha querido intervenir entre nosotros y su Padre, y no a poca costa suya; y no sería razón, que lo que ofrece por nosotros, dejásemos de hacerlo verdad; o no lo digamos.

Ahora quiérolo llevar por otra vía. Mirad, hijas, ello se ha de cumplir, que queramos o no, y se ha de hacer su voluntad en el cielo y en la tierra. Creedme, tomad mi parecer, y haced de la necesidad virtud. C. 32.

10.—Parece que tengo olvidadas vuestras grandezas y misericordias, y cómo viniste al mundo por los pecadores, y nos compraste por tan gran precio, y pagastes nuestros falsos contentos, con sufrir tan crueles tormentos y azotes. Remediásteis mi ceguedad con que tapasen vuestros divinos ojos, y mi vanidad con tan cruel corona de espinas. ¡Oh Señor, Señor! Todo esto lastima más a quien os ama; sólo consuela que será alabada para siempre vues-

tra misericordia, cuando se sepa mi maldad. E. 3.

11.—Ofréceseme ahora aquí, cómo nuestro buen Jesús muestra la flaqueza de su humanidad antes de los trabajos, y en el golfo de ellos tan gran fortaleza, que, no sólo quejarse, mas ni en el semblante no hizo cosa por donde pareciese que padecía con flaqueza. Cuando iba al Huerto, dijo. «Triste está mi ánima hasta la muerte»; y estando en la cruz, que era ya pasando la muerte, no se queja. Cuando en la oración del Huerto, iba a despertar a sus Apóstoles; pues con más razón se quejara a su Madre y Señora nuestra cuando estaba al pie de la cruz y no dormida, sino padeciendo su santísima ánima y muriendo dura muerte, y siempre nos consuela más quejarnos a los que sabemos sienten nuestros trabajos y nos aman más. Conc. 3.

12.—¡Oh, Bien mio, qué presentes teníais las culpas que he cometido contra Vos! Sean ya acabadas, Señor, sean acabadas, y las de todos. Resucitad a estos muertos; sean vuestras voces, Señor, tan poderosas, que, aunque no os pidan la vida, se la déis, para que después, Dios mio, salgan de la profundidad de sus deleites. E. 10.

13.—¡Qué de caminos, por qué de maneras, por qué de modos nos mostráis el amor! Con

trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo cada día injurias, y perdonando; y no sólo con esto, sino con unas palabras tan heridoras para el alma que os ama, que la decís en estos Cánticos, y la enseñais que os diga, que no sé yo cómo se pueden sufrir, si Vos no ayudáis, para que las sufra quien las siente, no como ellas merecen, sino conforme a nuestra flaqueza. Conc. 3.

14.—¡Oh, oh, oh, qué poco fiamos de Vos, Señor! ¡Cuántas mayores riquezas y tesoros fiásteis Vos de nosotros, pues treinta y tres años de grandes trabajos, y después muerte tan intolerable y lastimosa, nos disteis a vuestro Hijo, y tantos años antes de nuestro nacimiento; y aun sabiendo que no os lo habíamos de pagar, no quisisteis dejarnos de fiar tan inestimable tesoro, porque no quedase por Vos, lo que nosotros granjeando con El podemos ganar con Vos, Padre piadoso! E. 10.

15.—Es larga la vida y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar a nuestro dechado Cristo, cómo los pasó, y aun a sus Apóstoles y Santos, para llevarlos con perfección. Es muy buena compañía el buen Jesús para no apartarnos de ella y su Santísima Madre, y gusta mucho de que nos dolamos de sus penas, aunque dejemos nuestro contento y gusto algunas veces. M. VI, 7.

16.—¡Oh, Dios de mi alma, qué priesa nos damos a ofenderos! ¡Y cómo os la dáis Vos mayor a perdonarnos! ¿Qué causa hay, Señor, para tan desatinado atrevimiento? Si será el haber ya entendido vuestra gran misericordia, y olvidarnos de que es justa vuestra justicia. «Cercáronme los dolores de la muerte.»: ¡Oh, oh, oh, qué grave cosa es el pecado, que bastó para matar a Dios con tantos dolores! ¡Y cuán cercado estáis; mi Dios, de ellos! ¿A dónde podéis ir que no os atormenten? De todas partes os dan heridas los mortales. E. 10.

17.—Habiendo un día hablado a una persona que había mucho dejado por Dios, y acordándome cómo nunca yo dejé nada por El, ni en cosa le he servido como estoy obligada, y mirando las muchas mercedes que ha hecho a mi alma, comencéme a fatigar mucho, y díjome el Señor:

«Lo que yo tengo es tuyo, y ansí te doy todos los trabajos y dolores que pasé, y con esto puedes pedir a mi Padre, como cosa propia.»

Aunque yo he oído decir que somos participantes de esto, ahora fué tan de otra manera, que pareció había quedado con gran señorío mi alma. Porque la amistad con que se me hizo esta merced no se puede decir aquí.

Parecióme lo admitía el Padre, y desde entonces miro muy de otra suerte lo que padeció

el Señor, esto es, como cosa propia, y dame gran alivio. R. 51.

18.—Dijo el Señor a la Santa: «¿De qué te afliges, pecadorcilla? ¿Yo no soy tu Dios? ¿No ves cuán mal allí soy tratado? Si me amas, ¿por qué no te dueles de mí?» R. 27.

19.—Terriblemente trata Dios a sus amigos: a la verdad no les hace agravio, pues se hubo ansí con su Hijo. Ep. 188.

20.—Aunque estoy confiada en las mercedes que Nuestro Señor hace a V. S., que no la dejará de consolar en esta aflicción, y de poner en la memoria las que Su Majestad y su gloriosa Madre pasaron en este santo tiempo [de Pasión]; que si éstas sintiésemos, como es razón, todas las penas de la vida pasaríamos con gran facilidad. Ep. 190.

21.—Sea El bendito, que no vino a otra cosa, sino a padecer; y como entiendo, que quien más le imitare en esto, guardando sus mandamientos, más gloria tendrá. Ep. 322.

Jhs.

XV

RESURRECCIÓN.--ASCENSIÓN.—PENTECOSTÉS

Resurrección.—1.—Todo ayer me hallé con gran soledad, que si no fué cuando comulgué, no hizo en mí ninguna operación ser día de la Resurrección. Anoche, estando con todas, dijeron un cantarcillo de cómo era recio de sufrir vivir sin Dios. Como estaba yo con pena, fué tanta la operación que me hizo, que se me comenzaron a entumecer las manos, y no bastó resistencia, sino que, como salgo de mí por los arrobamientos de contento, de la misma manera se suspende el alma con la grandísima pena, que queda enajenada, y hasta hoy no lo he entendido. R. 7.

2.—Héme acordado, que esta salutación del Señor debía ser mucho más de lo que suena, y el decir a la gloriosa Magdalena, que se fuese en paz; porque como las palabras del Señor son hechas como obras en nosotros, de tal manera debían hacer la operación en aquellas almas que estaban ya dispuestas, que apartase

en ellas todo lo que es corpóreo en el alma y la dejase en puro espíritu, para que se pudiese juntar en esta unión celestial con el espíritu increado; que es muy cierto que en vaciando nosotros todo lo que es criatura, y desasiéndonos de ella por amor de Dios, el mismo Señor la ha de henchir de Sí. Y ansí, orando una vez Jesucristo Nuestro Señor por sus Apóstoles, no sé dónde es, dijo, que fuesen una cosa con el Padre y con El, como Jesucristo Nuestro Señor está en el Padre y el Padre en El. ¡No sé qué mayor amor puede ser que éste! Y no dejaremos de entrar aquí todos, porque ansí dijo Su Majestad: «No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí también.» M. VII, 2.

3.—Un día, después de comulgar, me parece clarísimamente se sentó cabe mí Nuestro Señor y comenzóme a consolar con grandes regalos, y díjome, entre otras cosas: «Véme aquí; hija, que soy yo; muestra tus manos», y parecíame que me las tomaba y llegaba a su costado, y dijo: «Mira mis llagas; no estás sin mí, pasa la brevedad de la vida». En algunas cosas que me dijo, entendí que después que subió a los cielos, nunca bajó a la tierra, si no es en el Santísimo Sacramento, a comunicarse con nadie. Díjome que, en resucitando, había visto a Nuestra Señora, porque estaba ya con

gran necesidad, que la pena la tenía tan absorta y traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo. Por aquí entendí esotro mi traspasamiento, bien diferente. Mas ¡cuál debía ser el de la Virgen! Y que había estado mucho con ella; porque había sido menester hasta consolarla. R. 8.

Ascensión.—4.—El martes después de la Ascensión, habiendo estado un rato en oración, consideraba aquellas palabras que dice el Señor «que estarán con el alma que está en gracia de Dios las tres divinas Personas», porque las veía dentro de mí por la manera dicha.

Estando yo después agradeciendo al Señor tan gran merced, hallándome indigna de ella, decía a Su Majestad con harto sentimiento, que, pues me había de hacer semejantes mercedes, que por qué me había dejado de su mano para que fuese tan ruin, porque el día antes había tenido gran pena por mis pecados, teniéndolos presentes.

Veía claramente lo mucho que el Señor había puesto de su parte, desde que era muy niña, para allegarme a sí con medios harto eficaces, y cómo todos no me aprovecharon. Por donde claro se me representó el excesivo amor que Dios nos tiene en perdonar todo esto, cuando nos queremos tornar a El, y más conmigo que con nadie por muchas causas.